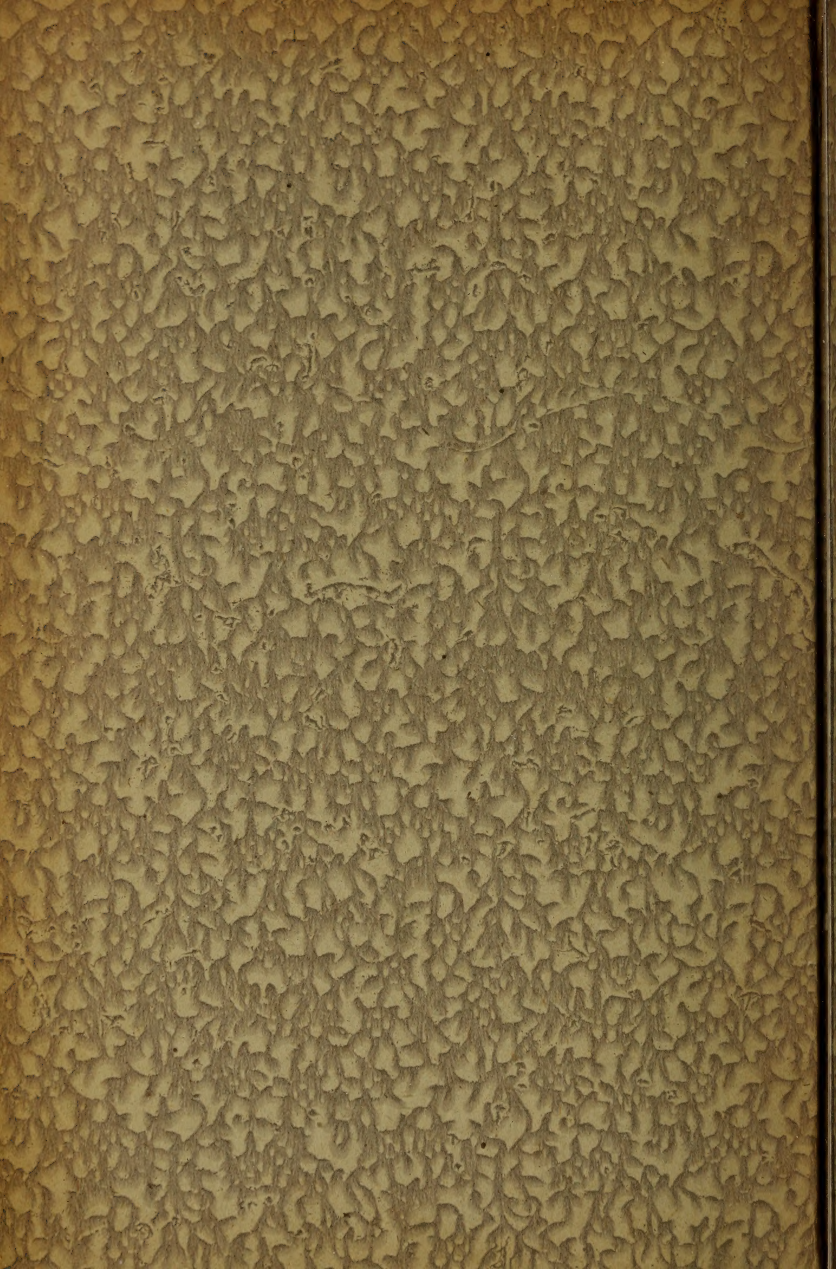

3 1761 09546597 7







MUJERES

OBRAS

DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Apuntes para la historia de la caricatura.—Madrid, 1878.
Lázaro. (Casi novela.) —Madrid, 1882.
Del teatro. (Lo que debe ser el drama.)—Madrid, 1884.
La hijastra del amor. (Novela.)—Madrid, 1884.
Ayala. (Estudio biográfico.)—Madrid, 1884.
Juan Vulgar. (Novela.)—Madrid, 1885.
El Enemigo. (Idem.)—Madrid, 1887.
La Honrada. (Idem.)—Barcelona, 1890.
Dulce y sabrosa. (Idem.)—Madrid, 1891.
Novelitas.—Madrid, 1892.
Cuentos de mi tiempo.—Madrid, 1895.
Tres mujeres. (Cuentos.) Colección Klong.—Madrid, 1896.
Vida y obras de D. Diego Velázquez.—Madrid, 1899.
Castelar. (Discurso de ingreso en la Academia Española.)—Madrid, 1900.
Cuentos. (Colección Mignon.)—Madrid, 1900.
Discurso leído en los Juegos florales de Calatayud.—Calatayud, 1901.
La Vistosa. (Cuentos.)—Madrid, 1901.
El desnudo en el Arte. (Discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes.)—Madrid, 1902.
Discurso leído en la Academia de Bellas Artes para conmemorar el tercer Centenario de la publicación del «Quijote». Madrid, 1905.
Drama de familia. (Cuentos.)—Valencia, 1906.
Juanita Tenorio. (Novela.)—Madrid, 1910.
Mujeres.—Madrid, 1911.
Sacramento. (Novela.)

JACINTO OCTAVIO PICÓN

de las Reales Academias Española y de Bellas Artes.

OBRAS COMPLETAS

TOMO CUARTO

Mujeres



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1916

Imprenta Renacimiento.—San Marcos, 42.—Teléfono 4.967

DESPUES DE LA BATALLA

I

Casi oculta entre árboles viejísimos y ceñida por robustas tapias, había hace pocos años en uno de los departamentos del Este de Francia una soberbia quinta, lo bastante alejada de carreteras y caminos para dar á entender que quien allí vivía amaba la soledad y la calma. Rodeábala un jardín inculto y descuidado, que año tras año había ido tomando el aspecto salvaje de una floresta virgen. Las ramas se desbordaban por cima de los vallados; las raíces, exuberantes de savia, habían desigualado con su empuje el piso de las alamedas; los tallos de los arbustos se enmarañaban unos con otros en los macizos de verdura hasta ce-

rrar el paso; un arroyo, culebreando entre los gruesos troncos, prestaba al parque su monótona voz; un estanque, convertido en lago por el desmoronamiento de los sillares que lo aprisionaban, reproducía como un espejo negro las obscuras masas del frondoso arbolado, y á uno de sus extremos, encallada en la cenagosa orilla, había quedado abandonada y deshecha una góndola de paseo que se iba por su propio peso sepultando entre las madejas verdosas del agua detenida. Adhiriéndose á los ladrillos ó las piedras, trepando por las sinuosidades de los muros de la casa, se encaramaban las tenaces yedras, y desde el friso del piso principal caían luego en largos y ondulantes flecos, que el viento removía. Las gramas tapizaban de verdura los trechos destinados á plantíos de flores, á los rosales cultivados habían sustituído las agrestes zarzas, el amaranto cedía el puesto á las ortigas, y donde antes arraigó el reseda se erguían ahora los mastranzos. Un estrecho sendero, trazado por el paso continuo, conducía desde la puerta del parque hasta la casa, y entre los peldaños de la escalinata de ingreso, en las junturas de las piedras, brotaban, como anchos cordones de sedosa felpa, fajas de musgo recio

y verde. De dos angelotes de mármol que hubo otro tiempo á los extremos de la balaustrada, sólo uno quedaba sobre su pedestal; el otro, caído y medio sepultado entre la tierra, dejaba ver el torso lleno de manchas grises ó doradas, según que el sol ó la humedad le habían herido. En el interior de la casa había un gran patio y en el centro de éste un pozo, por cuyos hierros se encaramaban las enredaderas crecidas junto al brocal; las losas del piso tenían marco de verdura, y en los ángulos de los guardapolvos de los balcones se iban extendiendo las goteras causadas por el escurrir continuo de las lluvias.

Las habitaciones conservaban restos del lujo con que fueron alhajadas. El raso, el brocatel, el terciopelo y el damasco, prodigados en muebles y paredes, valían una fortuna; las pasamanerías, guardamalletas, cortinajes y tapices creaban un conjunto riquísimo; pero todo estaba viejo, comido por la luz y ajado por el tiempo. En los bordes de las colgaduras, los rasos de encendidos tonos habían palidecido; los asientos de las butacas descubrían la trama; el dorado de los marcos estaba descascarillado; las puertas encajaban mal en los quicios y las baldosas de mármol se mo-

vían bajo las alfombras desgastadas. El polvo, extendido sobre pabellones, sedas y molduras, amortiguaba los matices y apagaba los brillos, y en las bujías de las arañas y los candelabros el tiempo había trocado el mate blanco de la esperma por el amarillo sucio de la cera.

Entre aquellos vetustos muros, impregnados en el carácter y el color de otro siglo, vivía retirada una mujer bellísima que se llamaba Hortensia.

II

Nadie sabía quién era: apartada voluntariamente del bullicio del mundo y servida por media docena de criados, su existencia estaba, al parecer, dispuesta adrede para estímulo de la curiosidad ajena.

Allí todo era triste: ya en el parterre no había flores ni aves en el corral; hasta los pájaros huían de las inmediaciones de la casa, prefiriendo las alegres umbrías de la selva cercana á las vertientes del tejado, cubiertas de pizarra obscura.

Existían, indudablemente, entre aquella mujer y su residencia grandes analogías, se-

mejanzas en que, tal vez, se fundaba su cariño al viejo caserón y al sombrío parque. Las habitaciones y las alamedas creaban con su tristeza un marco propio y adecuado para aquella tranquila y melancólica beldad. Los movimientos lánguidos de Hortensia y el lento cimbrearse de las ramas medio caídas, como cansadas de vivir, se parecían mucho: entre la palidez de su rostro y aquel cielo constantemente blanquecino, existía un parecido misterioso en que se hermanaban la poética melancolía del campo y la apacible serenidad de la mujer: su mirada y la luz de aquellos sitios eran iguales; vagas, indecisas, como continuamente impregnadas una en un vapor de agua que flotaba en la atmósfera, y otra en una humedad de lágrimas que le abrillantaba las pupilas.

Cortesana arrepentida para unos, viuda inconsolable para otros, amante que aguardaba sin esperanza la venida de alguien que no llegaba nunca, Hortensia era un enigma vivo para las gentes de la comarca. Si su corazón guardaba secretos, nadie llegó á saberlos. Como tronco que oculta tras ruda corteza la carcoma que corroe su centro, así ella disfrazaba las penas bajo la impasible calma del rostro.

III

Llegó el año 1870, y, al romperse las hostilidades entre Alemania y Francia, las gentes de la campiña huyeron aterradas. El imperio perdió cuatro batallas seguidas, y la lucha dejó de llamarse *la guerra* para llamarse *la invasión.* Los caminos se cubrieron de turbas que escapaban aguijoneando sus ganados; las bestias, hostigadas, se desparramaban destruyendo las siembras; los carros volcaban sobrecargados con los ajuares de los campesinos desbandados, y las columnas del humo de los incendios llenaban la atmósfera de nubarrones en que revoloteaban las chispas de las techumbres abrasadas.

La quinta de Hortensia estaba situada en un llano, no lejos del cual se alzaban dos colinas separadas por un barranco que teníain fortificado los franceses, y á espaldas de la casa había un villorrio considerado como punto estratégico.

Quisieron los prusianos forzar las avanzadas que ocupaban el llano, y apenas comenzó el combate, Hortensia, desde lo alto

de una azotea, vió grandes masas de tropas que se extendían compactas por los prados, y desarrollándose luego en líneas obscuras, se ocultaban entre nubecillas de humo blanco rasgado á trechos por los fogonazos de la artillería. Durante tres días se oyó el estampido de los cañones: al cuarto, los prusianos embistieron con mayor empuje la posición francesa, y poco después comenzaron á cruzar ante las tapias del jardín soldados fugitivos con el terror de la derrota impreso en el semblante, y labriegos arruinados que se dejaban á la espalda sus chozas derruídas y sus campos talados por el fuego enemigo.

Al caer la tarde, cuando hubo pasado el turbión de los vencidos que podían huír, Hortensia vió destacarse sobre la cinta gris de un sendero que conducía á su casa un grupo envuelto entre los remolinos de pol vo que hacía rastrear el viento por cima de las matas. Era como una línea horizontal y obscura puesta entre dos verticales que avanzaban acompasada y lentamente. Su forma se dibujó, por fin, clara y distinta hasta poder la vista razonar los bultos: eran dos soldados que llevaban á un herido en una camilla.

Hortensia adivinó que se dirigían á su

casa, y retirándose de la azotea, mandó preparar su propia cama con tal presteza, que cuando llegaron á la puerta del parque, donde bajó á esperarlos, dijo, indicando el pasillo que habían de seguir:

—Por allí.

IV

Tras aquel herido vinieron otros, y luego otros, y después muchos más. Los primeros fueron instalados en los mejores aposentos; por último, se aprovecharon todas las piezas. Fué preciso acomodarlos en los cuartos de los criados, en los corredores, hasta en los desvanes y las cuadras. La casa quedó convertida en hospital de sangre; se estableció en ella una sección de sanidad militar, y á medida que se acallaban á lo lejos los estampidos de la artillería, comenzó á escucharse entre los muros de la quinta el quejarse y el gemir de los heridos.

Entonces Hortensia buscó entre sus ropas un soberbio vestido de raso rojo, lo partió de cuatro tijeretazos, y, cosiendo

dos anchas tiras cruzadas sobre una sábana blanca, mandó izar aquella bandera improvisada sobre el tejado más alto de la casa.

V

Los alemanes habían derrotado á los franceses; pero rehechos éstos á poca distancia de la finca, resolvieron defender el barranco. Desde las posiciones conquistadas podían los prusianos cañonear la hondonada; pero entre ésta y las baterías victoriosas se alzaba la casa de Hortensia, sobre cuya techumbre ondeaba la bandera de la Cruz Roja. Entonces el jefe que mandaba á los alemanes dió orden de desalojar la quinta, y á cumplimentarla partió inmediatamente un oficial, que media hora después se apeó ante la verja del parque.

El ayudante, que esperaba encontrarse con algún aldeano amedrentado y sumiso, halló en Hortensia una rotunda negativa y una resistencia imposible de dominar con los dos ordenanzas que llevaba; pero quedó prendado de aquella mujer, que le enseñó todas las habitaciones de su casa llenas de hombres despedazados por la me-

tralla, y acompañándole luego hasta la puerta del parque, le declaró que no saldría de allí, y que si bombardeaban sufriría la misma suerte de los que se habían acogido á su amparo.

Volvióse el oficial, mohino de que le diera tan enérgica respuesta; pero maravillado hasta tal punto de su belleza, que al referir á su jefe lo ocurrido, aunque le habló mucho del gran número de heridos que acababa de ver y de la negativa que había escuchado, aun le habló mucho más de aquella mujer encantadora. Tanto la encomió, que el General, hombre joven y que no debía de ser tonto, decidió zanjar por sí mismo la dificultad, y montando á caballo, con dos soldados por escolta, tomó el camino de la quinta.

Eran ya las últimas horas del día cuando el caudillo de las fuerzas alemanas, vencedoras de Francia por aquella parte, llegó á la verja de la casa. Las ramas caían sobre las alamedas, convirtiendo cada paseo en una bóveda; en el horizonte algunas nubes anaranjadas se iban obscureciendo poco á poco, hasta quedar como manchas de un morado muy fuerte sobre lo azul del cielo; el arbolado reflejaba en los estanques sus informes masas, que el viento hacía tem-

blar ligeramente; las yedras suspendidas de lo alto de los muros dejaban oscilar sus tallos sueltos; los plantíos abandonados exhalaban el olor fresco y penetrante de la tierra húmeda; la mole cuadrada de la casa comenzaba á hundirse en la obscuridad de la noche, y unos cuantos murciélagos revoloteaban atraídos por la luz de las ventanas, que proyectaban su claridad amarillenta sobre la arena del jardín.

Al pie de la puerta, como arrojados ante la entrada de un recinto de paz, había dos montones de armas; juntos se veían, entre la yerba, los fusiles de los vencidos y los de los vencedores.

Hortensia recibió al General en el vestíbulo, apoyada en el pasamanos de la balaustrada. El prusiano era todavía joven. Su alta graduación tenía por base su nobleza: su hermosura varonil y elegante, su aspecto caballeresco y marcial hubieran cautivado á cualquier otra mujer. El se olvidó al verla de que era soldado, pensando sólo que era hombre, y descubriéndose cortesmente, llegó hasta ella con el casco bajo el brazo, como hubiese llevado el clac en un salón.

—Aquí os recibo—le dijo Hortensia—porque mi casa es un charco de sangre: al

pisar ahí dentro uniformes franceses, os expondríais á pisarlos también alemanes.

El diálogo fué largo; pero el General no estuvo violento ni grosero; hasta oyó con calma la misma resuelta negativa que le transmitiera su ayudante. Hortensia, ligeramente recostada sobre la balaustrada, tenía aspecto de figura fantástica. Su ropaje blanco absorbía la poca claridad que había en el vestíbulo; todo se iba ennegreciendo en torno suyo, y los perfiles de su busto, las curvas de su talle, destacaban sobre el fondo lóbrego, mientras los reflejos de un ventanón del piso bajo parecían poner detrás de su cabeza un nimbo de oro cortado en cruz por las líneas de los plomos que unían los cristales... Las ranas empezaban un discorde coro en el cercano estanque, y á lo lejos se escuchaban á intervalos los toques de las cornetas alemanas.

Pero el prusiano sólo oía la voz dulcísima de Hortensia. Allí fué el olvidarse de la Patria y del Rey, del odio á Francia, de la victoria y de la guerra. El bárbaro del Norte cayó á los pies de la mujer latina, y ella le levantó serena, sin enojo, comprendiendo que su hermosura era disculpa de tal atrevimiento.

—Idos—le dijo—. Mañana seguramente

atacaréis el barranco que hay á espaldas de esta casa..., y, oidme bien. Si aquí no cae una sola de vuestras bombas, si las balas de vuestros batallones no vienen á estrellarse en estos muros, si los que aquí sufren no vuelven á padecer por culpa vuestra..., entonces, venid á la noche, y vuestro triunfo será doble.

....

....

Un instante después, el alemán volvía á su campamento pensando en demostrar á los compañeros que no hacía falta desalojar aquella casa; y en la quinta reinaba un silencio imponente, que sólo turbaban el lamentar de algún soldado herido ó el graznido salvaje de los pajarracos ocultos entre los troncos huecos de la selva inmediata.

Al otro día, los invasores atacaron la posición francesa, apagando sus fuegos tras algunas horas de horrible cañoneo. La historia no dirá nunca qué órdenes se dieron para aquel combate, ni quién dispuso la embestida: ello fué que ni una sola bala vino á estrellarse contra los muros de la casa; no hubo granada que estallara en el parque, ni casco de metralla que traspusiera las lindes del dominio de Hortensia; los

proyectiles describieron sus trayectorias pasando sobre las techumbres sin rozarlas, silbando por cima de las ramas sin troncharlas; y al concluír la refriega, no había en la quinta piedra descantillada ni tronco desgajado por el plomo.

VI

Tras el batallar del día, cayeron sobre los campos el silencio y la calma de la noche. Por el lejano horizonte, cual si surgiese de la tierra enrojecida en la sangre derramada, fué alzándose la luna lenta y majestuosa, como un globo colosal de fuego: primero iluminó, con reflejos de incendio, los caseríos y las arboledas; luego, á medida que se elevó en los aires, apareció menos amarillenta, más brillante, cual si conforme se alejaba del suelo fuese purificándose, y, por fin, dominó desde su inmensa altura la vasta extensión de la campiña.

Hortensia, serena como aquella noche estival que la envolvía en la neblina de su luz plateada, esperó al prusiano en el mismo sitio de la víspera, apoyados los codos en la balaustrada de mármol, fija la vista

en el jardín, figurándose oír á cada instante el galopar de los caballos. De pronto sonó el choque de los cascos herrados contra los pedruscos del camino.

De allí á poco, el alemán confió las riendas al ordenanza que le seguía y adelantó hacia la escalinata.

Hortensia le recibió afablemente, le dió á besar una mano, y volviéndose luego, entró en una pieza espaciosa, con dos puertas laterales que daban ingreso á las demás habitaciones de la planta baja. Cogió en seguida un farolillo que había puesto de antemano en un banco de hierro, empujando ligeramente con el pie una de aquellas puertas, abrió una de sus hojas, alzó la luz á toda la altura que podía consentir su brazo, y, proyectando la claridad al interior, mostró al alemán tres soldados heridos y echados en el suelo sobre colchones y mantas. Uno de ellos, recostado contra el muro, tenía la frente envuelta en trapos, y de entre las junturas del vendaje rodaba hasta perderse en los pelos de su barba un chorrito de sangre: otro dormía respirando fuertemente, como si un peso enorme le oprimiera el pecho; y el tercero, hundido el rostro bajo los pliegues del capote que le servía de almohada, sollozaba aho-

gando sus quejidos entre los dobleces de los paños.

Hortensia dejó al alemán contemplar aquel cuadro, y empujándole luego hacia fuera, abrió la puerta de la habitación situada enfrente. Allí había un oficial francés acostado en un diván amarillo de damasco antiguo. Tenía las piernas extendidas sobre una pila de cojines, y su rostro contraído por el dolor, acusaba la tenaz energía de quien se obstina en no quejarse. Una lamparita, mantenida á media luz, esparcía en la estancia su claridad mortecina; las sombras de los cortinajes manchaban de negro la alfombra clara que cubría el piso, y encima de un veladorcito se veían olvidados un estuche de cirujano y un manojo de hilas.

Apenas tuvo tiempo el prusiano de darse cuenta de lo que miraba, cuando Hortensia le guió á las habitaciones altas. Las escaleras de mármol estaban manchadas de barro; por algunos sitios, la sangre había ido dejando un rastro de anchas gotas, y en uno de los descansillos, sentado en un taburete, estaba un hombre con la mano derecha vendada y pugnando por llenar la pipa de tabaco valiéndose sólo de la izquierda. Llegaron al piso principal. El sa-

lón más lujoso de la casa, en otro tiempo destinado á fiestas y saraos, estaba transformado en dormitorio de hospital. En el centro, sobre una mesa de jaspe, había varios botes pequeños, y encima de una chimenea, maravillosamente esculpida, una jofaina de loza ordinaria, llena de agua sanguinolenta y sucia, en la cual sobrenadaban algunos pedacitos de trapo. De entre las almohadas blancas destacaban las cabezas de los heridos, alguno de los cuales empezaba á mostrar en sus facciones descompuestas la proximidad de la muerte. De uno de los lechos se desprendía un olor agrio y repugnante. Dos grandes espejos, colocados uno frente de otro á cada extremo de la sala, reproducían en larga fila las camas, multiplicando hasta lo infinito sus imágenes; y aquella perspectiva engañosa, pero tan triste como la misma realidad, daba al salón un aspecto que infundía desconsuelo y espanto.

Recorrieron toda la casa: desde los desvanes hasta la cocina, convertida en botica, no quedó puerta sin abrir. Por último, Hortensia, llegando hasta su propia alcoba, descorrió las cortinas del lecho, sobre cuyas almohadas de finísima holanda aparecía medio hundido el rostro casi infantil

de un soldado que, quizá entre los delirios de la fiebre, pensaba sentir el último beso que le dieron al abandonar su aldea.

El alemán miró impasible aquella víctima de su victoria, y encarándose luego con la dama, pareció preguntarle con los ojos cuándo terminaría la enojosa peregrinación que iba retardando las dulzuras que esperaba gozar.

Hortensia le hizo cruzar aún otras salas y otros aposentos llenos de heridos; hasta que, saliendo al vestíbulo, llegaron á la escalinata de donde habían partido. Entonces, allí, alzando el farol hasta la altura de su rostro, que se iluminó con los últimos fulgores de la llama próxima á extinguirse, cual si ya hubiese cumplido su misión, extendió el brazo indicando al prusiano la salida del parque, y despidiéndole con una sonrisa encantadora, le dijo serena, como la calma de la noche:

—Ya lo habéis visto; no hay habitación para nosotros.

1882.

LO PASADO

I

Mientras vivió Solance, su mujer, Ernesta, y Remedios, su hija, se acostumbraron á gastar, si no cuanto quisieran, porque esto hubiese rayado en lo imposible, lo bastante para satisfacer todas sus necesidades, la mayor parte de sus caprichos y no pocas exigencias de su vanidad, que era grande. Tenían casa lujosa, buena mesa, abonos á días de moda en los teatros, y coche á temporadas: veraneaban todos los años, aunque no fuese mas que un par de semanas, para poder decir que habían salido de Madrid, y acostumbraban á surtirse de lencería fina, trajes, abrigos y sombreros en las tiendas preferidas por la gente

aristocrática y rica. Ni á Ernesta, á pesar de sus cincuenta años, ni á Remedios, que ya tenía veinticuatro, les ocurrió nunca pensar que era necio vivir de aquel modo, no contando Solance mas que con su sueldo de consejero de Estado, los inciertos ingresos del juego y las entradas problemáticas de algún negocio que de cuando en cuando le procuraba un agente de Bolsa, amigo suyo. Ni á la madre ni á la hija se les pasó jamás por el magín la idea de ahorrar un billete de cinco duros: Ernesta era incapaz de previsión, por falta de seso: para ella la palabra porvenir no significaba mas que la fecha en que había de probarse un vestido ó estrenarlo: Remedios, orgullosamente persuadida del poder de su belleza, no concebía que tardase mucho en desearla y pedirla por esposa algún hombre lo bastante rico, no ya para seguir procurándole aquel mismo bienestar, sino hasta para convertirlo en verdadera opulencia. El carácter de Solance había fomentado las malas condiciones de su mujer y de su hija: era uno de esos hombres que, al parecer, se caen de buenos, complacientes, mansos y generosos; pero en realidad débiles y egoístas, que, con tal de no pasar disgustos en su casa, dejan hacer á cada

cual su voluntad, costándoles menos quebraderos de cabeza consentir en lo que se les pide, que imponer lo que consideran justo. La fría pasividad del padre, siempre disfrazada de condescendencia, el poco juicio de la madre y el engreimiento de la hija, hicieron que ninguno se preocupase de cómo ni de qué iban ellas á vivir cuando él muriese.

Y sucedió lo que era de temer. Una noche Solance se puso malo en el Casino, volvió á su casa tiritando y murió al cabo de seis días. A Ernesta le fué reconocida una viudedad de dos mil pesetas. Entre madre é hija, registrando los muebles del difunto, encontraron cerca de dos mil duros. No tenían más para el resto de sus días. Poco era, acostumbradas como estaban á tirar de largo. Mudáronse á una casa donde pagaban menos, vendieron algunas alhajas y comenzaron á vivir modestamente; pero agriado el genio, renegando de su mala estrella y sintiendo más, mucho más que la pérdida del padre y del esposo, aquel cambio brusco que convertía en estrechez la holgura y en angustia el descuido.

Al cabo de unos cuantos meses, el círculo de sus amistades se había limitado á media docena de familias en posición análoga

á la suya; con las ricas dejaron de tratarse, pues unas les volvieron la espalda, y á otras, barruntando desaires, no quisieron ellas visitar ni recibir. El retraimiento que el luto impone les hizo hasta cierto punto tolerable aquella nueva existencia casi por espacio de año y medio; luego comenzaron á sufrir cada cual según su carácter; Ernesta, llorando en silencio al coser y recoser, para ponérselas, prendas que en otro tiempo hubiese dado á las criadas; Remedios, desesperándose por no poder comprar y lucir como antes. Entonces se dibujó claramente la índole de ambas, y su condición se mostró sin velos: Ernesta era más tonta de lo que parecía; no sirvió la adversidad ni aun para hacerle comprender lo necio de su pasada imprevisión. «¡Quién nos lo había de decir!—exclamaba suspirando—: ¡Mejor es morirse!» En cambio, Remedios, sin ser mucho más lista, se erguía ante la desgracia maldiciéndola, sublevándose contra ella, repitiendo en cada nueva contrariedad: «¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Primero que esto, cualquier cosa!» A veces pasaba horas enteras sentada en una silla, encorvado el cuerpo, los codos sobre las rodillas, oculto el rostro entre las palmas, dando rienda

suelta á las ideas que, torciéndose de día en día, iban preparándole la voluntad para aceptar cualquier remedio, viniese de donde viniera, ó por caro que costase; y todas sus cavilaciones concluían lo mismo: «¡La miseria, no; la miseria, no!»; porque á sus ojos la casa pequeña, los vestidos cortados sin gracia, las costureras baratas, los zapatos comprados hechos, todo lo que podía dar de sí la viudedad de su madre, era miseria.

Una mañana, al volver juntas de misa, notó Ernesta que Remedios miraba hacia atrás con frecuencia: indudablemente alguien la seguía; luego la vió asomarse varios días al balcón, de lo cual no tenía costumbre; después la sorprendió muchas veces escribiendo, y, por último, una tarde, al anochecer, la pobre señora oyó aterrada de labios de su hija estas palabras, dichas con inquebrantable resolución:

—Voy á salir.

—Pero ¿sola?

—Sola.

II

De *aquéllo*, como pensando á solas llamaba Remedios á su caída, únicamente se enteró Ernesta: la pobre, al principio, sufrió mucho; pero así como fué incapaz de prever é impedir el daño, lo fué también para comprender hasta dónde podría llegar la falta de sentido moral en que estaba fundada la perdición de su hija. Lo importante á sus ojos era que nadie lo supiese. Por otra parte, cesaron los apuros y las forzosas limitaciones en el gasto; los dependientes de las tiendas no volvieron á presentar groseramente las cuentas atrasadas y concluyó el miedo que inspiraba la campanilla. En el ánimo de la madre, el recobro del bienestar pasado atenuó mucho aquella pena que parecía irse amortiguando sólo por permanecer oculta su causa. Con mudarse á mejor habitación, alhajarla de nuevo, encargarse trajes y probárselos, no quedó tiempo á que la vergüenza hiciese llorar á la buena señora tanto como las pasadas privaciones.

Quien experimentó en su espíritu verdadera transformación, fué Remedios.

Por huír de lo que exageradamente llamaba ella la miseria, se entregó á un hombre, se vendió; y á poco de estar en relaciones con él comprendió que le amaba: lo que en un principio le pareció brutal imposición de la necesidad, fué luego tomando caracteres de dicha: el comprador resultó amante: Joaquín se mostraba tan cariñoso, tan discreto, daba tales señales de nobleza y delicadeza de sentimientos, que se enamoró de él. Además, el secreto, la ocultación absoluta de *aquéllo*, envolvía la pasión en una atmósfera de misterio que tenía encanto indecible.

Poco á poco fué Remedios acariciando ilusiones y concibiendo esperanzas que si, unas veces, le parecían absurdas y disparatadas, otras se ofrecían á su imaginación como fáciles de realizar. «Si hay quien se casa con una pecadora recogida del arroyo—pensaba ella—, ¿qué de extraño tendría que Joaquín me ofreciera su nombre sabiendo, como sabe, que sólo á él he querido y que sólo á él me he entregado?» Pero, acaso más que con tan halagüeña conjetura, gozaba ella con el amor mismo, porque el amante era un dechado de perfecciones. Tenía treinta años, arrogante figura, carácter dulce, entendi-

miento despejado y educación exquisita, circunstancia esta última que, dado lo anormal de la situación, hasta quitaba ciertas asperezas á lo ilícito. Llevaban ya muchos meses de relaciones, podía el cansancio haber abierto las puertas al desvío, y, sin embargo, aquel hombre la trataba con tal dulzura y tan ingénita cortesía, que jamás salió de sus labios palabra mortificante ni expresó idea que pudiese humillar á la mujer enamorada, la cual, por cierto, era costosa, pues no dejaba de aceptar y aun pedir mucho más de lo que necesitaba para su comodidad y su regalo.

Fué la unión de Joaquín y Remedios rara y singular: diríase que él la amaba y sostenía con pasión y lujo de querida, pero que la hablaba y servía como á esposa y señora: quizá en esto estuviera fundado el gustoso rendimiento con que ella se le sometió, encantada de que el amante fuese tan rico y el rico tan caballero. Joaquín Rédil era hijo de un personaje político, á la sazón embajador cerca de una de las grandes naciones del Norte; había venido á Madrid, con un criado de confianza, para activar la tramitación de un pleito por encargo de su padre; y como las negociaciones se dilataban más de lo

que él al principio supusiera, en vez de quedarse en la fonda donde al llegar se hospedó, se fué á vivir á su propia casa, que desde dos años atrás permanecía cerrada, sin otra guarda que un matrimonio de antiguos y fieles servidores.

No sabía más de su amado la gentil Remedios sino que era rico, de buena familia, y que ésta pasaba largas temporadas ausente de España.

Joaquín no dijo nunca á su amante nada del pleito que le trajo á Madrid; ella, entre descuidada y poco curiosa, tampoco le hizo cierta clase de preguntas; y nunca supo que lo que estaba en litigio era el título de Conde de Azlaór, á que se creía con derecho el padre de su amante. Este, saboreando el placer de ser amado sin estímulo de vanidosas esperanzas, no quiso que Remedios lo supiese; y, sin embargo, llegó á quererla tanto, que el título de Condesa se le antojaba en algunos momentos poca recompensa para quien tan feliz le había hecho.

La casa de los Rédil era una de tantas viviendas, construídas para gente rica madrileña á fines del siglo XVIII, muy grandes, feas por fuera, pero por dentro, aunque algo destartaladas, cómodas y puestas

con lujo. Estaba situada en los barrios bajos y hacía esquina á dos calles: una ancha, de mucho tránsito, y otra estrecha, por donde no pasaba casi nadie. Joaquín ocupó tres cuartos de la planta baja, á los cuales daba acceso una puerta que había en la calle estrecha.

Por allí entraba y salía, en vez de rodear hasta el amplio zaguán que formaba el ingreso de la fachada principal, y por allí quiso que entrase Remedios cuando iba á verle; pues, de este modo, en primer lugar, lo solitario de la calleja hacía que fuese vista de menos gente, y, además, con sólo atravesar un patio sombreado por enormes parras llegaba á las habitaciones sin necesidad de recorrer galerías y pasillos.

El despacho donde solía esperarla era una estancia de siete ú ocho metros en cuadro, tapizada de damasco rojo muy obscuro, con grandes armarios de libros, cuadros antiguos, entre ellos un magnífico retrato de señora hecho por Goya, ricas alfombras y muebles de terciopelo verde mirto; todo ello de suma y severa elegancia: uno de esos cuartos que dan buena idea de quien los habita.

Allí la recibía, ó, si el deseo la llevó an-

tes de lo convenido, le esperaba ella deleitándose en contemplar el retrato de la dama pintado por Goya, envidiando su suerte... hasta que los pasos de Joaquín en el patio y el primer beso dado al través del velillo de encaje la volvían á una realidad más dulce que cuanto su imaginación fraguaba.

Hubo en aquellos amores, á pesar de la culpa de donde procedían, una poesía muy grande: la de lo imprevisto. Joaquín supuso, por lo fácil de los comienzos, habérselas con una aventurera más ó menos lista; pero vió presto que se había equivocado; que él fué el primero en enseñarla á amar y que no era una perdida, sino una loca á quien habían despeñado la educación viciosa y el terror á la pobreza: claro que su virtud no merecía grandes elogios; mas tampoco se la podía despreciar por manoseada y andariega. Finalmente, la mujer se prendó de veras; el hombre lo conoció en seguida, y la manera de haber comenzado las relaciones perdió en su ánimo importancia, acabando por parecerle cosa secundaria en comparación del afecto inspirado. Secretos de la sensibilidad y misterios de la pasión: acaso lo que inaugura el impulso más puro

acaba en inmoralidad repugnante, y quizá lo de torpes principios luego se purifica y ennoblece.

Ambos fueron dichosos y esperaban serlo más, cuando de pronto aquellas delicias y esperanzas quedaron destruídas: el idilio tuvo fin trágico.

Se falló el pleito, y partió Joaquín de Madrid previos millares de juramentos en que prometió á su Remedios, á su loca, como él la llamaba, no sólo volver, sino ir preparando el ánimo de sus padres para poder casarse con ella: tan adentro del alma se le había metido.

Remedios bajó á despedirle á la estación. Joaquín, un instante antes de arrancar el tren, cuando calculó, acaso sin necesidad, que ella no tenía ya tiempo de rechazarlo ni discutir, le entregó un sobre dentro del cual había un papel de color, diciendo precipitadamente:

—Aunque procuraré que la separación dure poco, toma esto por si necesitas algo hasta que yo vuelva.

Dentro ya del coche que tomó para volver á su casa, vió Remedios lo que su amante le había dado: era un talón del Banco por una cantidad equivalente á lo necesario para que viviese tres ó cuatro

meses con arreglo á lo que la tenía acostumbrada.

Luego comenzó á recibir carta diaria, llena siempre de apasionada ternura, y si algún día faltaba, al otro venían dos, hasta que una mañana, leyendo un periódico mientras su madre la recogía el pelo, se estremeció de pronto, alterósele la cara, palideció quedándose como exangüe, y sin poder decir más qué «Ahí, ahí», alargó el papel á Ernesta, señalando con un dedo lo que tan gran emoción le producía.

Un telegrama de tres líneas, fechado en París, daba la noticia de que Joaquín, á consecuencia de una disputa en un club, había sido muerto en desafío.

III

La pena de Remedios fué sincera, y tanto más dolorosa cuanto que á nadie podía comunicársela ni de nadie recibir consuelo. No llevó luto, pero sufrió mucho, persuadiéndose de que con el muerto desaparecieron para ella todas las dichas del mundo.

Los primeros días fueron horribles. A

las horas en que tenía costumbre de ir á casa de Joaquín, se apoderaba de ella una especie de desesperación muda. No lloraba, antes al contrario, se le secaban los ojos; la boca se le contraía amargamente, cual si en ella se pudrieran por inútiles las frases de amor que el pensamiento la enviaba; y al jurarse no pertenecer á otro hombre, casi experimentaba consuelo imaginando que aquella desolación no se le aplacaría nunca. Hubiera querido adquirir, anticipándose á lo futuro, la certeza de que ya no podría amar á nadie; y, de antemano, se despreciaba para en el caso de sentir simpatía ó siquiera piedad de un nuevo enamorado; hasta tenía momentos en que deseaba verse afeada por una enfermedad para quedar libre de negarse y resistirse á lo que, muerto Joaquín, le inspiraba repugnancia invencible.

Pero no hay cosa ni sentimento que se sustraiga á la acción del tiempo. Por fin vino á su espíritu la calma, sucediendo al dolor intenso esa pena mansa, casi apacible, que trae consigo, á la larga, lo que se tiene por irremediable. Además, otras preocupaciones más prosaicas comenzaron á hostigarla. Desde que conoció á Joaquín, ella y su madre habían vivido mejor que

nunca; luego fueron gastando de la respetable cantidad que el pobre muerto le dió al despedirse; pero casi agotados estos recursos, surgían de nuevo los apuros. Tenía Remedios buenas alhajas, mas no eran tales que su venta pudiese asegurarla el bienestar: la escasez, las privaciones volvían á erguirse asquerosas y terribles.

Tremenda era la repugnancia que sentía ante la idea de buscar en el amor ó en la ficción del amor, porque verdadero no podía imaginarlo, medios para continuar viviendo como hasta entonces; pero aún era mayor el espanto que le producía la posibilidad de que volvieran aquellos días en que ella y su madre comían mal, se quedaban sin criadas por no pagarlas, no podían tomar un coche, y ni aun desojándose lograban hacer de dos vestidos viejos uno aceptable para ir medio decentes. Ya estaba otra vez reducido su presupuesto de ingresos á los ocho mil reales de la viudedad; ¿y qué eran dos mil pesetas en manos de tales mujeres? Ernesta, aunque apenas se lamentaba, sufría mucho; Remedios tornó á la desesperación pasada. Aceptaba la privación de lo superfluo, pero no transigía con la falta de lo necesario; y lo necesario para ella

era la ropa interior finísima, el calzado primoroso, los mil detalles y refinamientos que suponen un gasto enorme, sólo permitido á señoras riquísimas y grandes cortesanas. A todo esto había que renunciar, cuando de pronto volvió á sonreirles la fortuna.

En la tertulia de unas amigas habían conocido á don Luis de Najarre. Era este hombre de cincuenta y pocos más años, enriquecido en Inglaterra, donde vivió mucho tiempo, con negocios de hullas y carbones: en parte por sincero patriotismo y en parte por deseo de ostentación, al realizar su fortuna había resuelto fijar su residencia en Madrid; vió á Remedios, que estaba entonces en la plenitud de sus encantos, y se prendó de ella; supo que era de buena familia, acabó por seducirle aquella sombra de tristeza que en su semblante parecía dignidad de señorita desgraciada, y antojándosele que por su figura y modales sería excelente compañera para la espléndida vida que soñaba, determinó tomarla por esposa. Cierta timidez natural en hombre poco acostumbrado á tratar señoras y el miedo á ponerse en ridículo, le vedaron solicitarla y seguirla ostensiblemente; pero las amigas, dueñas de la casa

donde la conoció, sospechaban el estado de su ánimo y aun daban bromas á Remedios. Ella misma estaba persuadida de gustarle mucho: lo que jamás llegó á imaginar fué que estuviese verdaderamente enamorado ni que hiciese las cosas como las hizo.

Porque don Luis, práctico en resolver grandes dificultades con pocas y claras palabras, y al mismo tiempo muy esperanzado, pues lo que iba á proponer á aquella mujer era tan decoroso como envidiable, se presentó en su casa. Fué recibido por la madre, y cuando ésta se disponía á llamar á Remedios, se opuso diciendo:

—No, no la llame usted; deseo hablar á solas con usted.—Y en seguida, sin titubear, aunque muy emocionado, añadió con la mayor formalidad: —Ya saben ustedes quién soy. Tengo cincuenta y dos años, más que regular fortuna y excelente salud. No soy grosero, tacaño ni celoso. Me considero capaz de hacer feliz á una mujer, estoy enamorado de Remedios y vengo á suplicar á usted que se lo diga, que hable con ella; y luego, si no le parezco antipático, nos trataremos el tiempo que quiera para conocernos mejor. Desde este momento la ofrezco mi nombre. Dentro

de tres ó cuatro días, á esta misma hora, vendré á verla á usted: si me dispensa el honor de recibirme, será señal de que mi deseo no ha sido rechazado en absoluto; si me dicen que no hay nadie en casa, usted se ahorrará el mal rato de desairarme cara á cara, y yo, aunque lo sienta mucho, respetaré la decisión de Remedios.

No de otro modo hubiera propuesto al gerente de una Compañía la compra ó la venta de unos cuantos millones de toneladas de hulla.

Ni la madre ni la hija durmieron en toda la noche. Bienestar, tranquilidad, lujo, consideración, cuanto juzgaban perdido se les entraba por las puertas. Pero, simultáneamente con la sorpresa causada por la proposición de don Luis, surgió el pavoroso problema que, dadas las circunstancias, era inevitable. ¿Debían aceptar el ofrecimiento de aquel hombre? ¿No era infamia ocultarle que Remedios había tenido un amante? La madre fué de opinión que, aunque se lo llevase todo la trampa, se imponía la lealtad, porque el silencio y el engaño pudieran acarrear terribles consecuencias. Remedios, ya por carencia de sentido moral, ya por excesiva confianza en la pasión que había inspirado y en sus

propios encantos, sonrió burlonamente al escuchar los escrúpulos de Ernesta. Ni un momento vaciló en contestar que estaba decidida á ser la esposa de don Luis; pero deseosa de seducir por discreta como había encantado por hermosa, le impuso un año de espera, diciendo que este tiempo era necesario, á lo menos, para que se trataran y conocieran: harto segura estaba de que no correrían seis meses sin que, trastornado por sus habilidades y zalamerías, la suplicara que abreviase el plazo.

IV

Al año siguiente Remedios era una de las mujeres más envidiadas de Madrid. Ni cuando su padre ganaba en el juego unos cuantos miles de pesetas, ni cuando el pobre Joaquín le daba cuanto tenía, imaginó ella tales grandezas. Don Luis parecía pagar la pasión dichosa y la vanidad satisfecha convirtiéndose en administrador, en simple cajero suyo; todo se le antojaba poco para la mujer hermosísima que le había sorbido el seso, para la dama cuya gentileza y elegancia se iban haciendo pro-

verbiales entre la que á sí misma se llama buena sociedad.

Ambos vivían contentos; lo único que les mortificaba era la falta de relaciones: se trataban con poca gente; su lujo, su boato, tenían poco público. Remedios conservaba amistad con algunas viudas é hijas de compañeros de su padre, pero de posición modesta. Don Luis, como había residido tanto tiempo en el extranjero, apenas tenía amigos. De la antigua nobleza y la aristocracia del dinero, en aproximirse á las cuales cifraban su ideal, no conocían mas que dos ó tres familias; resultando que la casa con honores de palacio, los objetos de arte, la mesa opípara, la servidumbre admirablemente organizada, el gasto enorme que aquello representaba, no lucían.

Don Luis emprendió especulaciones, antes que por deseo de lucro, para conseguir que su mujer se tratase con las esposas de los banqueros á quienes se asociaba, y con los cuales procuraba intimar; Remedios hizo donativos cuantiosos á las corporaciones benéficas para figurar en juntas y asociaciones de damas y linajudas; los dos buscaban la manera de codearse con nobles y poderosos con más empeño que

hubiesen buscado la riqueza si fuesen pobres. Hasta llegó á establecerse entre marido y mujer cierto pugilato de amor propio sobre quién mostraba más habilidad y fortuna en aproximarse á gente de campanillas.

Un día don Luis, rebosándole contento el rostro, dijo á Remedios durante el almuerzo:

—Ayer me encontré al conde de Azlaór, íntimo amigo mío. Le conocí de embajador en Suecia. Me dijo que fuésemos á verles. La Condesa es ya vieja, no sale nunca; pero es encantadora, lo que se llama una gran dama. ¿Cuándo quieres ir?

—Cuando te parezca.

—Pues vístete, como sabes hacerlo cuando quieres, y pide el coche para esta tarde á las cinco.

Si don Luis dijese que se trataba de don Alberto Rédil, habría Remedios comprendido cuáles eran las personas á quienes se refería; pero como ignoraba el título por el cual pleiteó el padre de su antiguo amante, circunstancia que Joaquín la ocultó siempre, no manifestó la menor sorpresa, disponiéndose á ir donde la llevaban, sin que á su pensamiento acudiese el más leve recuerdo de lo pasado.

A la hora fijada estaba primorosamente vestida.

—¿Dónde viven?—preguntó al bajar la escalera.

—En un palacio viejo de los barrios bajos.

Arrancó el coche. Momentos después, Remedios comenzó á reconocer algunos de los sitios por donde iban pasando. Nunca había vuelto por allí. Sin embargo, su memoria se refrescaba, acudían en tropel los recuerdos... Sí; aquella plaza pequeña con una cruz de piedra en el centro... aquella calle llena de cacharrerías y puestos de hortalizas... aquella portada de iglesia con verja semicircular... la cuesta con una tapia, por cima de la cual sobresalían las acacias cargadas de flores... la fuente donde un día, al volver á pie, dió una peseta á una niña que lloraba porque se le había roto el botijo... todo, todo lo mismo.

Lo pasado volvió de pronto, sin evocación, como por ensalmo y hechizo; pero en seguida, para robustecer aquel deleitoso engaño de los sentidos, para fortificar la ilusión, cerró los ojos y se cubrió el rostro con el abanico, imaginando voluntariamente que no iba en su propio coche, sino en un simón, ¡como antes!

....

Llegaría á la puerta pequeña, atravesaría el patio de las parras, al través del velillo de encaje sentiría el primer beso... Para soñar despierta y ocultar su turbación, iba con el abanico pegado al rostro; no vió que atravesaba una calle estrecha.

De repente el coche, dando vuelta á una esquina, se detuvo ante una gran puerta. Marido y mujer se apearon en un zaguán enarenado, al cual servían de adorno hermosas plantas de anchas hojas. A los pocos minutos, el ensueño, la ilusión medio traída por la casualidad, medio evocada por el encanto del amor perdido, se había borrado por completo.

Los Condes estuvieron finísimos. Los antiguos amigos hablaron de su vida en Londres y en Suecia, de viajes, de negocios. La Condesa era una anciana de venerable aspecto; modestísimamente vestida de negro, como mujer que á todo ha renunciado. Dijo á Remedios que no salía casi nunca: sólo se ocupaba en cuidar á su marido y hacer obras de caridad: su mirada era triste: parecía llevar en el rostro la huella de una pena muy grande. Remedios experimentó hacia aquella señora una simpatía vivísima; su voz, su voz tenía, sobre todo, un encanto indecible, y en las líneas

de su semblante había también algo que atraía.

Como don Luis se fijase en los cuadros que decoraban las paredes, el Conde quiso enseñarla su colección, y fueron pasando de unos á otro salones. Tenía un Murillo, un Zurbarán, un Bosco, un Tiziano dudoso, varios retratos de Mengs.

—En la planta baja—iba diciendo el buen señor—también hay muchos: allí está el mejor de todos. Vamos allá, porque merece verse.

La Condesa, al oirle, se quedó parada, como si no quisiera pasar de allí; pero en seguida, por no pecar de descortés, y haciendo un esfuerzo que sólo pudo apreciar su marido, echó á andar, apoyándose con amistosa libertad en el brazo de Remedios, cual si á ello le autorizasen sus muchos años.

Bajaron por una amplia escalera que daba á una galería espaciosa. El Conde se detuvo ante una puerta, la abrió y, empujando sus hojas, dejó paso á las dos señoras. La habitación estaba casi á obscuras. La Condesa dijo á Remedios:

—Yo aquí no entro nunca. Este es el cuarto de mi pobre hijo... el que me mataron.

En esto el Conde abrió una de las grandes ventanas que daban al patio, y la luz horizontal del sol poniente iluminó de pronto la estancia.

Era un despacho grande, tapizado de damasco rojo, con anaquelerías de libros, muebles de terciopelo verde mirto y algunos cuadros, entre los cuales sobresalía un magnífico retrato de señora pintado por Goya.

Remedios tendió en derredor suyo la mirada. De repente le flaquearon las piernas, y en vez de continuar sirviendo de apoyo á la anciana, se agarró á ella temblando. Pálida de terror, pero sin proferir una palabra, sin dar un grito, sin causar más ruido que el leve crugir sedoso de la falda, cayó desplomada sobre la alfombra. Su marido se abalanzó hacia ella; los dueños de la casa se quedaron atónitos; y la Condesa, con repetidas y sinceras instancias, quiso que acostasen á la infeliz, á quien suponía desmayada, en su propio lecho. Don Luis se obstinó en llevársela á su casa y no hubo modo de disuadirle: metiéronla en el coche con ayuda de criados, y á mitad de camino, comprendiendo que estaba muerta, se abrazó á su hermoso cuerpo sollozando, con ese desconsolado

llanto de viejo á quien la dicha llegó tarde y duró poco.

....

....

Pocas noches después jugaban los Condes al *ecarté* solos en un gabinetito rica y severamente alhajado. La luz de una gran lámpara con enorme pantalla de seda reconcentraba toda la claridad sobre sus rostros rugosos y venerables, dejando en sombra la estancia. De pronto, la Condesa posó lentamente las manos en la mesita; y soltando los naipes franceses, dijo como quien expresa una idea fija:

—¿Te acuerdas de lo que nos contó la mujer de Antolín, el portero, cuando volvimos de Londres?

—Sí, que Joaquín tenía...

—Pues Dios me perdone el mal pensamiento; pero creo que la mujer á quien quería nuestro hijo era esa pobre señora... la que vino á morir allí, allí mismo. Nadie me lo quita de la cabeza...

1901.

LA PRUEBA DE UN ALMA

Durante el verano de 188... la concurrencia de bañistas fué en Saludes mayor que nunca: desde la fundación del balneario no se había visto allí tanta gente, ni tan lucida y bulliciosa.

Los enfermos graves eran pocos, y, como por razón de su estado se hallaban recluídos en sus habitaciones, no molestaban á los que querían divertirse: los cuartos eran limpios, la comida, si no muy delicada, abundante y sabrosa, las camas aceptables, el campo delicioso, y las excursiones salían baratas; de suerte que todo el mundo estaba contento, sin acordarse el bolsista de sus negocios, ni el empleado de su ofi-

cina, ni la mujer hacendosa de los quehaceres de su casa, ni mucho menos el estudiante de sus libros: las niñas en estado de merecer disfrutaban bastante libertad para dejarse galantear á sus anchas por los muchachos; y, según malas lenguas, de igual libertad se aprovechaban algunas casadas, si no para permitir que allí mismo fuese invadido el cercado ajeno, á lo menos para demostrar que no lo defenderían con tesón extraordinario cuando, de regreso en la corte, fuesen menor el peligro de la murmuración y las ocasiones más seguras.

A que resultara grata la permanencia en Saludes contribuía mucho el director facultativo, hombre de treinta ó pocos más años, simpático, muy inteligente, y en quien se daban reunidas raras circunstancias y envidiables prendas.

El doctor Ruiloz era el primogénito de un banquero, socio principal de la casa Ruiloz y Compañía, de Madrid. Desde muchacho se empeñó en seguir la carrera de médico, dejando á su segundo hermano el cuidado y la gloria de continuar amontonando millones. En un principio la familia trató de quitarle de la cabeza aquel propósito, mas tan resuelto y decidido le vieron, que no hubo sino dejárselo lograr.

«Aunque le falten enfermos—cuentan que dijo su padre—no ha de faltarle dinero, teniendo yo tanto como tengo.»

Con la tenacidad mostrada al elegir carrera, y con la conducta que observó al estudiarla, quedaron probadas la energía y la fuerza de voluntad que Dios había puesto en el alma de Juan Ruiloz, el cual, sin mermar á la juvenutd sus fueros ni dejar de divertirse durante aquella edad en que la alegría es media vida, fué primero modelo de estudiantes y luego espejo de médicos.

Trabajando mucho, prescindiendo de la influencia y riqueza de sus padres, verdaderamente obstinado en deberlo todo á su propio esfuerzo, se hizo hombre y comenzó á labrarse la reputación, logrando verla consolidada en pocos años con algunos buenos escritos referentes á su facultad, y con unas cuantas curas y operaciones tan sabias como afortunadas. Su estancia en Saludes fué puramente accidental. El médico en propiedad del balneario, que era un íntimo amigo y compañero suyo, cayó enfermo; pidió licencia, concediéronsela, necesitó prórroga, se la negaron, y cuando se hallaba á punto de perder la plaza, le dijo Juan:

—No te apures: para estas ocasiones son los amigos de mis padres: yo haré que me nombren director de Saludes, como supernumerario, en comisión, sin sueldo, de cualquier modo... y en paz; te curas, y cuando puedas trabajar me retiro modestamente por el foro.

De esta manera llegó á ser médico del humilde balneario el doctor Ruiloz, á pesar de que por entonces ya su nombre corría de boca en boca, seguido de tales alabanzas, que nadie pudo comprender cómo ni por qué aceptó destino tan poco lucrativo. Pero los que estaban en el secreto y conocían íntimamente á Juan, no se sorprendieron, sabiendo que, á más de ser amigo de hacer favores, había en él cierta innata tendencia á buscar en lo anormal y extraordinario el encanto de la vida. ¿Y dónde cosa menos vulgar y más desacostumbrada, para un médico rico y mimado por la suerte, que ir á encerrarse en un balneario de tercera clase, en el cual no había de ganar honra ni provecho, sólo por servir á un compañero?

Tal es la excelencia de las buenas acciones, que, á veces, el favor que se hace en obsequio de uno redunda en provecho de muchos, y así sucedió en este caso; porque

cuando su clientela adinerada y elegante, de Madrid, supo que Ruiloz iba aquel año de médico á Saludes, allá se fueron tras él muchas familias de la corte; unas por tener cerca á su doctor favorito, y otras esperanzadas en que, no hallándose tan cargado de trabajo, podrían consultarle más despacio, con lo cual acudió tanta gente, que todo el verano fué Agosto para el humilde lugarejo.

Iba ya vencida la temporada y Ruiloz estaba, aunque no arrepentido del favor hecho á su amigo cansado de tener más trabajo que en Madrid, cuando llegó á Saludes un matrimonio joven, acompañado y servido por una doncella y un ayuda de cámara: albergáronse amos y criados en la mejor casa del pueblo, y en seguida el marido, que se llamaba don Javier Molínez, se presentó á Ruiloz diciéndole que su esposa venía enferma, y que sólo para que él la asistiese habían hecho el viaje. Fué el doctor á visitarla, preguntó cuanto creyó conveniente, hizo los reconocimientos propios del caso, infundió ánimo en el abatido espíritu de aquella señora, que además de joven era hermosa, y luego, llegada la noche, y en vista de las reiteradas súplicas que Molínez le hizo para saber el verdadero es-

tado de su mujer, le habló de este modo, mientras paseaban por el jardín del balneario.

—Ya que usted la exige y tiene valor para escucharla, le diré la verdad. El caso no es desesperado, pero poco menos. Aquí no deben ustedes permanecer más tiempo que el preciso para que recobre fuerzas; vuélvanse ustedes pronto á su casa. Ni sé cómo ha podido soportar el viaje en las condiciones en que está.

Hizo luego una breve explicación científica, y terminó diciendo:

—Puede vivir unos cuantos meses..., tal vez años, aunque, desgraciadamente, no lo espero..., y cualquier contratiempo en la marcha de la enfermedad puede también ocasionar un desenlace fatal en pocos días. Acaso la saquemos adelante; pero, hoy por hoy, su estado es muy grave. Si mejorase algo, lo más juicioso sería llevársela á Madrid.

—De modo que... ¿no hay esperanza?

—Eso... sólo Dios lo sabe.

—¿Y cree usted que debo avisar á mi suegra para que venga?

—Indudablemente; con tal de que halle usted pretexto para justificar su llegada,

porque la enferma no está para soportar emociones fuertes.

Sin duda Molínez tenía modo de justificar el viaje de su madre política, pues le telegrafió para que acudiese á Saludes, donde llegó á las treinta horas, acompañada de una mujer entrada en años, que era su ama de llaves, y de una señorita de gracioso rostro y gentil figura á quien llamaba Julia.

Pocos días bastaron para que los Molínez y el doctor simpatizaran: entre las cualidades personales de éste y el agradable trato de aquéllos, que se esforzaban en atraerle y agasajarle en beneficio de la enferma, pronto se hicieron amigos. Ruiloz y Javier daban juntos largos paseos, jugaban al ajedrez y, con frecuencia, comía el primero en casa del segundo; de suerte que los forasteros siempre tenían cerca al médico y éste se complacía en el afable trato de la familia madrileña.

Esto sucedía á principios de Agosto.

Transcurrido un mes, todos los habitantes del balneario sabían que la señora de Molínez estaba muy aliviada, y que, sin embargo, el doctor cada día pasaba más tiempo en su casa; con lo cual hallaron fundamento las suposiciones de los malévolos y ocupación las lenguas de los murmurado-

res. «Las enfermedades del corazón deben de ser contagiosas—cuentan que dijo un chusco,—porque desde que llegó esa señora de Molínez el médico está muy grave.»

Realmente, la variación sufrida por Ruiloz en poco tiempo era tal que sólo un ciego podía dejar de observarla. De alegre, decidor y bromista se hizo triste, callado y serio; algunos días hasta se mostraba desabrido y seco con los enfermos; en el salón del balneario apenas ponía los pies; negóse á recibir fuera de las horas marcadas para la consulta, y, por último, su semblante adquirió una expresión de melancolía que hubiese justamente alarmado á sus padres y amigos si de improviso llegaran á Saludes.

Este cambio, casi repentino, y las constantes visitas á la familia de Molínez, daban cierta apariencia de verdad á la suposición de que al doctor no le preocupaba única y exclusivamente el cuidado de sus enfermos. La mejoría de Clotilde Molínez valió á Ruiloz muchas enhorabuenas; pero á espaldas suyas dió pábulo á grandes murmuraciones. Todo el mundo, pasándose de listo y sin recordar que en aquella casa había dos mujeres, una soltera y otra casada, creía ó fingía creer que el médico estaba

enamorado de la segunda. Sin embargo, el marido de ésta podía dormir tranquilo. Quien ocasionaba las cavilaciones del doctor era la joven que llegó á Saludes con la suegra de Molínez.

Representaba Julia más de veinte y menos de veinticinco años; tenía la mirada inteligente y expresiva, las facciones delicadas, el andar airoso y el cuerpo bien formado; pero su principal encanto estaba en su manera de expresarse, y no sólo en lo que decía, sino en el modo de decirlo; porque, además de gran claridad de entendimiento y mucho ingenio, descubrían sus palabras superior bondad de alma y sinceridad extraordinaria. Era ilustrada sin afectación, religiosa sin fanatismo, honesta sin hipocresía y franca sin descaro. La única condición que pudiera deslucir algo estas cualidades consistía en cierta dureza y acritud en las frases, cuando en la conversación salían á plaza determinadas flaquezas humanas: la mentira y el engaño, el disimulo y la astucia le eran aborrecibles.

Su tía doña Carmen, madre de Clotilde y suegra de Molínez, parecía fiar y descansar en Julia para todo lo referente al cuidado de la casa, tratándola como á hija y siendo por ella considerada con grande

amor y respeto. El cariño que tía y sobrina se profesaban era prueba indudable de la buena índole de ambas: las atenciones y el mimo que Julia prodigaba á doña Carmen contribuyeron mucho á que Ruiloz descubriese en la primera las cualidades que, hábilmente dirigidas, pueden ser la base de un hogar dichoso.

Pero el médico fué observando que entre Julia y su prima y el marido de ésta no reinaba la misma cordialidad. Para doña Carmen era toda mansedumbre y cariño; respecto de Clotilde y Javier, parecía vivir en sumisión forzada: les dirigía la palabra cortés y casi afectuosamente, mas con tal circunspección y mesura, siempre con tan escasa confianza, que la reserva robaba espontaneidad á su lenguaje; diríase que medía y pesaba las palabras, evitando cuidadosamente todo lo que pudiese ocasionar piques y roces. La frialdad que reinaba entre aquellas tres personas era evidente; en vano se esforzaban por cubrir con frases pulidas y mentidos halagos aquella tirantez; inútil era también la habilidad desplegada por doña Carmen para ocultar tanta hostilidad mal contenida. Nada de esto escapó á la penetración de Ruiloz.

El primer sentimiento que Julia le ins-

piró fué la simpatía; después, notando su rara situación en el seno de aquella familia, no pudo librarse de una sospecha en que iba envuelto un desencanto. Imaginó que entre Julia y Javier *había algo* y que, por encubrirlo, fingían; luego creyó que si entonces no estaban unidos por afecto culpable, acaso lo habrían estado tiempo atrás, sustituyendo después el rencor á la pasión; por último, se aferró á la idea de que la aversión que los separaba obedecía á sentimientos de índole opuesta, porque él mostraba bajeza y apocamiento ante Julia, y ésta, por el contrario, le miraba entre despreciativa y soberbia. Ruiloz se dió cuenta también de que doña Carmen vivía, al parecer, siempre atormentada por aquel drama íntimo, esforzándose en limar asperezas, evitar disensiones y alejar conflictos; pues ya intervenía en los diálogos para variar la conversación cuando corría peligro de agriarse, ya entraba oportunamente en las habitaciones estorbando que Julia se hallase sola con Javier ó con Clotilde, ya, por último, y esto era lo que hacía con más gusto, mimaba y acariciaba á su sobrina, cual si quisiera recompensarla por algún sacrificio ó indemnizarla de alguna grande é inmerecida injusticia.

La criada de doña Carmen también parecía querer mucho á Julia; mirando, por el contrario, á Clotilde y su marido con respeto, pero sin cariño; todo lo cual indicaba que en la existencia de aquella familia había un secreto: según las trazas, Julia era ó había sido víctima de alguna infamia.

La triste situación de esta mujer y sus gracias naturales, aumentadas con el novelesco encanto del misterio, hicieron que Ruiloz se apasionase por aquella víctima de no sabía qué injusticias. A su amor contribuyó, tanto como la figura de Julia, la facilidad con que su propio ánimo se dejaba influír y dominar por todo lo extraordinario y anormal, llegando á sentir un afecto formado de simpatía y de piedad, robustecido por la prudencia forzada, y, finalmente, poetizado por aquella aureola de dignidad y desgracia en que veía envuelta á la mujer querida. No le seducían sus ojos por expresivos, ni su boca por fresca, ni su talle por esbelto, sino toda ella por cierta atmósfera de melancolía que, circundándola como un ropaje ideal, daba á sus ojos apacible tristeza, á su boca sonrisa resignada y á su cuerpo entero una dejadez y laxitud en mayor grado poderosas y excitantes

que la más espléndida hermosura ó la más astuta coquetería.

A pesar de todo, Ruiloz ocultó cuidadosamente su amor, pensando que ni la situación de aquella familia ni el poco tiempo que en su amistad llevaba le permitían por entonces otra cosa; pero este mismo forzoso secreto sirvió de incentivo á su deseo.

Entretanto, la enfermedad de Clotilde volvió á agravarse, precisamente cuando el balneario se iba quedando desierto. La fecha de la clausura estaba cercana, y el médico no decía palabra de volver á la corte; si alguien le hablaba del regreso, respondía con evasivas; pero, como nadie se engaña á sí mismo, harto persuadido estaba él de que Julia, únicamente ella, era quien allí le retenía. Por fin se marcharon de Saludes hasta los criados y camareros: no quedaron en el lugar mas que la familia Molínez y el doctor. Entonces éste, temeroso de que aun á sus nuevos amigos pareciese sospechosa tal conducta, mortificado por la suposición de que pudieran creer que prolongaba su asistencia para hacer pagar más caros sus cuidados, y, sobre todo, aguijoneado por el amor, determinó salir de dudas.

Una noche vió que Julia tenía los ojos

como puños de haber llorado. Nada se atrevió á preguntarle; pero al día siguiente, que era domingo, esperó muy de mañana á la criada vieja de doña Carmen, y acercándose á ella cuando salía de la iglesia le rogó que le siguiese hasta su despacho del balneario, donde, primero con astucia y luego con ofertas, trató de averiguar lo que tanto deseaba saber.

Aquella buena mujer le dejó hablar cuanto quiso, sin interrumpirle; oyó sin chistar los inocentes y mal rebuscados pretextos en que fundaba sus preguntas, y luego, sonriendo como diplomático que no se resigna á darse por engañado, le dijo con la respetuosa franqueza propia de algunos sirvientes viejos:

—Mire usted, señor doctor, hace muchos días que esperaba esto..., vamos, que me buscara usted.

—¿Usted lo esperaba?

—Tan seguro lo tenía, que antes de venir he hablado yo de todo esto con mi ama doña Carmen.

—¿Y qué le ha dicho á usted? ¿Y por qué lo sospechaba usted?

—¿Me da usted su permiso para que hable clarito?

—¡Se lo ruego!

—Pues usted está enamorado de la señorita Julia; usted hà comprendido que en la casa pasa ó ha pasado algo muy gordo, como vulgarmente se dice, y quiere enterarse... Naturalmente, un hombre tiene derecho á saber lo que tanto puede importarle.

—Y esto que usted dice, ¿lo sospecha también doña Carmen?

—A mi señora no se la escapa nada.

—¿Y doña Clotilde y su marido?

—La enferma, usted lo sabe, no está para nada: el señorito Javier no sé si se habrá fijado; pero ese... lo mejor que le podía suceder era que la señorita Julia saliera de casa.

—¿Y ella?

—Doña Carmen dice que sí, que la señorita ha comprendido que usted la quiere; yo, á decir verdad, no lo sé. ¡Ojalá le hiciese á usted caso! Todo se lo merece... aunque no sea más que por lo que ha sufrido.

—Veo que con una mujer como usted no hay que andarse por las ramas, y menos estando doña Carmen enterada...

—Pues pregunte usted lo que quiera. Soy vieja, llevo veinte años al lado de doña Carmen, y ya he dicho que estoy aquí con

su consentimiento. Lo que usted desea saber es... la situación de la señorita Julia en la casa, el por qué no se lleva bien con la señorita Clotilde y con su marido; en fin, todo lo que pasa.

—Cabal.

—Va usted á salir de dudas. La señorita Julia es sobrina carnal de doña Carmen, hija de una hermana suya que murió hace quince años. La ha criado como á su propia hija, que es de la misma edad, poco más ó menos. En vez de una hija, han sido dos... y, la verdad, la señorita Julia es de mejor índole, más cariñosa y dulce.

—¡Eso, un ciego lo ve!

—Hace tres años comenzó don Javier á seguirlas por todas partes: á teatros, conciertos, paseos... en fin, lo que hace un enamorado.

—¿De quién?

—De la señorita Julia. Por fin, le presentaron en la casa, ella no le puso mala cara, y estuvieron en relaciones... cosa de seis meses.

—Pues no comprendo...

—Mis señoritas tienen costumbre de salir de Madrid todos los veranos, y se encontraron con que aquel año no podían. Verá usted por qué. La casa donde vivi-

mos en Madrid es de doña Carmen; un caserón viejo, á la antigua. La señora quería hacer obra, obra grande; tirar tabiques, reformar muchas cosas, tapizar luego habitaciones..., un trajín de todos los diablos; y, por otra parte, no quería renunciar al viaje: cuestión de salud. Tenemos un administrador viejecito, un buen señor, pero con tantos años sobre sí, que no sirve para nada. En una palabra, hacía falta que se quedara alguien con él. En fin, nos quedamos en Madrid el administrador, la señorita Julia y yo, pasando todo el verano vigilando á los operarios. La señorita Julia comprendió que debía dar este gusto á doña Carmen..., y de ahí nació todo.

—¿Y qué tiene eso que ver?...

—¿No lo adivina usted? Doña Carmen y la señorita Clotilde se fueron con una doncella, nosotras nos quedamos, y... aquí entra lo feo. Doña Carmen, que había autorizado los amores de la señorita Julia con don Javier, prohibió, naturalmente, que éste entrase en la casa durante su ausencia, y ella, más buena que el pan, para evitar toda clase de habladurías, pidió á su novio que se marchara también de Madrid durante el verano. Y él se fué, sí señor; pero se fué donde estaban ellas: primero á San

Sebastián, luego á Biarritz, quince días á París..., y donde fué no lo sabemos, pero...

—¿Clotilde le robó el novio á Julia?

—Sí, señor; robado, esa es la palabra. Parece que la cosa comenzó con bromas y coqueteos; no sé lo que sucedería, pero á mitad del verano dejó de escribir á Julia. El administrador y yo creímos que la señorita se moría; doña Carmen llegó á Madrid enferma del disgusto, porque se traía tragada la infamia. ¡Qué cosas le dijo á su hija! No hubo medio de evitarlo: él amenazó con sacarla depositada, y, ante el escándalo, hubo que ceder. Este es el secreto de todo. Como usted puede imaginar, se acabó la tranquilidad.

No hay palabras con qué decir el asombro de Ruiloz, asombro mezclado de pena, pues su primera suposición fué que Julia seguía enamorada de Javier. Trató, sin embargo, de coordinar sus pensamientos, y preguntó á la vieja:

—Pero dígame usted: después de todo esto, ¿cómo sigue la señorita Julia viviendo en la casa?

—Viven y no viven juntos. En Madrid, la señorita Clotilde y su marido tienen el bajo, que es independiente; doña Carmen, Julia y yo, el principal. En Madrid, ellas

dos apenas se veían. Por eso han sido aquí los rozamientos, en cuanto se han acercado. Además, ella quiso meterse monja..., ponerse de institutriz..., ¿cómo había de permitirlo la señora?

—Todo está explicado.

—¡Claro! Aquí han sido los disgustos gordos. Cuando usted mandó llamar á mi ama, la señorita Julia no quiso que viniera sola; pensó que tendría calma para ver á la otra, para verle á él..., y no ha habido tal calma. Esta es la situación.

—¿Y no hay más?

—Nada más.

—¡Pobre mujer!

—¡Figúrese usted! Está colocada en la alternativa de tener que abandonar á doña Carmen, á quien todo se lo debe, ó soportar la presencia de los otros. Y ahora comprenderá usted también la influencia que han de tener ciertos sacudimientos morales en la enfermedad de doña Clotilde; porque, á mí no me cabe duda, también ella ha de sufrir..., ¡y bien castigada está! Sabe que Julia la desprecia, y al mismo tiempo está celosa de ella.

—¡Si Julia quiere, yo la haré feliz!—exclamó Ruiloz en un rapto de indignación mezclada de ternura.

Y en aquel momento comprendió que la amaba de veras. No, no era sólo la atracción de lo misterioso y anormal; era que aquella mujer se le había metido en el alma. Hizo un esfuerzo por serenarse, y dijo:

—Pues bien; sólo dos cosas deseo saber ahora; primera: ¿cree usted que Julia quiere todavía á don Javier?

—Me parece demasiado altiva, demasiado digna...

—Segunda: ¿cree usted que doña Carmen apoyará mis deseos?

—Cuando me ha permitido venir aquí es que ha visto en usted un hombre honrado para su Julia.

—Pues si es así, yo aprovecharé la primera ocasión que se me presente propicia para hablar con Julia. ¡Con tal de que su antiguo amor no sea una verdadera pasión!

—Se me figura que no; eso, usted lo averiguará. Y ahora, para concluír, yo también tengo que hacer á usted una pregunta, por encargo de mi ama, y claro está que repetiré con la mayor prudencia lo que usted diga. Vamos á ver: ¿cuál es el verdadero estado de la señorita Clotilde?

—Creo que de esta crisis saldremos adelante; pero de las que vengan luego no

respondo; en uno de esos ataques tiene que quedarse. De modo que si ahora se alivia, lo antes posible, á Madrid con ella.

....

Desde la mañana en que Ruiloz habló con la criada confidente de doña Carmen, subieron de punto sus quebraderos de cabeza. Ya sabía cuanto deseó saber; ya conocía el secreto de aquella familia, el motivo de las tristezas de Julia, y, sin embargo, sus dudas eran más dolorosas que antes. Ella en nada desmereció á sus ojos: siguió pareciéndole tan digna de ser querida como antes; nada vituperable halló en su conducta; había amado á un hombre que la despreció por otra, ni más ni menos... Allí, la mala, la digna de censura era Clotilde. Para Molínez no encontraba calificativo bastante duro: era un miserable vulgar, que, sintiendo inclinación hacia una mujer, la dejó dándole por rival á su prima, prolongando luego una situación en que la infeliz había de sufrir doblemente con mortificaciones de amor propio y... acaso, acaso con dolorosísimos celos. Porque ¿quién podría decir si Julia no amaba todavía á Javier? ¿En qué consistiría su tormento? ¿En la postergación sufrida ó en el desengaño experimentado? ¿Quién era

capaz de saber lo que pasaba en su alma? El haberle quitado el novio, ¿significaba para ella la simple humillación del orgullo femenino, herida hecha en la vanidad, que escuece pero se cura, ó sería tal vez el robo de sus ilusiones y la muerte de sus esperanzas? Aquel odio hacia Clotilde, que Julia no podía encubrir, ¿era expresión más ó menos exagerada de desprecio y superioridad, ó era el rencor de un alma á quien se habían cerrado las puertas de la dicha? En una palabra, ¿habría Julia sentido por Molínez un amor tibio y pasajero, ya extinto, ó una de esas pasiones que en la adversidad se exacerban y llenan toda la existencia?

Ruiloz necesitaba saberlo, pues una cosa era para él pretender á quien sólo fué requerida de amores consintiendo en ello, y otra cosa, muy distinta, sería aspirar á enseñorearse de un corazón que tenía dueño, tanto más adorado cuanto más imposible era poseerlo. Finalmente, comprendía que le era indispensable averiguar si Julia odiaba á Clotilde tan sólo por su pasada perfidia, ó si estaba celosa de ella porque seguía queriendo á Javier.

Las circunstancias le favorecieron, y él las aprovechó empleando medios confor-

mes á su índole soñadora y romántica, siempre propensa á recursos en que tal vez la fantasía superaba al raciocinio.

Cualquier otro hombre hubiese comenzado por galantear á Julia hasta esperanzarse con algún fundamento, para seguir después enamorándola á fuerza de sinceridad y prudencia: él comenzó á discurrir, ante todo, la manera de salir de dudas; lo demás, suponía que se haría solo. Pronto se le presentó la oportunidad de poner su imaginación al servicio de su propósito.

A los pocos días de hablar con la criada de doña Carmen se agravó el padecimiento de Clotilde, á quien velaban alternativamente una noche su marido con la doncella, y otra Julia con doña Carmen, la cual solía echarse en un sofá mientras Julia pasaba el rato leyendo y pronta al cuidado de la enferma.

Para una de estas noches concibió y dispuso Ruiloz su plan, ideado acaso con no muy sólido fundamento, por suponer al prójimo capaz de afectos tan vehementes como los por él experimentados; pero que á juicio suyo había de darle inmediata y plena certidumbre de los sentimientos de Julia.

Por la tarde tomó en su casa dos frascos; uno de cabida como para treinta gra-

mos y otro muy pequeño: llenólos ambos de agua clara y, sin añadir nada al primero y mayor, vertió en el segundo una materia inofensiva, que dió al agua transparente un color amarillo, tan brillante, que puesto el vidrio al trasluz, parecía contener oro líquido. Luego tapó cuidadosamente ambos frascos y esperó á que llegase la ocasión deseada.

....

....

....

Las habitaciones que servían de albergue á los Molínez eran espaciosas y estaban amuebladas á estilo de pueblo; contrastando con la vetustez y modestia de cuanto había en ellas el aspecto moderno y la riqueza de los utensilios, ropas, neceseres y estuches de los madrileños: un saco, una manta de viaje, valían más que todo lo puesto á su disposición por el huesped.

Ocupaba el centro de la casa una sala grande con dos dormitorios, uno á cada lado: el de la derecha para doña Carmen y Julia; el de la izquierda para Clotilde y su marido.

La enferma, casi privada de poder acostarse, pasaba muchas horas sentada en una gran butaca, junto á un ventanón, al través

de cuyos cristales, pequeños y emplomados, se descubría un hermoso y pintoresco valle. Cuando quería dormir se extendía en aquella misma butaca, y, apoyada en varios almohadones, lograba conciliar el sueño. Una lámpara muy lujosa, llevada de Madrid, iluminaba el gabinete, mientras Clotilde estaba desvelada, encendiéndose en su lugar cuando quería dormir, una bujía puesta en el suelo y ocultada con una manta colgada entre dos sillas.

Tal era el aspecto de la estancia una noche en que doña Carmen y Julia debían velar á Clotilde.

Ruiloz procuró entretenerse un rato con doña Carmen, hasta que Javier se retiró á descansar; luego fué dejando decaer el interés de la conversación que sostenía con ella hasta verla dar cabezadas, y cuando se hubo dormido por completo fué acercándose hacia Julia, que estaba leyendo junto á un velador, encima del cual lucía la lámpara cuya pantalla arrojaba toda la claridad sobre su gentil figura, dejando los extremos de la habitación en sombra. Tenía puesto un traje de lanilla gris, liso y muy ceñido; la respiración pausada y tranquila imprimía á su hermoso pecho un movimiento regular, y un rizo sedoso y ne-

gro, escapado de entre las horquillas, le ocultaba parte de la frente.

No parecía interesarle gran cosa la lectura: había instantes en que los ojos se le quedaban inmóviles, fijos, cual si entre ellos y el periódico se interpusiese algo que abstrajese su alma de cuanto la rodeaba, dibujando en su rostro una sonrisa de hastío y de tristeza; pero otras veces, al menor ruido que procediese de donde estaba Clotilde, aquellos mismos ojos se animaban de pronto, como si en ellos fulgurase la llamarada de un impulso indomable. Si Clotilde respiraba fuerte ó se movía, haciendo crugir levemente sus ropas, Julia, alzando súbito la cabeza, quedábase mirándola, con las pupilas incendiadas por un relampaguear indefinible y extraño, que nadie hubiese podido decir si era expresión de odio ó muestra de terror. En aquellas miradas, imposibles de descifrar, estaba retratada su situación. ¿Qué afecto agitaría su alma? ¿La soberbia de un perdón desdeñosamente otorgado? ¿La indiferencia del desprecio? ¿Tal vez la compasión que, aun merecida, inspira la desgracia, ó acaso el rencor involuntario y hondo que con ningún infortunio ajeno se apacigua?

Al llegar Ruiloz al lado de Julia, ésta

dejó caer el periódico sobre el velador, disculpándose de haber seguido leyendo.

—Creí que se había usted marchado.

—¿Sin despedirme?

—Usted ya es de casa.

—¡Ojalá!

—¿Por qué?

Ruiloz, sin contestar á esta pregunta, siguió:

—Me he quedado para hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí; usted es aquí, tal vez, la única persona con quien se puede hablar claramente del gravísimo estado de esa pobre señora. ¿Para qué mortificar más á su madre y á su marido?

—¿Cree usted que hoy está peor?

—Sí; y quisiera hacer una prueba con ayuda de usted. Si usted no se hubiese quedado hoy á velarla, habría esperado; porque para lo que intento, no puedo fiarme del marido, á quien la emoción quitaría serenidad, ni menos de la madre...

—Usted dirá lo que se debe hacer.

Ruiloz miró hacia doña Carmen para convencerse de que seguía durmiendo, y sacando del bolsillo los dos frasquitos, el del agua clara y el del agua teñida de ama-

rillo, dijo enseñándoselos á Julia y refiriéndose al segundo:

—Este es un medicamento de una violencia excepcional; hay que emplearlo con la mayor precaución; no hay veneno que se le iguale.

—¿Y cómo se da eso?

—Ahora lo sabrá usted. Clotilde habrá tomado esta tarde poco alimento...

—Muy poco.

—Probablemente se despertará, y entonces le da usted dos cucharadas de lo contenido en el frasco grande. Tal vez siga tranquila, y en ese caso, nada. Pero lo casi seguro es que sobrevenga una excitación muy fuerte, y entonces le da usted cuatro ó seis gotas de lo del frasquito amarillo. Muchísimo cuidado: es absolutamente necesario que la excitación sea indudable, porque si tomara el segundo medicamento sin haberse producido la alteración, en situación normal..., la muerte sería rapidísima. ¿Me ha comprendido usted bien?

—Creo que sí—repuso temblando.

—Al ponerse agitada, nerviosa, seis gotas del frasco amarillo; y, no lo olvide usted, si esa excitación no viene, dárselas es matarla.

En seguida Ruiloz se despidió, dejándo-

la con los dos frascos sobre el velador y llena de sobresalto el alma.

Realmente aquello era un engaño sólo posible con una persona ignorante en cosas de medicina; mas la situación de Julia no dejaba por eso de ser tremenda. La casualidad, acaso la Providencia, ponía en sus manos la existencia de Clotilde: su vida pendía de un hilo, y ese hilo ella podía cortarlo con completa irresponsabilidad... Sí; aquella era la hora de la venganza; tan fácil como nunca pudo soñarla un espíritu rencoroso. Además, ¿quién iba á sospechar de ella, cuando el médico sería el primero que la justificara?

Ruiloz lo calculó todo de un modo diabólico. Las dos supuestas medicinas eran agua: ni la primera había de causar agitación, ni la segunda podía producir la muerte; pero si Julia daba la última, su intención no ofrecería duda de ningún género: habría mentido al decir que vino la excitación, y habría demostrado, para él solo, el deseo de abreviar la vida de Clotilde. En una palabra, Ruiloz iba á penetrar en el alma de Julia: si ésta procuraba la muerte de Clotilde, era señal de que seguía enamorada de Javier, ó de que sin amarle era rencorosa hasta la perversidad é indigna de

ser querida; si lo contrario, demostraría, primero, que su corazón era incapaz de venganza, y tal vez que su amor á Javier era sentimiento extinguido.

De esta suerte quedaron ambos al separarse, lleno de confusión el pensamiento; Ruiloz porque aquella prueba había de revelarle el temple y la índole de la mujer querida, y Julia, porque á solas con su conciencia imaginaba ser juez en causa propia.

....

¡Qué noche tan larga... y qué ideas tan negras! Pero su voluntad no vaciló, ni la entereza de su virtud desfalleció un instante; mas á la imaginación... á esa ¿quién le corta las alas?

Al través de los vidrios y visillos de las ventanas se veían lucir las estrellas, turbaban el silencio los ruidos característicos del campo, ya el campanilleo de una recua, ya el rechinar de un carro, ya los graznidos de las aves rapaces que buscaban nidos entre la espesura del ramaje.

A las tres de la madrugada la enferma pidió agua; Julia se la dió. La tentación no había hecho presa en su alma, y, sin embargo, todo su cuerpo temblaba, no por

miedo al delito, sino sólo ante la facilidad de poder ejecutarlo.

—Te tiembla la mano—dijo Clotilde con voz débil al tomar el vaso.

—Tengo frío—repuso Julia.

Y llena de espanto pensó en cuál otro y cuán distinto sería su temblor si hubiese aceptado la idea del crimen. Clotilde, apurando el agua, miró con precaución en torno, y bajando cuanto pudo la voz, preguntó:

—¿Estamos solas?

—Sí.

Entonces, dominada por uno de esos impulsos misteriosos que hacen pensar á dos almas en una misma cosa al mismo tiempo, atrajo á Julia hacia sí, diciendo con acento de súplica:

—¿Aún me guardas rencor?

—Calla y duerme—repuso aterrada, pareciéndole que evocar lo pasado era incitarla al delito.

A las cuatro y media, cuando empezaba á despuntar el día, Clotilde llamó otra vez. Julia, con mano firme y pulso seguro, le dió la cantidad que debía del líquido contenido en el frasco grande, y esperó... ¿Vendría la agitación esperada y temida por el doctor?

Clotilde quedó inmóvil y adormilada, como en reposo absoluto de espíritu y de cuerpo; apenas se notaba su respiración. De pronto se apagó la lámpara, y Julia, sin llamar á nadie, la sacó fuera para que no diese tufo, yendo á dejarla en uno de los cuartos inmediatos.

Ya era día claro. Avida de ambiente puro, abrió un balcón que daba al huerto, y apoyada de pechos en la barandilla, respiró con fuerza, larga y deleitosamente, el aire fresco del amanecer. ¡Qué sol tan hermoso!... Y en su alma, ¡qué dulcísima paz!

....

Ruiloz halló á la enferma igual que la víspera. Julia le dijo que había pasado la noche sin novedad, y le devolvió el frasquito del líquido amarillo, diciendo con la mayor naturalidad:

—No ha hecho falta.

....

Aprovechando una pasajera mejoría de Clotilde, se decidió la vuelta á Madrid, pero sin esperanza; ella misma, convencida de su próximo fin, murmuraba tristemente al salir del pueblo:

—¡A morir á casa!

Ruiloz les acompañó hasta la estación,

donde llegaron mucho antes de la hora de salida.

El día era hermosísimo; un airecillo manso y saturado de aromas campestres movía lentamente los árboles; los andenes estaban casi vacíos; no se oían más ruidos que el rodar del ómnibus que regresaba al pueblo y el alegre piar de una bandada de gorriones que venía revoloteando á posarse en los alambres del telégrafo. Doña Carmen y Javier estaban al lado de Clotilde, para quien se había dispuesto en la sala de descanso una butaca; Julia y Ruiloz paseaban calladamente, yendo y viniendo desde los almacenes de mercancías hasta el depósito de agua que servía como de abrevadero á las locomotoras. De pronto ella, dando sin saberlo pie al médico para que dijese lo que tenía pensado, le preguntó:

—¿Estará usted aquí todavía muchos días?

—No; iré á Madrid muy pronto.

Al mismo tiempo, fijando en Julia la mirada, se permitió cogerle familiarmente una mano, y como quien está resuelto á no callar, continuó:

—¡Por lo que usted quiera más en el mundo!..., óigame usted un instante. Sé lo buena que es usted..., lo que usted merece,

lo que ha sufrido... Le ofrezco á usted un nombre honrado, una posición independiente... y un tesoro de cariño. ¿Quiere usted ser mi mujer?

Ella calló un momento entre absorta y halagada, pero sin mostrar sorpresa: después bajó los ojos, y alzándolos luego y mirándole cara á cara, repuso:

—¿Está usted seguro de lo que siente? ¿Es que me quiere usted..., ó que me compadece? Porque usted sabe algo... No, no será amor..., es lástima.

—¿Cree usted que se casa nadie por lástima?

—¿Sabe usted que soy pobre? ¿Que no tengo absolutamente nada?

—Y me alegro con toda mi alma.

Entonces, inundado el corazón de una felicidad tanto más intensa cuanto menos prevista, le dijo:

—Debemos pensarlo mucho. Venga usted pronto á Madrid... y hablaremos. ¿No le parece á usted que debemos conocernos más?

—La conozco á usted mucho más de lo que imagina.

Pocos minutos después partieron los viajeros.

Doña Carmen y su criada cuchicheaban

á un extremo del vagón; Javier iba contando un puñado de monedas de plata; Clotilde, reclinada sobre un montón de almohadones, tenía impresas en el semblante las señales de un dolor intenso.

Ruiloz quedó solo en el andén, al borde de la vía, triste y cabizbajo; pero pronto abrió el alma á la esperanza, porque Julia permaneció asomada á la ventanilla hasta perderse el tren de vista en una curva que comenzaba junto á la salida de agujas. Luego se oyeron lejanos los resoplidos del vapor, rasgó los aires un silbido y en el espacio flotó una nubecilla blanca.

LA ULTIMA CONFESION

Ella misma me lo contó de este modo.

—Para comprender y apreciar lo que sufrí—dijo—hay que tomar las cosas desde muy atrás.

Mamá era huérfana, y dicen que preciosa, cuando se casó, á los veinte años.

Un pariente que le había servido de curador, entregó á su esposo, el que fué mi padre, los bienes que formaban su herencia: cuarenta y tantos mil duros en papel del Estado.

A los diez meses de matrimonio nací yo. Al año y medio, una tarde, mi padre no fué á comer á casa; pasó la noche y no vino; intentóse averiguar si le había ocurrido alguna desgracia, y nada. Amigos, vecinos, criados y autoridades, recorrieron

Madrid en balde. Primero se creyó que habría sido víctima de un crimen; luego que se habría suicidado; por fin, el gobernador, á ruegos de no sé quién, despejó la incógnita. Interrogando á gente de la Bolsa, supo que había realizado cuanto tenía, mejor dicho cuanto era de mamá, y que después de permanecer unos días en el Havre, se había embarcado para los Estados Unidos, llevándose una mujer con quien tenía relaciones desde mucho antes de casarse. De la noche á la mañana, á los veintitrés años, y con una hija de pocos meses, mamá se vió condenada á vivir de limosnas de parientes ó á ponerse á trabajar: y ¿para qué trabajo podría servir una señorita, criada, si no con lujo, en esta ignorante ociosidad de las mujeres de la clase media?

Vendió todo lo bueno que tenía, muebles, cuadros, encajes, alhajas, y despidió á los criados, resuelta á buscar un cuarto que costara lo menos posible; mas sin saber con qué lo pagaría á la larga, pues al desaparecer de Madrid mi padre, sólo dejó en casa un puñado de duros.

Esto se refiere con pocas palabras, pero hay que fijarse en lo que representa.

A la mañana siguiente de decir mamá á

los porteros que se marchaba, se le presentó el casero en persona, enterado de lo que ocurría. Era un hombre de treinta años, de buena figura y que llevaba luto por una hermana con quien había vivido desde la muerte de sus padres. A una antigua criada, que con los años se hizo muy habladora, he oído contar la escena entre él y mi madre. Mamá llorando calladamente, sentada en una silla baja de costura, porque lo que valía algo se lo habían llevado los prenderos, y aquel señor en pie, sombrero en mano, sin atreverse á desplegar los labios, temeroso de ofender con lo que estaba pensando. —«Señora—dijo por fin,—yo suplico á usted que no se vaya de aquí mientras no tenga donde estar tranquila, mientras no haya resuelto su situación..., aunque no pague en mucho tiempo...; ya pagará usted cuando pueda.» Ella le dió las gracias con sólo el modo de mirarle al través de las lágrimas, y él salió de aquella sala desmantelada con mayores muestras de respeto que si saliera de la cámara real.

Sé que, pocos días después, mamá tomó un cuartito interior en una casa muy modesta de un barrio extraviado. Yo no me acuerdo de tal cosa; pero las memorias más

remotas de mi infancia están unidas á ese hombre, á don Luis; siempre le he visto á nuestro lado; lo que ha sido para nosotras no es posible imaginarlo. ¿Qué pasó entre él y mi madre? ¿Estaba enamorado de ella antes de nuestra desgracia? No me cabe de esto la menor duda. ¿Fué el miedo á la miseria quien predispuso el pensamiento de mi madre para transigir con lo ilícito y aceptarlo? ¿Se convirtió luego insensiblemente la gratitud en amor? ¿O no fueron, acaso, los sufrimientos pasados y los beneficios recibidos mas que circunstancias propicias al despertar de la pasión? Lo indudable es que se amaron, y se aman con ternura tan honda, que no basta la hermosura de ella para explicar la idolatría de él, ni la bondad de él para comprender el cariño de ella: es forzoso creer que existe entre ambos, de alma á alma, una atracción cuyo nombre ignoro; pero cuya índole y esencia son seguramente divinas.

Mamá no ve á nadie, no se visita con nadie, sale poco; sólo á su lado está contenta. Parece una monja cuyo claustro es la casa y su Dios el hombre amado. En cuanto á él, no concibo que un ser humano pueda dar á otro mayores pruebas de amoroso respeto. Yo he sorprendido en

sus ojos, algunas veces, miradas de pasión, y á todas horas veo en sus acciones señales del afecto más puro. Cuando la conoció estaba rico: después se arruinó, y trabaja para ella. Un día le oí que le decia: «Ahora que tengo que trabajar y luchar por que no os falte nada, es cuando comprendo lo que te quiero.»

Hasta que me llevaron á un colegio no me dí cuenta de la situación irregular en que vivíamos: mis compañeritas me lo hicieron comprender; pero mi alma de niña estaba ya cautiva en la bondad de aquel hombre.

Por una de esas hipocresías inútiles con que se forja uno la ilusión de que oculta lo que nadie ignora, me habían acostumbrado á llamarle padrino.

El primer hijo que tuvieron se les murió de pocos meses: el segundo, á quien quiero con toda mi alma, nació siendo yo mayorcita. Cuando empezó á hablar, le enseñé á decir *papá;* y, sin indicación ni consejo ajeno, aparentando al principio que me equivocaba y me confundía por repetir la palabra al pequeñuelo, yo también llamé padre á Luis. No se me olvidará nunca la mirada indescriptible que cruzó con mi madre la primera vez que lo notó, per-

suadiéndose de ello porque no estaba el niño delante.

La reconquista del bienestar perdido, la tranquilidad, la atmósfera de abnegación que se respiraba en casa, no bastaban, sin embargo, á la dicha de mi pobre madre. Las consecuencias bajas y menudas de lo ilícito y lo anormal eran para ella mortificaciones crueles: la murmuración, la descortesía, un simple desaire, le llegaban al alma. No quería ver á nadie, su alejamiento del mundo era completo: había sido siempre religiosa, pero sin sombra de fanatismo, y comenzó á hacerse exageradamente devota. En esto murió el confesor que tenía desde soltera; un viejecito que casi la vió nacer y estaba enterado de cuanto había sufrido.

Sin duda por no confiarse á un cura desconocido, pasó algunos meses sin cumplir con la Iglesia; pero no temiendo nada respecto de mí, un día mandó á cierta criada muy formal que teníamos que, á la mañana siguiente, me llevase á confesar.

Llegamos muy temprano á la iglesia. La buena mujer se puso á rezar en una capilla, y, afortunadamente, no se enteró de lo que sucedió en seguida. Yo pregunté al monaguillo á qué sacerdote podría dirigir-

me, y me indicó uno que estaba concluyendo de confesar á una señora vieja. Cuando la vi marcharse me aproximé al confesonario.

El cura no representaba más de cuarenta años: era muy flaco, tenía las facciones angulosas, los pómulos salientes, los labios finos y descoloridos, el pelo negro, laso, pegado hacia las sienes deprimidas, el color pálidamente cetrino, los ojos negrísimos y brillantes como cuentas menudas de azabache. Con los párpados caídos, inspiraba lástima; mirando, daba miedo.

Al arrodillarme, dijo:

—¿Se confiesa usted sola ó desea usted que la interrogue por el orden de los mandamientos?

Repuse que esto era más de mi agrado, y empezó. Al llegar al cuarto mandamiento y preguntarme si quería y respetaba á mis padres, como debe una buena hija, yo, acostumbrada á confesarme con el cura viejecito..., no recuerdo, no sé exactamente lo que dije ó en qué contradicción incurrí. Debí de decir, primero, que no tenía más que madre, y luego, que mi papá estaba muy lejos, pero que á los dos les respetaba y amaba con toda mi alma..., no lo sé, nunca he podido acordarme á punto fijo,

pero por exceso de candidez debí de excitarle la curiosidad. Comenzó á hacerme preguntas, contesté sin sombra de cautela, y en el acto se dió cuenta de que mamá no estaba casada con el hombre con quien vivía y de que yo le llamaba padre sin serlo mío.

Entonces calló, y al través de la celosía vi clavados en mí aquellos ojos duros y brillantes como puntas de espadas negras. Luego, de repente, dijo en voz muy baja y con entonación muy desabrida: «¡Imposible!, ¡imposible!, eso es una abominación. ¡No puedo absolverla á usted! Tiene usted que hablar con su señora madre. Diga usted á esa desdichada que viven ustedes todos en pecado mortal; si es preciso, dígaselo usted á él también, ¡que se separen para siempre!...; á él, á él, sobre todo: revuélvase usted contra él, contra los dos; y si no consigue usted nada márchese usted de casa: si tiene usted parientes, con ellos; si no, con quien quiera ampararla...; póngase usted de criada con una familia cristiana..., entre usted en religión...; pero salga usted pronto de ahí, y que se separen esos desdichados, porque están ustedes todos escarneciendo al Señor.»

Al escucharle, quedé aturdida como si me hubiesen golpeado el cráneo: no sé qué me hizo sufrir más, si lo que me dijo ó la manera de decirlo. Temblando, y no de miedo, le repuse despacio, fríamente, aparentando una serenidad que no sentía: «Señor cura, ni yo puedo hablar así á mi madre, ni digo eso que usted quiere al que miro como verdadero padre, ni me importa condenarme con tal de que ellos no lloren un momento por culpa mía.» «¡Pues, no la absuelvo á usted!» «¡Pues sea lo que Dios quiera!», contesté incorporándome. Se puso en pie, y mirándome, no ya al través de la celosía, sino por el ancho hueco que daba entrada al confesonario, me preguntó: «¿Cuántos años tiene usted?» «Diez y nueve.» «¿Y está usted segura de que ese señor tan bueno la ha tratado siempre lo mismo..., siempre como á una niña?»

Entonces sentí agolpárseme la sangre al rostro, cual si me lo abrasase una llamarada sucia; bajé los ojos, volví la espalda y eché á andar. Toqué en el hombro á la criada que me acompañaba, salimos y respiré con ansia el aire de la calle. A mis padres no les dije nada: se morirán sin saberlo. Pero me juré que nunca más tole-

raré intermediario entre Dios y mi conciencia, ni confiaré mis penas á quien no pueda comprenderlas por haberse amputado el alma en el comercio del mundo.

1901.

ALMAS DISTINTAS

La lámpara de petróleo que pendía del techo iluminaba la superficie de la mesa, dejando en sombra las paredes y rincones del comedor; doña Encarnación, de codos sobre el tapete de hule que fué blanco, donde había estampado un mapa de España, leía un periódico; Eulalia, la mayor de sus dos hijas, morena, de veinte años y buen talle, agraciada de rostro, aunque algo patilluda y de fisonomía dura, estaba ordenando, para coserlo, un folletín; Rita, la pequeña, de dos años menos, también morena, de airoso cuerpo, con mejores y más suaves facciones que su hermana, hacía unas estrellas de *crochet;* don Luis, padre de ambas, alto, seco de carnes, enjuto de rostro, soberbio modelo para

pintar la figura del inmortal hidalgo manchego, tenía ante sí ocho ó diez boquillas de ámbar y espuma unas, de asta y cerezo otras, las cuales iba sucesivamente limpiando con plumas de gallina, que mojaba en una jícara llena de espíritu de vino, donde la nicotina al disolverse daba al líquido color de café puro, y á la atmósfera hedor insoportable: luego de pasarles la pluma repetidamente por el orificio, las frotaba con un trapo de hilo, y, por último, iba colocándolas en sus estuches con tan exquisito cuidado como si acostara niños. De cuando en cuando caían sobre el hule gotas de alcohol ennegrecido y pegajoso por la mal oliente suciedad de las pipas; entonces él pasaba el trapo por el tapete; pero la peste se hacía con aquella maniobra tan intensa, que Encarnación, levantando los ojos del periódico, decía éstas ó parecidas frases:

—¡Cochino! No sé cómo te aguanto. ¡Un día las cojo y van todas al tejado de enfrente!

Don Luis clavaba en ella la mirada frunciendo el entrecejo, casi desafiándola, y las chicas bajaban instintivamente la cabeza, como los pájaros cuando sienten acercarse la tormenta.

Enfrascado cada cual en su ocupación, estaban la madre leyendo, una hija uniendo pliegos, otra contando vueltas del algodón y el padre llenándose de asquerosa nicotina los dedos, cuando sonó un fuerte campanillazo y en seguida entró en el comedor la criada, moza ordinaria y frescota, de rostro más animal que humano, los brazos arremangados, rojizos y húmedos del interrumpido fregado, la cual, mostrando en la diestra una carta, de sobre escrito con lápiz, se acercó al señor:

—Para *ustez.*

Don Luis la abrió, palideció al leerla y con acento que juntamente denotaba timidez y resolución, dijo:

—Tengo que salir.

Y dobló el papel, guardándoselo en el chaleco.

Las niñas se pusieron en pie para irse á otro cuarto, temerosas de lo que pudiera ocurrir, mas antes de que salieran, la madre, encarándose con don Luis, sin bajar siquiera la voz, le dijo descompuesta y colérica:

—¡No vayas á ponerme en ridículo como el otro día, que volviste de madrugada y lo supo toda la casa!

A lo cual contestó sin atreverse á mirarla:

—¡Volveré cuando quiera!

Fué á su cuarto, se puso un chaquetón de abrigo, cogió dinero, se calzó botas fuertes, salió al pasillo, donde Rita le había precedido para darle el sombrero y la capa, y echó escalera abajo lo más aprisa que pudo.

Poco después fué la criada á verter la espuerta en la calle y subir el petróleo de la tienda, donde se encontró con una chica de la vecindad, que le preguntó:

—¿Dónde iba tu amo tan corriendo, que casi no ha *faltao ná pa* que me tire en la escalera?

A lo cual repuso la moza:

—¡Ya lo creo que corría! Como que le han traído *recao* de que se le está muriendo la querida.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Pues la que ha venido á avisarle.

....

Era verdad. Y el pobre don Luis, que primero no encontró coche y después no quiso tomarlo por no gastar, corría calles y cruzaba plazas al mismo tiempo que con la imaginación procuraba adivinar el cuadro de desolación que iba á encontrar,

la desgracia que temía, las consecuencias que seguirían... Y pensaba también con terror en su mujer; pero sobre todo en las otras: ¡pobre Manuela y pobre Manolita! Entonces surgían los recuerdos de cuando conoció á la madre y de cómo se entendieron. Parecía mentira que hubiese pasado tanto tiempo... Encarna, su propia mujer, tuvo la culpa. Desde que se casaron, porque creía ser más fina, de mejor educación y familia, y luego porque heredó unos cuantos miles de pesetas, siempre le trató con el mayor desprecio: aun en presencia de las niñas, hasta delante de las criadas se complacía en humillarle. Parecía la personificación de la mujer vulgar, de cortos alcances, á ratos hembra, pero nunca cariñosa ni discreta, que con sólo ser honrada á su manera, y porque no deshonra ni envilece al marido, imagina que tiene derecho para dominarle á solas y ponerle ante las gentes en ridículo. Sí; ella tuvo la culpa.

Cuando aquello de la herencia, se empeñó en irse á baños de mar con las chicas, y no quiso que él las acompañara, dejándole en Madrid sin criada por tacañería: él había de hacerse el desayuno, comprarse el pan, salir á comer al café, contar la ropa de la lavandera... y luego, ¡qué es-

cándalo le armó porque supo que había dado propinas á la portera para que le ayudase en aquellos menesteres impropios de un hombre!... Aquel verano conoció á Manuela, y la engañó; sí, la engañó cruelmente, diciéndole que era soltero; mas no por maldad ni vileza, sino por saborear la ocasión de verse querido, por sed de amor, juzgándose con pleno derecho á respirar aquella atmósfera de cariño tranquilo y pasión vehemente en que ella le envolvía. Luego nació la niña, que ya tenía diez y seis años, ¡esto sí que parecía mentira!, vinieron los apuros, los trabajos extraordinarios para mantenerlas, la ocultación de las pequeñas ganancias; hasta que Encarna lo supo y Manuela comenzó á ser víctima de las mayores mortificaciones.

Harto cara pagó el pobre su felicidad; su vida fué un infierno; en la casa conyugal, porque era víctima; en la otra, porque la conciencia le remordía.

Manolita, la pobre niña, conforme fué creciendo, se fué enterando de todo; en la escuela le dijeron que no tenía papá; en la calle veía á sus hermanas siempre mejor vestidas que ella, y aun algunas veces oyó al paso las frases ofensivas de la esposa legítima que hasta con la mirada insultaba á

su madre. Pero Manuela y su hija lo padecieron todo con una grandeza de ánimo y una resignación tan dulce, que el sacrificio parecía en ambas la demostración natural y espontánea del cariño. Y él, ¡cuánto las quería! ¡Pobre Manuela! La otra, que era una calamidad, ¡tan sana!, y ella, ella, la que le había convencido de que en el mundo hay ternura, abnegación, sinceridad, pasión... esa, ¡esa era la que se moría! Porque, indudablemente, cuando la niña se atrevía á escribirle de aquel modo, era porque la madre se consideraba perdida.

Por fin llegó, cruzándose en el portal con un clérigo, íntimo amigo suyo, que vivía allí cerca.

—¿Vienes de confesarla?

—Sí; es una santa, de cuyo único pecado eres tú responsable.

Subió, y ella al verle le hizo seña de que se acercase á la cama.

—Esto se acabó—le dijo con voz velada y débil.—Luis, Luis mío, mío, ¿verdad? ¡La niña, la niña; tú verás lo que haces!

—¡Te juro!...—comenzó él á responder; pero no pudo seguir, porque Manuela le echó al cuello las manos, doblando la cabeza hacia el lado en que estaba su hija, y sin hablar más quedó muerta. Fué aque-

llo tan rápido como si por esfuerzo sobrehumano hubiese resistido á la muerte hasta que él llegase, para encomendarle su hija y expirar en sus brazos.

Unas vecinas la amortajaron, y él permaneció allí hasta que, sin más acompañamiento que el clérigo y otro amigo, vió partir el entierro.

Después, aquel hombre que por ingénita poquedad de ánimo llevaba tantos años sometido á la despótica dominación de su mujer, se sintió de improviso capaz de una entereza indomable. Como el sentimiento de la dignidad transforma en heroico al medroso, y el avaro se hace de repente espléndido cuando la pasión le muerde, así el cariño hacia aquella hija de su desgracia y su extravío pudo hacerle animoso y fuerte. ¿Qué misteriosa evolución se operaría en su entendimiento? ¿Qué secreto impulso trocó el encogimiento en fiereza? Ni él mismo lo sabría explicar.

—Ven, nena—dijo, y luego de haberla ayudado á que hiciese un lío con sus humildes ropitas, salió á la calle llevándola de la mano, tomó un coche, dió al simón las señas de su casa, de la cual faltaba hacía más de cuarenta y ocho horas, y sin temblar ante las consecuencias de lo que había

resuelto, se alejó de la pobre morada donde la que ya estaba bajo la tierra había llorado tanto.

....

Eulalia les abrió, y al ver á su padre con la hija de *la otra* retrocedió asombrada.

—Haz compañía á esta niña—dijo él dejándolas en el comedor,—y que tu madre venga al despacho.

Acudió la esposa, y el marido, con voz y expresión que á ella le parecieron enteramente nuevas, habló así:

—Esta criatura se ha quedado sin madre, y aquí la traigo á vivir con nosotros. No pienses en oponerte, porque si lo haces os dejaré y me iré con ella al fin del mundo. Y para que no quedes humillada á los ojos de tus parientes y amigos, les dirás que tú, libre y espontáneamente, has querido recogerla y ampararla. ¡Nadie necesita saber más!

Con tal imperio fueron pronunciadas estas palabras, que Encarnación vió allí acabada su tiranía doméstica, y que toda resistencia sería inútil.

En cambio, se sintió halagada con la idea de hacer aquel papel que su marido generosamente le adjudicaba de santa y compa-

siva mujer, capaz de recoger el fruto de un amor ilegítimo.

En el cuarto de Eulalia y Rita se puso un catre de hierro para Manolita, que pasó toda la noche sollozando. Muy de mañana se levantó y pasó al comedor; y allí, sin atreverse á hacer ni tocar nada, permaneció sentada junto al balcón en una silla baja, mirando con infantil curiosidad aquellos muebles, que aunque pobres y viejos, se le antojaban ricos y nuevos en comparación de los de la casa donde acababa de morir su madre.

De pronto se abrió la puerta del dormitorio en que había pasado la noche; en ella apareció Eulalia en paños menores, y arrojando al centro del comedor una falda llena de barro y unos zapatos muy sucios, dijo con entonación que no admitía réplica:

—¡Limpia eso, y tráemelo!

A pesar de sus pocos años, Manolita sintió en toda su magnitud la humillación, comprendiendo que más que en el hecho estaba el ultraje en la ocasión, en la voz y hasta en el gesto. Su primer impulso fué rebelarse, erguirse y contestar bravamente con alguna de aquellas frases, impropias de sus labios, que oía en la calle y en la tienda cuando su madre le mandaba por pan ó por

aceite; pero, sin darse cuenta de por qué ni cómo, aterrada ante la idea de lo que pudiese resultar de su rebeldía, bajó los ojos, tomó un cepillo que había sobre el aparador y comenzó á limpiar la falda.

Mas en aquel punto, Rita, que había presenciado desde la alcoba lo que acababa de pasar, salió, y tomándole la falda de las manos, con voz y rostro que á la huérfana se le antojaron voz y rostro de ángel, dijo estas palabras:

—Hermana, no hagas caso. No te han traído aquí para eso. Ven conmigo: te daré un traje negro que conservo de cuando murió mi abuelita, y juntas coseremos el luto que tienes que llevar por tu madre.

....

1889

REDENCION

Cuando doña Ana Reytorto de los Jantares Campojaral y Boceguillas comprendió que su enfermedad había hecho progresos terribles, se le entró al alma esa melancolía honda y callada que prepara el espíritu á despedirse de la vida. El primer efecto de su tristeza fué renunciar á las pocas visitas que hacía y á sus largos paseos en coche; luego estuvo unas cuantas semanas sin recibir á nadie, voluntariamente recluída en sus habitaciones; después se limitó á una, el gabinete que le servía de dormitorio, y, finalmente, exacerbado el mal físico con el padecimiento moral nacido de aquella pavorosa convicción, tuvo que guardar cama.

Y allí estaba en su gran lecho, hundida

la cabeza en las almohadas sobre cuya blancura mate los rizos canosos parecían hechos con hebras de plata; demacrado y amarillento el rostro, que por el color acusaba la índole de la enfermedad; y enflaquecido el cuerpo, antes hermoso, ya tan consumido que apenas hacía bulto bajo la soberbia colcha de seda.

De la belleza pasada no le quedaban más restos que sus grandes ojos azules, todavía expresivos, y la dentadura blanca, bonita y firme; ojos que debieron de enloquecer á quien mirasen cariñosos, dientes que mordieron con delicia la fruta del amor...

La estancia era espaciosa y alta de techo, como de casa grande: los muros estaban tendidos de antiguo brocatel verde claro: los anchos huecos de los balcones daban á un patio ajardinado: al través de los visillos de muselina con enormes escudos bordados se veían el cielo azul y el ramaje fino y grisáceo de los árboles secos movidos por el viento, que traía rumor de ruidos callejeros. Cuadros había pocos, pero muy buenos: una Dolorosa, del Tiziano; un Cristo, de Zurbarán, y media docena de retratos de familia, damas y caballeros cuyos trajes y peinados variaban desde lo que se usaba al advenimiento de los Borbones hasta las

modas de los últimos años del reinado de Isabel II; los muebles, modernos, cómodos y lujosos, siendo el mejor y más rico un armario de tres lunas con dos enormes candelabros á los lados. ¡Cuántas veces se habría recreado contemplándose en ellas! Ahora lo tenía oculto hasta la mitad de su altura, tras un biombo pequeño para no verlo desde la cama, y para que no tropezaran sus miradas con su propia imagen, lamentable caricatura de sus encantos pasados! No, no quería mirarse. ¡Ya no era ella! Días de ambición, noches de amor, minutos de impaciencia..., goces, tristezas..., ¡de cuántas ilusiones fué aquel espejo confidente! Y luego, ¡qué sin piedad le mostró arrugas y le dijo verdades!

La enferma era visitada de muy pocas personas: las amigas *de su tiempo* no salían á causa de la crudeza del invierno; las más jóvenes, con quienes jamás tuvo verdadera intimidad, se contentaban sabiendo cómo estaba por medio de criados: hombres, tampoco iban muchos; algunos que fueron buenos mozos cuando era joven María Cristina llegaban hasta la portería para inscribirse en la lista, cuyos pliegos quedaban casi en blanco.

A las habitaciones de doña Ana sólo su-

bían una prima, algo menos anciana que ella, esperanzada con migajas de la testamentaría; una ahijada, que se forjaba las mismas ilusiones; el administrador, el médico y un sobrino que, pensando racionalmente, había de heredarla, pues era la persona que le estaba unida por más cercano parentesco y á quien siempre mostró mayor inclinación.

La prima, por hacer méritos, servía de enfermera á ratos; la ahijada solía velar; al administrador le llevaba la costumbre; al médico su profesión; el sobrino, hombre de treinta años, buena índole y pocas necesidades, algo escéptico, burlón, y acostumbrado á vivir de su trabajo en modesta medianía, iba con frecuencia, mas no á diario ni en un día dos veces; quería á la enferma con el tibio afecto que ella era capaz de inspirar, y le mortificaba la idea de que pudieran suponerle impaciente por entrar en posesión de lo que pudiera tocarle.

....

Doña Ana iba sintiendo llegar la muerte. Venía despacio, no por sorpresa, sino dando tiempo para dejarse contemplar cara á cara, anunciándose juntamente con el descaecimiento físico y con esa clarividencia que

á veces adquiere la razón antes de apagarse para siempre. ¡Y con qué tenacidad instintiva procuraba la pobre mujer aferrarse á la vida! Recordar era vivir.

Los recuerdos acudían en tropel á su memoria, y cuanto eran de sucesos ó casos más lejanos con mayor intensidad los percibía: las cosas de ayer como borrosas y confusas; las de mucho tiempo atrás, distintas y claras; variando de unas á otras insensiblemente, cual si una fuerza superior á su voluntad la obligase á evocar ante su conciencia lo pasado. ¡Y qué existencia la suya! La niñez, voluntariosa y díscola; la juventud, frívola y alocada; la edad madura, injusta y ambiciosa; la vejez, áspera y egoísta. Delicadeza de hembra, ternura de mujer..., no hicísteis nido en aquel alma. El bien fué extraño á su corazón, no supo ir hacia él, ni darle acogida, ni concederlo rogado, ni agradecerlo recibido. Su cariño filial fué tibio; sus amoríos de jovenzuela interesados: dos veces casada, fué dos veces perjura; al primer marido, luego de arruinarle, le deshonró por codicia; al segundo, que era más rico, por liviana. No fué fiel ni aun á los amantes; como si, pervertida en ella la Naturaleza, gozase mejor con la perfidia del engaño

que con la dulcedumbre del pecado, siéndole el deleite menos grato que la maldad. Cada hombre á quien fingió rendirse representó un triunfo de su soberbia ó la humillación de una mujer envidiada.

Entre todas sus aventuras no había un arranque de pasión ni un rasgo de ternura. En los cajones de sus muebles guardaba joyas, títulos de propiedad, valores públicos, de todo aquello que al morir se abandona porque la razón lo repudia; pero ni una flor marchita, ni una carta borrada con besos, nada de lo que el alma encariñada se quisiera llevar como parte de sí misma.

Otros recuerdos la hostigaban todavía más cruelmente atormentándola como torcedores terribles en sus horas de insomnio. Junto á las culpas originadas en la mera falta de dulzura se erguían los remordimientos propios de las maldades que premeditó la voluntad.

Tuvo por primer amante al marido de su mejor amiga; se lo robó sin quererle, sacrificando la dicha de una mujer y la paz de una familia á las malas artes de la coquetería. Aun se acordaba de la última escena que pasó entre ambas, á la salida de un teatro, en el vestíbulo, mientras esperaban los coches. No cambiaron mas que tres

ó cuatro frases, en las cuales estaba compendiado todo el drama. La otra, hostigada por el escarnio y el dolor, le dijo muy bajito:

—Eres peor que las de la calle.

Y ella repuso:

—Tonta, ¿qué culpa tengo de gustarle más que tú?

—Le has atraído como una perdida.

—¿Sí? Pues en castigo de eso que dices... esta noche no le dejo volver á tu casa.

Su segundo esposo había tenido, de un matrimonio anterior, un hijo y una hija con derecho á la herencia materna, y á quienes ella, por codicia, consiguió enemistar con su padre, induciéndole á que los perjudicara y desamase. ¡Aquel sí que fué drama íntimo, largo y desastroso, lleno de ofensas mentidas, agravios falsos y calumnias mansas, al término del cual quedaron los hijos despojados, la ley burlada y la Naturaleza escarnecida! El muchacho, que era el menor, murió á consecuencia de la vida desastrada que siguió al abandono: la hija se perdió miserablemente. Doña Ana la vió durante algunos años, de tarde en tarde, unas veces mal pergeñada, otras lujosamente compuesta, siempre provocativa, dando con este impudor y aquella irre-

gularidad señales claras de su irremediable caída. Luego desapareció de Madrid sorbida por el hospital ó la cárcel, mientras su padre moría recordándola tardíamente, como ahora la recordaba doña Ana. Fué crimen sin gota de sangre; pero, ¡qué inicuo! ¡Cuánta trabajosa insidia, qué execrable cautela hubo de emplear hasta conseguir que el padre les aborreciese.

Tal fué su vida; por eso ahora el remordimiento traía de la mano al terror.

La conciencia, librándose de la opresión en que la mantuvieron el egoísmo y la torpeza, se enseñoreaba del alma, y su desquite consistía en avivar la inteligencia para que viese claro el daño é imposible el remedio, eslabonándose por sí mismas las ideas hasta confudirse la amargura de las iniquidades practicadas con el temor de las penas merecidas. No, no hacía falta que fuesen eternas. Harto castigo era aquel convencimiento de la propia maldad y aquel desfile de víctimas sacrificadas á sus malas pasiones.

Entre este tormento moral y el sufrir físico propio de su dolencia, fué doña Ana descaeciendo y empeorando tanto en unas cuantas semanas que un día el médico dijo

á las pocas y no muy solícitas personas que la cuidaban:

—Esto va más á prisa de lo que yo creí. Hay que decírselo. Mi obligación es avisarlo.

Con lo cual significaba que debía prepararse á bien morir, cumpliendo con las prácticas religiosas y arreglando, si quería, sus disposiciones testamentarias.

¿Quién se lo dijo? Cualquiera; porque nadie le tuvo lástima; y una tarde, á punto de anochecer, se vió á un sacerdote llegar á la casa y subir guiado por una doncella. Cruzó como una sombra las habitaciones, entró en el dormitorio, y sentándose junto al lecho de la enferma, mientras el sol poniente reverberaba en los cristales del balcón fingiendo llamaradas de infierno, habló largamente con ella.

Más de dos horas duró el diálogo. En el gabinete inmediato estaban la prima y la ahijada pobres, esperanzadas con que aquella muerte pusiese término á sus apuros, una criada envejecida en la casa, el administrador y el sobrino, que, pensando racionalmente, había de ser heredero. Todos sentían impulsos de hablar, mas ninguno se atrevía: las mismas ideas entre impacientes é hipócritas bullían en todas las ca-

bezas, sin que nadie las dejase salir á los labios; y así estuvieron, callados con mal fingido abatimiento, hasta que, levantándose una cortina, apareció el sacerdote, diciendo:

—No hay peligro de muerte, por el momento. Está serena. Que entre alguno de ustedes.

En seguida saludó con dulce humildad, y precedido por la doncella que le había guiado, se fué.

Todos hubieran querido entrar; pero por vergüenza se contuvieron. Tras cortos instantes de vacilación, pasó el administrador, que volvió á salir en seguida pronuniando estas palabras:

—Desea testar.

Aquella misma noche acudió el notario, ombre ya viejo, antiguo conocido de doña Ana, en cuyos negocios había frecuentemente intervenido. Quiso al verla bromear un poco, por darle ánimos, mas ella le puso á raya con tristes y severas razones. Luego trayendo luces les dejaron, y la entrevista fué larga, mucho más larga que la celebrada con el sacerdote; como si aun á las puertas de la muerte aquella mujer se preocupase con mayor desvelo de lo mundanal y terreno que de lo espiritual y salvador.

El notario salió guardándose las cuartillas que formaban la minuta del testamento, y diciendo á los que le rodearon:

—La encuentro relativamente bien: hay tiempo para todo.

Al día siguiente volvió con el documento extendido y los testigos designados de antemano; doña Ana, incorporándose en el lecho, firmó con pulso seguro, y terminado el acto él y sus acompañantes se marcharon sin que nadie se atreviese á interrogarles.

¿Prestarían alguna fuerza á la materia y al espíritu aquellos propósitos de morir cristianamente y disponer de su hacienda? Ello fué que aun vivió tres días; al cuarto le sobrevinieron fuertes colapsos, y en uno de ellos quedó muerta.

La concurrencia que asistió al entierro fué la que debía ser: amigos pocos, conocidos muchos; los más se desperdigaron á mitad de camino; los menos fueron hasta el camposanto.

....

Pasados nueve días, el notario citó en su estudio, para darles lectura del testamento, á unas cuantas personas, entre las cuales se contaban la prima, la ahijada, el sobrino y el administrador de doña Ana; acudien-

do también, con gran sorpresa de éstos, un clérigo y otro caballero, que, por su aspecto, traje y modales, parecía hombre más en contacto con lo eclesiástico que con lo mundano.

Sentóse cada cual donde quiso, hízolo el notario ante su bufete, y un escribiente dió lectura al documento.

Doña Ana dejaba á su sobrino un legado de sólo mil pesetas; menos de lo que deja un señor á quien le sirvió algún tiempo; á la prima, la ahijada y el administrador ni siquiera les nombraba; de amigos, criados y pobres no hacía mención; y todo el grueso de sus bienes, que en fincas rústicas y urbanas, alhajas y valores públicos, ascendía á más de nueve millones de pesetas, para sufragios por su alma y para diversas comunidades y congregaciones religiosas, á las cuales en aquel solemne acto representaba el caballero que por su aspecto, traje y modales parecía vivir más en contacto con lo eclesiástico que con lo mundano. Este y el clérigo, terminada la lectura, miraron al notario como interrogándole sobre si debían marcharse; pero él les hizo una seña para que permaneciesen. Los demás se retiraron sin comentar lo que acababan de oír; todos enojados y mohi-

nos, aunque sin darlo á entender, recelando cada cual ser á los otros motivo de irrisión y burla.

Por fin, ya en el portal, la prima, gran conocedora de la vida y pecados de la difunta, no pudo callar, y soltó al despecho la rienda con este comentario:

—A mí no me cabe en la cabeza que el dinero sirva para salvarse.

La ahijada, por no ser menos, añadió:

—Pues Anita, que en paz descanse, tenía miedo y ha procurado redimirse.

—Creo lo mismo—dijo el sobrino despidiéndose: y esto es lo que se llama *redención á metálico*.

1896.

FRUTA CAIDA

Estaba el tren á punto de salir cuando Ernestina, seguida de su doncella, llegó al andén, después de haber logrado facturar á toda prisa, y casi por favor, el equipaje, compuesto de tres mundos y dos grandes banastas de mimbres recubiertas de hule, donde iban los vestidos que no podían doblarse. Un minuto más de tardanza y se queda en Madrid. Dirigióse rápidamente hacia los vagones, cuyas portezuelas estaban ya cerradas, y abrió una; no había sitio; hizo igual tentativa en el departamento inmediato, y tampoco; repitió la operación en otro, y lo mismo; de pronto, sonó el pito y comenzó la máquina á lanzar potentes resoplidos: entonces, resuelta á no quedarse en tierra, abrió otra portezuela,

y sin cuidarse de si tendría dónde colocarse, subió; metióse tras ella la muchacha, y un instante después el tren se puso en marcha, haciendo retemblar la cristalería de puertas y techumbres y pasando con estrépito sobre las placas giratorias.

Afortunadamente para la viajera, el departamento estaba casi desocupado; sólo había en él dos caballeros desconocidos entre sí, sentados de espaldas á la máquina y cada uno al lado de una ventanilla. El de la izquierda, canoso y de aire respetable, debía de ir muy cerca, porque sólo llevaba en el asiento el gabán y tres ó cuatro paquetes de compras recién hechas atados con bramantillo rojo. El de la derecha, como de treinta á cuarenta años, llevaba maletín, saco de noche y manta escocesa, todo bueno y de costoso aspecto.

Ernestina les hizo una ligera inclinación de cabeza, la doncella dijo «buenas tardes», y ambas se sentaron, colocando antes la segunda en las redes los bultos que llevaba.

Fuera de agujas, al apresurar el tren la marcha, dejándose atrás las arboledas de la Moncloa y las orillas del río, mientras los rayos del sol que comenzaron á trasponer las lomas de El Pardo inundaban de claridad lo interior del coche, la doncella

se acercó á una ventanilla para ver el campo, permaneciendo largo rato embobada en la contemplación de aquellos cerros, que acaso le recordasen otros parecidos donde ella corrió siendo chiquilla; y los demás viajeros comenzaron á mirarse curiosamente, aunque con el disimulo que impone la buena crianza.

Ernestina comprendió en seguida que el caballero canoso se bajaría en una estación próxima, pues no llevaba cosa alguna que indicase largo viaje, y que el otro señor tenía traza de ir más lejos; y observó también que las miradas del primero eran de mera curiosidad, como de quien sabe que no tiene tiempo para nada, en tanto que el segundo la contemplaba despacio, poco á poco, seguro de poder ir recreándose en ella.

Era éste un hombre de tipo indudablemente extranjero, muy alto, afeitado por completo, de pelo corto y rubio rojizo, facciones poco abultadas que daban á su rostro cierto aspecto de triste impasibilidad, y grandes é inexpresivos ojos azules: tenía el cuerpo recio, las manos y los pies enormes, delatando, á pesar de lo bien calzado y enguantado, origen poco aristocrático. Vestía camisa de franela fina y clara, terno de

lanilla entre gris y canelo, de corte seguramente inglés, y gorrita de paño, indicando con lo demás de su atavío ser individuo acostumbrado á viajar.

Mas lo que le caracterizaba era la extrema corpulencia: su americana pudiera servir de gabán á un hombre de mediana estatura y regular volumen; el chaleco revelaba un pecho anchísimo, robusto, atlético, y bajo la tela de pantalones y mangas se adivinaban piernas y brazos de robustez extraordinaria; parecía un luchador de juegos olímpicos vestido por un sastre londinense.

Contra lo que viéndole pudiera creerse, sus ademanes no eran bruscos ni groseros, antes ponía empeño en mostrar buena educación y finura.

¿Qué podría ser aquel hombre? Ernestina pensó que sería banquero, rico comerciante, ingeniero... acaso lord. Su enormidad no era incompatible con ninguna profesión ni categoría; podía ser grandullón y persona finísima... ¡Hay extranjeros que abultan tanto!

Mientras ella le examinaba cautelosamente, él iba desmenuzándola y paladeándola con la mirada, si así puede decirse, desde los pies, si no muy pequeños, en cambio admirablemente calzados con bo-

tas de piel avellanada pespunteadas de rojo, hasta el sombrerillo de fieltro gris sin otro adorno que una pluma de águila. El traje era de pana color de pizarra; lisa la falda, el cuerpo con botoncillos de plata, cinturón de cuero y guantes de gamuza leonada. No llevaba más alhaja que un broche imperdible de oro mate figurando un trébol, puesto al cuello. Pero lo digno de admiración en ella no era la ropa, sino la persona, ó personita, mejor dicho, porque era pequeña, menuda, y aunque de rostro algo severo, muy graciosa y elegantísima en movimientos y posturas. Para mayor encanto, tenía los ojos grandes, azules, llenos de dulces promesas; el pelo rubio claro, la tez blanca, los labios finos, los dientes bonitos, las orejas como conchitas de nácar sonrosado, y la nariz, aunque un poco grande, no tanto que afease lo demás del rostro, sino que, por el contrario, le daba cierto aire aristocrático y semejanza con aquellos retratos de princesas austriacas que hay en los palacios de Versalles: el pecho era proporcionado á su estatura, ni tan opulento que amenazara con feos desbordamientos, ni tan pobre de recursos que sobre el escote se hundiese la tela del vestido: por último, á juzgar según los bultos y líneas que

al moverse modelaban los pliegues, arrugas y altibajos de la falda, todo su cuerpo debía de estar bien dibujado: mujer, en fin, creada por la bondad suprema para recompensa de un artista delicadísimo ó de un gran señor que mereciera serlo.

El *inglés* se perdía en suposiciones y conjeturas acerca de su clase y condición: para dama principal, iba poco acompañada, y para aventurera, se le antojaba que había en toda su figura demasiada delicadeza. En cuanto á su estado, no cabían tantas dudas: era casada ó viuda... ó separada; primero, porque una señorita soltera no había de viajar con sólo una criada, y segundo, porque sus ojos, sin pecar de insolentes, tenían ese mirar experimentado que ni muestra recelos ni teme sorpresas.

Corría el tren é iba faltando luz en el espacio; ya empezaban á notarse las chispas que volaban entre las nubes del humo despedido por la locomotora; rápidamente se hizo de noche, y en la última línea del horizonte, al lado opuesto por donde el sol se había ocultado, brilló sobre el azul obscuro del cielo un hermosísimo lucero.

Al llegar á El Escorial, el caballero canoso se bajó saludando cortesmente y la doncella se echó á dormir. Después, el tren

siguió corriendo y comenzó á soplar un aire muy vivo. Ernestina, sintiendo frío, intentó cerrar la ventanilla; pero estaba tan fuertemente encajado el marco del cristal en la parte inferior de la portezuela, que no pudo lograrlo por mucho que tiró.

Entonces se levantó el *inglés*, y tomando el extremo del tirante con dos dedos, lo atrajo hacia sí, quedando la ventanilla cerrada, hecho lo cual volvió á sentarse; ella le dió gracias y ambos siguieron observándose, con igual discreción que antes, débilmente iluminados por el resplandor de la lamparilla que, colocada en la techumbre del vagón, oscilaba como si la llama temiese ahogarse en el charquillo de aceite caído en lo cóncavo del vidrio.

Extendiéronse las sombras por los campos, continuó profundamente dormida la doncella, y Ernestina, echándose sobre los hombros un chal escocés, permaneció inmóvil, despierta y frunciendo el lindo entrecejo, cual si pensase cosas que le importaran mucho.

Aquel viaje le traía otro á la memoria: el de recién casada: entonces iba sola con él, es decir, con su marido, en un reservado... Luego, ¡cuántos desencantos y penas!...

Una novela corta y tristísima, llena de sorpresas ó casi sorpresas físicas, y de amarguras morales...; la mentida plenitud del amor, los síntomas del cansancio y, finalmente, el frío implacable de la desilusión y el convencimiento de que los dos se habían engañado. No: con la fortuna de ambos no tenían para empezar.

Sólo la maternidad hubiera podido salvarla, y... no fué madre; así que dos años bastaron á destruír aquella pasión engañosa, consagrada ante un altar, lucida un invierno en teatros y salones, herida por una traición de él, rematada por una infidelidad de ella, y enterrada por una explicación cínica en que acordaron separarse sin escándalo. Después volvió él á su licenciosa vida pasada, mientras ella, primero sobrecogida por su repentina libertad, luego asediada por cien galanteadores, sin sentir amor verdadero que la redimiese, ó que, á lo menos, diera tranquilidad á su conciencia, se lanzó á pocas y bien calculadas aventuras, en las cuales hallaban doble satisfacción el despecho de la mujer abandonada y las necesidades de la vida... La vida de Madrid, frívola, costosa ¡y tan costosa! Desde la ruptura con el último amante, aquello se había hecho in-

tolerable. La pensión marital, á regañadientes otorgada é irregularmente satisfecha, no bastaba: el verano, que por entonces acababa, fué un suplicio. Primero, la humillación de no poder salir de Madrid, y después un diluvio de cuentas atrasadas: la modista de vestidos, la de sombreros, la de arreglos, la lencera, el zapatero... hasta la florera y el revendedor habían caído sobre ella con prisas, groserías, insolencias y amenazas. ¡Qué temporada! Afortunadamente, sus primas Laura y Pepita, aquélla viuda y ésta con el cónyuge huído hasta Filipinas, la sacaron de apuros escribiéndole desde San Sebastián:

«Cuarto ya sabes que no podemos ofrecerte; pero lo tomas, para dormir solamente, en una fonda inmediata; almuerzas y comes con nosotras. Todo el día podemos estar juntas.»

Harto comprendió Ernestina que el propósito de las primas antes era tener compañía que hacerle un favor; pero aceptó gozosa la ocasión de huír de Madrid, donde parecía habérsele venido encima toda Inglaterra.

Empeñando varias alhajas se procuró cinco mil y pico de reales, dispuso el equipaje con lo mejorcito que tenía, y allá iba,

segura, si no de divertirse mucho, á lo menos de pasar un mes tranquila, tal vez esperanzada en que algo ó alguien variase el curso de su vida...

Mientras así ó parecidamente discurría Ernestina, el *inglés* la miraba, pero no ya con la simple curiosidad de los primeros momentos, sino con aquel interés que pone el hombre cuando al mirar indica con los ojos lo que no se atreve á pedir con los labios.

Ella, dejando caer de cuando en cuando los párpados, suspiraba levemente. Ni uno ni otro daba señales de querer dormir.

De pronto roncó fuertemente la doncella, y ambos soltaron la carcajada.

—No despertará aunque descarrilemos—dijo él en regular castellano.

—*Assurement*—añadió ella en francés admirablemente pronunciado y con la maliciosa idea de que contestase en el mismo idioma para descubrir su procedencia por su acento.

—*Esperons que nous n'auront pas d'accident*—replicó él apretando tanto los dientes y marcando tan fuertemente las vocales, que ella pensó en seguida:

«Inglés tenemos.» Y ante la idea de hallarse al habla con otro *inglés,* no pudo

contener la risa, añadiendo mentalmente: «¡*Similia similibus!*... ¡Quién sabe!...»

El caballero juzgó de buen agüero aquella risa; y, roto el hielo, cambiaron algunas frases.

—Este coche no tiene mal movimiento. La señorita pudiera descansar un ratito.

—En viaje duermo poco. ¿Sabe usted á qué hora se llega á Valladolid?

—A las doce y media.

—Pues hace fresco... y hasta que llegue una estación de las principales no hay modo de tomar cosa caliente... y siento un frío interior...

Al oír aquello el inglés, cogió un maletín que junto á sí tenía, y sin desplegar los labios fué sacando varios objetos: una botella llena de un líquido dorado obscuro, luego un frasco chato y más chico con un letrero que decía *Jamaica,* después un limón hermosísimo, un fuerte vaso de limpio cristal y, finalmente, un cilindro de níquel que, abierto, mostró contener un pequeño recipiente y una lamparilla de alcohol. Puso ésta sobre los almohadones del coche, calentó en aquél parte del líquido dorado, que era te con agua, le añadió azúcar y ron, exprimió sobre estas cosas medio limón, y llenando el vaso con la hu-

meante bebida, se lo presentó á la estupefacta Ernestina, diciendo:

—Yo suplicar que *accepte* mi *grog* á la señorita.

La cual, asombrada de tanta habilidad y galantería, repuso con una sonrisa hechicera:

—¡Oh, caballero! ¡Cuánta bondad!... ¡Qué imprudencia la mía! Pero ¿cómo suponer...?—al mismo tiempo que pensaba para sus adentros: «¡Cómo viajan estos extranjeros!»

En seguida, sin gazmoñerías ni dengues, tomó el vaso y apuró su contenido, exclamando:

—¡Delicioso! Un millón de gracias.

Desde aquel momento hablaron como si hubieran dado juntos la vuelta al mundo.

El inglés hizo más *grog* para sí, cargando en el ron la mano; habló de España, de la suprema distinción de las damas españolas y de su extraordinaria belleza, y ella le escuchó tratando de sorprender alguna frase por donde colegir la profesión, estado ó condición de aquel hombre, á quien no podía ponerse más tacha que su exagerada corpulencia. ¡Qué cuello! ¡Qué distancia de hombro á hombro! ¡Qué pechazo! ¡Qué patazas!

«Y, sin embargo—pensaba,—no resulta muy ordinario... ¡Como estos ingleses hacen tanto ejercicio corporal!»

De pronto paró el tren en una estación, y pocos segundos después se acercó á la portezuela un hombre también de aspecto extranjero, con gorra de *jockey*, chaleco de cuadros y facha de criado, el cual, subido en el estribo y asomado á la ventanilla, saludó llevándose la mano á la visera. El caballero, al verle, le preguntó:

—¿Cómo van *Thom* y *Jack*?

—Perfectamente—repuso. Y se fué.

Ernestina se dijo: «¿Cuántos criados llevará este caballero?», pareciéndole, sin embargo, algo raro que hombre tal no viajase en reservado ó *sleeping*.

Siguió el tren su marcha y continuaron largo rato hablando con la mayor naturalidad, sin que ella incurriese en la más leve coquetería ni él se arriesgase al menor atrevimiento.

Al cabo de una hora, se detuvo el tren en otra estación donde debía parar quince minutos; el caballero se bajó, visto lo cual, Ernestina despertó á la doncella, y bajando también, echaron juntas á correr. Cuando volvieron, estaba fumando al pie del coche.

Ella, notándolo, dijo:

—¡Qué tonta he sido! Dispénseme usted y fume, que el humo del tabaco me agrada.

Tocaron la campana, subió él al vagón, dió á las mujeres la mano, oprimiendo la de Ernestina suavemente, crugieron los herrajes, bufó la máquina y recostóse á dormir la criada.

En menos que tardó él en desdoblar una manta, recobró el sueño la doncella, lo cual le hizo decir con cómica gravedad:

—*Estár* una marmota.

Ernestina se echó á reír; pero, de pronto, la sorpresa le cortó la risa, porque el inglés, en vez de volverse al sitio que antes ocupaba en el opuesto extremo del vagón, se sentó más cerca, acortando las distancias y dejando entre ambos sólo un lugar vacío; de modo que si ella quisiera echarse á descansar, según se colocara, por fuerza había de tropezarle con los pies, ó, lo que fuera más grave, rozarle con el pelo.

Pensó en si debía ponerse seria; pero aquel asiento que aún quedaba libre entre ambos hubiera hecho ridícula su seriedad. Contentóse con cerrar los ojos, como si quisiera descansar, y corrió él la cortinilla, quedando el compartimiento mucho más obscuro.

Luego Ernestina, sin echarse á lo largo, se recostó para mayor comodidad, con lo cual se quedó adormilada, inmóvil, mientras el tren comenzó á pasar túneles y más túneles, haciéndose en algunos momentos tan pavorosa la lobreguez de fuera y, con el humo encallejonado, tan densa y sofocante la atmósfera de dentro, que el vagón parecía tragado por la tierra.

El inglés iba más despabilado que á medio día. Tal vez le desvelase el ruido.

De repente, cuando era más infernal el traqueteo producido por la velocidad de la marcha, Ernestina despertó sobresaltada. Acababa de sentir, ó imaginó haber sentido, primero en una mejilla y luego en otra, el contacto suave, rápido y tibio de una boca. ¿Lo soñó ó fué verdad? La impresión, como si la hubiesen besado. Sí; un beso por partida doble, pero comedido, prudente y, en realidad, no muy ofensivo.

Entreabrió los ojos y vió que el inglés tenía los suyos cerrados y estaba echado. Ella entonces fingió dormir respirando acompasadamente y con fuerza. Pasó un rato largo y luego, ¡oh sorpresa!, sintió sobre su rostro, primero, aliento mal contenido de respiración ajena, y después..., como antes: ¡dos!, uno en cada mejilla, el

segundo con tendencia á repetir la suerte.

Entonces, dando un débil grito de ninfa ultrajada, abrió tan rápidamente los ojos, que sorprendió al inglés antes de que se dejara caer sobre su asiento, y se le quedó mirando con cierta triste dignidad que infundía respeto, entre ofendida y piadosa; cual si quisiera y no pudiese mostrar indignación, como si el alma de la mujer pretendiera ignorar el insulto inferido á la señora, al mismo tiempo que, fuese admirable espontaneidad ó primoroso artificio, de sus ojos surgieron y por las profanadas mejillas rodaron dos lágrimas como dos granitos de aljófar.

El hombre bajó avergonzado la vista, murmurando:

—Usted arrebatadora... ¡yo loco! Providencia tener la culpa.

No volvieron á cambiar palabra.

Por parte de Ernestina ni una frase, ni un reproche, nada más que una sonrisa que parecía decir: «¡Vaya un caballero!», y por parte de él turbación y falta de valor para reincidir.

Ya entrada la mañana, volvió en otra estación á presentarse el criado en la ventanilla, diciendo antes que su amo le preguntase:

—*Jack* y *Thom*, sin novedad.

Callados, dignísimos, admirables, de indulgencia ella y de comedimiento él, siguieron ambos viajeros hasta llegar á San Sebastián, donde Ernestina, después de despertar á la doncella y recoger sus bártulos, se apeó primero para evitar que el caballero le diese la mano, y entregando á un mozo el talón del equipaje, salió escapada del andén, corriendo á meterse en el ómnibus del *Hotel Principal*.

A los pocos minutos, y al tiempo que comenzaban á sacar los mundos de la dama, llegó el criado del inglés seguido de dos mozos, cada uno con un baúl, los cuales cargaron sobre el mismo vehículo en que ella estaba; en seguida apareció el inglés precediendo á otros dos mozos con otros dos baúles parecidos á los primeros, y después de ver cómo colocaban los cuatro, montó en el coche, que arrancó en dirección á la ciudad. Ernestina, que se había puesto muy seria, pensó:

«¡Cuánto equipaje!»

Pero lo que realmente llamó su atención no fué que un hombre solo llevara tantos bultos, sino la forma de ellos. No eran verdaderos baules ni cofres, sino enormes cajas de cuero con listones de madera y cla-

vos de cobre, las cuales, casi en su totalidad, desaparecían bajo una cantidad extraordinaria de etiquetas blancas, rojas, amarillas, verdes y azules, que con los nombres de las ciudades, pueblos, fondas y hoteles donde fueran pegadas, acusaban un número incalculable de viajes. En Sevilla, París, Roma, Berlín, Chicago, Constantinopla, Buenos Aires, El Cairo, Petersburgo, Londres, Boston..., en el mundo entero habían estado aquellas cajas.

«No cabe duda—pensó Ernestina,—este hombre es diplomático.»

Nada se dijeron en el trayecto que separaba la estación de la fonda.

En la puerta de ésta esperaban á Ernestina sus primas Laura y Pepita, ambas guapas, aunque marchitas, y elegantes, aunque demasiado emperejiladas. Paró el ómnibus; el inglés, que bajó primero, ofreció á Ernestina la mano para que se apoyase; no la rechazó ella por no verse obligada á dar á sus primas explicación del desaire, saltó á tierra, y hubo entre las tres aquello de

—¡Qué mona estás!

—¡Qué lindo traje!

—¡Vienes preciosa!

—¡Pues y tú!

—Nos alegramos tanto.

—¡Pues y yo!

Laura, bajando la voz y aludiendo al inglés, dijo á su prima:

—Chica, es un gigante. ¿Habéis venido juntos?

Y ella repuso, como si le inspirase profunda antipatía:

—Desde Madrid no ha parado de roncar.

El viajero entró al despacho del hotel, y ellas guiaron á Ernestina hasta la habitación que le tenían preparada. Subiéronle luego el equipaje, se lavó y mudó, esperáronla sus primas, y se fueron á almorzar juntas.

Cuando salieron, aún estaban en el portal las cajas del inglés mostrando aquellas etiquetas multicolores que pregonaban las andanzas de su dueño.

Este y Ernestina no se vieron en todo el día. Ella volvió de noche, temprano, notando al entrar que las famosas cajas estaban en el mismo corredor á que daba la puerta de su habitación. El viajero no podía andar lejos.

Venía cansada y se acostó pensando:

«¿Quién será ese hombre tan grandullón...? ¡Y qué atrevido! Pero... ¡qué bien hace el *grog!* ¡Con qué osadía me besó...

y luego qué prudente! Sin duda fué un impulso superior á su voluntad... El amor de un hombre así debe de ser cosa tremenda... Da miedo pensar...» y se durmió.

A la mañana siguiente fueron á buscarla Laura y Pepita, y, á media tarde, volvieron con ella para que se mudase. En todo el día no vió al inglés en la fonda, ni en paseo, ni en la playa. ¿Dónde se metería?

Por la noche fueron al circo. Era día de moda, la función prometía estar brillante y cierto adorador de Pepita les había enviado un palco.

Cuando llegaron estaba el espectáculo casi á la mitad, y al entrar llamaron mucho la atención por lo guapas y bien vestidas. Pero la más bonita y elegante era Ernestina: llevaba vestido color de heliotropo claro con gasas más obscuras, al pecho un grupo de rosas amarillas, é iba primorosamente peinada, luciendo aquel precioso pelo rubio, á cuyo moño y rizos arrancaba la luz eléctrica reflejos de oro.

La miraban tantos y tanto que, envanecida por su propio éxito, apenas hacía caso de la función.

Salieron á trabajar un equilibrista, una mujer medio desnuda que enseñaba ser-

pientes amaestradas y una niña descoyuntada. Por fin, después del intermedio, se presentó un *clown* seguido de un burro tan pequeño que casi no pasaba de buche, y un marrano tan grande que parecía jabalí, los cuales hacían tales habilidades que no paraba la gente de reír.

El *clown* era un hombre de colosal estatura, gruesísimo, recio el cuello, enormes los pies y descomunales las manos.

«¡Qué horror!—pensó Ernestina.—Pues éste deja tamañito al del *grog*.

Su musculatura debía de ser formidable; pero no era posible apreciarlo bien, porque sacaba un traje muy amplio, casi flotante, compuesto de blusa y pantalones bombachos, todo ello blanco, y por nuevo y original capricho, cuajado de grandes círculos que figuraban toda clase de monedas de oro; onzas y centenes españoles, luises franceses, libras esterlinas, *dollars* americanos, italianas de veinte liras y hasta rusas y turcas de valor análogo, todas relucientes, brillantes, tentadoras; ofreciendo al entendimiento singular contraste aquel adorno, que representaba el signo de la riqueza moderna, y la profesión de aquel hombre que se ganaba el pan haciendo títeres y payasadas en compañía de un cer-

do y un jumento. Tenía el rostro enharinado, en la boca un manchón rojo, las cejas alargadas, las orejas pintadas de bermellón; estaba, en fin, que daba asco: y había en su figura, en su confraternidad con las dos bestias ridículamente amaestradas, y, sobre todo, en aquéllas monedas de oro, que cubrían su cuerpo, algo que parecía simbólico y donde la dignidad humana se mostraba escarnecida y humillada.

El público le aplaudía sin cesar. Ernestina no dejaba de mirarle. Parecíale mayor, más corpulento que su compañero del tren, pero... ¿no podía ser efecto de la blusa flotante y los bombachos? No; no era posible... El otro era un caballero muy gordo, pero... caballero. La cara sí... á pesar de la pintura y los polvos...

De repente Ernestina sintió como si le subiese del pecho al rostro una oleada de sangre...

El *clown* se había fijado en ella, deteniéndose un momento. Fué obra de un segundo, nadie pudo advertirlo, mas ambos se reconocieron fácilmente, porque los palcos estaban bajos y muy cercanos á la pista. Luego cada vez que pasó por delante de ella la miró rápidamente sin suspender sus grotescos ejercicios, pero saludán-

dola con los ojos. A Ernestina le faltaba poco para desmayarse.

Rabiosa de ira, y conteniéndose por parecer tranquila, cogió el programa para ver lo que decía de aquel hombre, y leyó:

The gean clown.
El clown gigante
con sus portentosos animales
Jack y Thom.

Todo estaba explicado.

La segunda parte de su trabajo consistía en dejarse pegar por todos los demás acróbatas, titiriteros y saltarines de la compañía, hasta por los mozos que sacaban los caballos y estiraban la alfombra, los cuales le daban á porfía de bofetadas, cachetes, sopapos y puntapiés, que él aguantaba plácido y sonriente con la mansedumbre de un envilecimiento imperturbable.

Por fin de fiesta, el burro y el marrano le llevaron á empujones y hocicadas hasta la entrada de la cuadra.

La última mirada del clown, al retirarse saludando entre atronadores aplausos, fué para Ernestina. Ella lo veía y no lo creía... ¡Y aquel hombre le había puesto los labios en la cara!

Al acabar la función dijo que le dolía la cabeza, y logró que sus primas la dejaran irse sola en un coche á la fonda, donde llegó presa de la más extraña emoción que jamás había experimentado.

Tan malhumorada la vió la doncella, que no se atrevió á chistar; hasta que, pasado un buen rato, se arriesgó, y tomando de sobre un velador un gran ramo de frescas y finísimas flores y una carta, dijo:

—Esto han dejado al anochecer para la señora.

Ernestina abrió maquinalmente el sobre, dentro del cual venía una tarjeta donde estaba escrito lo siguiente:

OSCAR SMITH,

pide permiso á su compañera de viaje para pasar á saludarla mañana por la tarde.

Y mientras ella, llena de rabioso asombro, leía la tarjeta y miraba el ramo, la doncella decía:

—Es del caballero inglés. He hablado mucho con su criado. Dice que viajan por todo el mundo, que su amo es *clón*, de los que en el circo hacen reír, que gana un dineral, le pagan cuanto pide..., una barbaridad; vive como un gran señor y todo se lo gasta con las mujeres...; es muy genero-

so y muy espléndido. Cuando le gusta una, le da el oro á manos llenas...

El ramo no llegó á tocarlo; la tarjeta se le cayó de las manos.

Se desnudó llorosa, temblando de ira y de vergüenza, mientras la doncella repetía:

—Cuando le gusta una, es espléndido...

No pudo dormir. Pasó la noche combatida de mil crueles pensamientos, acordándose del tren, de los besos, del burro y del marrano amaestrados, de aquel hombre despreciable y grotesco con su traje cuajado de monedas de oro, de las bofetadas que le dieron y, sobre todo, de las palabras de la doncella: «Con la que le gusta es espléndido.»

Cuando á la mañana siguiente entró aquélla á vestirla y abrió el balcón del cuarto, lo primero que vió Ernestina fué el ramo y la tarjeta, que quedaron sobre una mesa. Entonces, sin atreverse á mirarla cara á cara, dijo tristemente:

—Oye, chiquita; ve corriendo á casa de mis primas y diles que han venido unas amigas á buscarme, que estoy convidada, que hoy no cuenten conmigo...

Y, suspirando, añadió para sus adentros, entre resignada y valerosa: «¡Pecho al agua!»

1896

EL POBRE TIO

Siendo casi niña, estuvo Adela enamorada de su primo Julián; en realidad, antes que verdadero amor, el sentimiento que experimentó fué ese inquieto y dulce despertar de la naturaleza femenina, que, cohibida por la educación, toma fácilmente tinte novelesco y romántico; más que por Julián mismo, se sentía atraída por la idea del amor: pero como á su casa no iban otros muchachos y no podía establecer comparaciones, acabó por convencerse de que le quería de veras.

El amorío duró un año; luego Julián concluyó la carrera; sus padres, que eran ricos, le mandaron al extranjero para que aprendiese idiomas, y no volvió á pensar en la prima. Adela lloró mucho, y hasta

se forjó la ilusión de que odiaba á su primo y era capaz de guardarle rencor.

Pasados dos años, huérfana ya de padre y madre, y viviendo en compañía de un tutor y su mujer, los cuales, con pretexto de frutos por alimentos, se guardaban su modesta renta, comenzó á cortejarla un buen mozo, sin oficio ni beneficio, que la trastornó el seso, y logró casarse con ella. Luego pidió cuentas al tutor; amenazándole, consiguió que las rindiera, y empezó el matrimonio á vivir desahogadamente.

Pedro—que éste era el nombre del marido—no trabajaba ni traía un real á la casa; pero podían pasarlo bien, porque la renta de Adela excedía de tres mil duros.

Acabada la luna de miel y hecho él á la holganza y sus consecuencias, al cabo de año y medio comenzó la desventurada á comprender que su buen mozo valía moralmente muy poco. Pedro gastaba más de lo que debía; y, lo que era peor, en el juego y en francachelas, á que no asistían hombres solos. A pesar de sus pesares, Adela se le mostró cada día más cariñosa y amante, esperando dominarle y corregirle á fuerza de ternura.

En dos años tuvieron dos hijas, Petra y Luisa. A partir de la convalecencia del se-

gundo parto, que fué muy larga y dejó á Adela enfermiza, Pedro acabó de echarse á perder. Pasaba noches enteras fuera de casa, escatimaba en ella el dinero y á las quejas de su mujer respondía grosera y brutalmente.

Las niñas, viendo á su madre maltratada y ofendida, crecieron acostumbrándose á no respetarla; y ella, que era muy buena, ansiosa de indemnizarlas de lo mucho que les faltaba de juguetes y moños gracias á los desórdenes de su padre, las mimó y consintió exageradamente; con lo cual, entre aquella bondadosa debilidad de la madre y los malos instintos que de Pedro habían heredado, acabaron por ser dos chicas voluntariosas, egoístas y de mala entraña.

A los diez y seis y diez y siete años, respectivamente, eran insoportables; fuera de componerse, emperejilarse y coquetear, aunque nada tenían de agraciadas, no había mundo para ellas; y como en la casa iba escaseando el dinero, cada deseo y cada capricho suyo, era un disgusto para la pobre Adela, que se pasaba los días llorando el desvío de su marido y la aspereza de sus hijas. El padre vivía derrochando lo que quedaba del capital casi consumido, las niñas, constantemente ocupadas en reformas

de trajes cursis, y la madre, matándose á trabajar para hacer que un duro representase papel de cuarenta reales.

Un día, obligado á pagar una deuda de juego, hizo Pedro una estafa y se dictó contra él auto de prisión. Adela, que tenía guardadas como oro en paño algunas alhajas de sus padres, las vendió; y, sin enterar á sus hijas para que no se avergonzaran, pagó, evitando que su marido fuese á presidio, ocultando en el escondrijo más recóndito de su armario la carta de pago que había librado de tamaña deshonra á la familia.

Teniendo ya las hijas diez y ocho y veinte años, su digno padre murió de repente. Adela, harta de humillaciones, no sólo no lo sintió, sino que se esperanzó imaginando que habían disminuído las causas de su desdicha. Pronto comenzó á persuadirse de que iba á ser más infeliz viuda que casada.

Registrando los papeles del difunto, entre cartas de queridas y recibos de prestamistas, encontró unos apuntes de los cuales se desprendía que les quedaban unos seis mil reales de renta: para tres mujeres, casi la miseria.

Durante el primer año de orfandad, Petra

y Luisa fueron poco exigentes; pero cuando comenzaron á querer comprarse galas de alivio de luto y la madre se opuso, la rebeldía fué espantosa. Si hubieran sido bonitas, seguramente entonces habrían tratado de volar por cuenta propia; mas como eran feas continuaron siendo virtuosas, suponiendo que la castidad no combatida y soportada á regañadientes pueda llamarse virtud. Ello fué que entre la forzosa honestidad y la falta de bienestar se les agrió tanto el carácter y extremaron tanto el desamor para con la pobre Adela, que llegaron á tratarla como si fuese su criada, agobiándola continuamente con malas caras, peores palabras y crueles desprecios. En más de una ocasión se hubiesen atrevido á levantarle la mano á no contenerlas el miedo, porque Adela era robusta y fuerte; y ellas sabían que si llegase á perder la paciencia podía ahogarlas entre los brazos.

A pesar de llevar vida tan triste y de haber cumplido los treinta y ocho, aún estaba guapa. No habían las lágrimas apagado el brillo de sus ojos, ni los labios se le plegaban con ese gesto que suele dejar en ellos el acíbar de la vida; conservaba el pelo su sedosa negrura, el cuerpo no se le había deformado por el trajín diario de la

casa, y, á despecho de trajes pobres y de calzados feos, era al andar gentil y airosa, como nunca lo fueron ni lo serían sus desgarbadas hijas. Lo único que se le había estropeado eran las manos.

Una mañana, después de haber permanecido encerrada en casa dos semanas, salió á compras; terminadas las cuales, sintiéndose con ganas de andar, en vez de volver á prisa, como de costumbre, fué alargando el camino y acortando el paso, complacida en aquella libertad de ir sola, tranquila y distraída.

Al atravesar el cruce que formaban una calle y un paseo, echó por éste. Era un hermoso día de primavera. El aire movía las copas de los castaños cargados de flores, los ciclamores destacaban su ramaje carminoso sobre el azul intenso del cielo; el césped de los jardinillos, recién segado, evocaba en la memoria cierta vaga sensación campestre; el riego daba olor á tierra mojada, y el ambiente parecía impregnado de algo misterioso que, respirado con delicia y penetrando todos los poros del cuerpo, causaba dulce laxitud y suave excitación á la vida...

Adela, sin darse cuenta de lo que hacía, anduvo un rato muy largo, y luego, medio

absorta, medio cansada, se sentó en un banco, entreteniéndose en ver jugar á unos niños.

De pronto un caballero que pasaba muy cerca la miró fijamente, y parándose ante ella, exclamó:

—¡Tú! ¡Adela!

—¡Julián!

El era: Julián, su primo, su primer novio, á quien quiso ó imaginó querer, confundiendo al amado con la idea del amor. Había variado mucho, tenía aspecto enfermizo, era otro; pero á ella le pareció como antes, porque lo que con la imaginación veía no era el hombre mismo, sino su propia juventud, sus ilusiones de niña evocadas de improviso; y en aquel instante, por uno de esos piadosos engaños que la tristeza se fragua inocentemente, pensó que nunca había dejado de amarle. Hablaron mucho; ella le contó sus desdichas. Julián, aunque era rico, también había sido desgraciado: estaba separado de su mujer.

—¡Qué mal hice en dejarte y qué guapa estás!—dijo.

Y ella repuso:

—Por ti no han pasado días...

—¡Qué hermosa!

....

A partir de aquella mañana se vieron casi diariamente. Sin duda el doble relato de sus desventuras prestó encanto á sus recuerdos, y de la evocación de la poesía de antaño brotó una felicidad encantadora por lo inesperada, tanto más intensa cuanto era más tardía.

Adela varió de género de vida; salía con frecuencia y permanecía tardes enteras fuera de su casa; pero en nada aumentó sus gastos, porque se negó rotundamente á tomar de Julián dinero ni regalos. Fué la amante pobre del amado rico, la que no quiere ni pide mas que ternura.

Petra y Luisa tardaron poco en enterarse, y á partir del día que lo supieron comenzaron á herirla y contrariarla. Ya no se contentaban con que les sirviese de criada, sino que la humillaban echándole en cara con irrespetuosas indirectas lo que ellas llamaban *aquella enormidad.* Toda crueldad se les antojaba poca para burlarse de una pasión que les daba envidia, porque su madre parecía hermoseada y rejuvenecida.

Al cabo de un año, observaron que su madre salía con desusada frecuencia, tardando en volver y volviendo triste. La es-

piaron y supieron que tenía al amante enfermo de gravedad.

Julián murió en brazos de Adela, que le asistió con la mayor ternura hasta recoger su última mirada. A lo que no se atrevió fué á permanecer luego junto al cadáver; en parte por instintivo horror á la muerte y también por no estar muchas horas ausente de casa.

Aquella misma noche, mientras Julián estaba de cuerpo presente, fueron á visitar á Petra y Luisa unas amigas que tenían en la vecindad: y aquellas dos malvadas, puestas de acuerdo con ellas, aparentando ignorar lo sucedido, dijeron que querían ir á ver una pieza en un teatrucho cercano.

Adela miró suplicante y aterrada á sus hijas, sin atreverse á desplegar los labios; insistieron las chicas con despiadada entereza, y ella, por fin, entre dominada y aturdida, casi sin darse cuenta de lo que le pasaba, consintió en llevarlas.

Fueron al teatro, oyeron una zarzuela de chistes indecentes con música organillera, y cerca ya de la media noche volvieron á casa.

Lo que Adela sufrió no es para descrito, porque lo que en un principio fué in-

creíble apocamiento y hasta odiosa vileza, se trocó pronto en sagrada indignación; no acertando á saber qué sentimiento conmovía con mayor furia su alma, si el horror á sus desalmadas hijas ó el remordimiento por su criminal debilidad.

Llorando de ira y de dolor, subía delante de ellas las escaleras, cuando Petra dijo á su hermana.

—Mamá no se ha divertido.

Adela, dentro ya del piso que habitaban, las miró con terrible fiereza, diciendo al mismo tiempo que se dejaba caer sobre una butaca:

—¡No creí que fuérais tan malas!

Luisa repuso fríamente:

—Pues no lloraste tanto cuando se murió nuestro papá.

Entonces la madre se levantó furiosa, entró en su gabinete, sacó del armario la carta de pago con que libró á su marido de ir á presidio, y volviendo al cuarto donde estaban sus hijas, les arrojó el papel á la cara gritando:

—¡No merecía que yo llorase! ¡Leed eso!

....

A los diez días del entierro se presentó en casa de Adela un íntimo amigo de Julián, y á solas con ella la enteró de que su

amante le dejaba un legado de cuarenta mil duros.

Su primer impulso fué rechazarlo en el acto; pero de pronto, sonriendo con extraña alegría, llamó á sus hijas, hizo que aquel hombre repitiera ante ellas lo que acababa de manifestar, y en seguida, mirándolas con imperturbable serenidad, les dijo:

—Ya lo habéis escuchado. Cuarenta mil duros. Llevaréis luto riguroso por mi primo Julián, que fué mi amante, todo el tiempo que á mí me dé la gana... Si no, renuncio al legado... ó me lo gasto entero en misas y limosnas.

Luisa y Petra, después de cruzar la mirada, bajaron humildemente la cabeza.

Hoy van mejor vestidas que nunca; pero siempre de luto, aunque ha pasado mucho tiempo, y cuando hablan del muerto ante las amigas, dicen melancólicamente:

—Nuestro pobre tío don Julián, que esté en gloria...

1897

LA DAMA DE LAS TORMENTAS

Hallándome cierta noche en el escenario de no recuerdo qué teatro con un amigo mío, noté que éste se había quedado solo unos cuantos pasos atrás, mirando con gran curiosidad hacia lo alto.

—¿Qué miras?—le pregunté.

—¿Es esa la caja de truenos?

—Sí.

—¿Y cómo es por dentro?

Tuve que hacerle completa descripción del artefacto.

—¿Ves—le dije—esos cuatro tablones que, unidos por sus aristas longitudinales, forman uno á modo de cajón estrecho, muy estrecho, largo, tan largo que llega casi desde el telar hasta el foso? Pues bien, las paredes internas de ese cajón están guarne-

cidas de gruesos tarugos desiguales, salientes y fuertemente sujetos, y arriba, junto á la parte superior del trasto, hay un depósito de piedras pesadas y angulosas de distintos tamaños. Cuando en el drama ó la comedia es preciso fingir la tronada, el encargado del papel de Júpiter invisible suelta el contenido del recipiente en la boca del cajón, y por su interior caen con horrible estrépito las piedras, tropezando en los tarugos escalonados hasta llegar al foso; donde, disminuyendo el ruido por la profundidad, se hace tan temeroso y espantable que imita con pasmosa fidelidad el verdadero trueno, cuyos ecos ruedan de monte en monte repercutiendo en las concavidades de la sierra.

—No sabes qué deseos tenía de ver un trasto de estos.

—¿Por qué?

—No tengo inconveniente en revelarte el origen de esa curiosidad.

Cenamos juntos, y de sobremesa habló de este modo:

—Una mujer joven, viuda, guapa y muy rica, á quien por discreción llamaré Clarisa, nos convidó en cierta ocasión á varios de sus contertulios á pasar unos días en un monte que posee cerca de Madrid.

A la hora convenida acudimos á la estación. Eramos un general de la reserva, un pintor con primera medalla del año 60, un agente de bolsa que operó por cuenta de Salamanca, un político que había conspirado con Olózaga, y yo, el más joven, mejor dicho, el único joven. Poco después llegó Clarisa vestida con sencillo primor y acompañada de su tía y dos doncellas; subimos á un coche-salón que nos estaba reservado, y partió el tren. Para abreviar, no entro en detalles respecto de cómo era la finca, en los límites de la cual fuimos recibidos por el administrador, guardas, mozos y gañanes. Baste decir que la casa es magnífica: delante de la fachada principal tiene un gran jardín á la francesa, y á la parte de atrás huertas y corrales. Contrasta con lo salvaje de la campiña el sinnúmero de comodidades que se disfrutan en la casa: no te hablaré del lujo severo, artificiosamente modesto, con que está alhajada. Lo esencial á mi relato es que hay allí un precioso teatrito, construído en tiempo de Carlos IV por una cómica, querida de Godoy, la cual no perdió nunca la afición á las tablas y se deleitó en seguir representando, para divertimiento de su casi real amante y de unos cuantos amigos. Lo cier-

to es que hay teatro, y que Clarisa, cuya afición á las comedias raya en delirio, lo ha reformado, gastando mucho; de suerte que, en pequeño, es tan completo como el mejor de Madrid: en su escenario, reconstruído hace pocos años, pueden colgarse seis ú ocho decoraciones; tiene escotillones; hasta su magnífica caja de truenos; nada le falta; como que allí se han hecho *Don Alvaro* y *El puñal del godo*, obras de las cuales recordarás que una empieza y otra concluye con tormentas espantables. Se me olvidaba decirte, para que comprendas bien todo lo que sigue, que las habitaciones destinadas á los convidados ocupan el piso principal, y que las de Clarisa están en la planta baja, cerca del teatro y con ventanas y puertas al jardín.

A las pocas horas de haber llegado me hice cargo de que mi situación allí iba á ser dificilísima. El general, el agente de bolsa, el pintor y el político se pasaban toda la mañana cazando; después del almuerzo, al medio día, charlaban de sobremesa un rato con Clarisa, y la acompañaban en un corto paseo; pero á las cuatro se ponían á jugar al tresillo y ya no había que contar con ellos; jugando estaban hasta la hora de comer, y á su tresillo se vol-

vían en cuanto tomaban café y encendían el puro, porque aquella amabilísima señora les dejaba hacer su voluntad. La tía de Clarisa no merece especial mención: también era gran tresillista, y cuando no jugaba se quedaba dormida.

Resultado de todo esto: que como yo no cazo ni me gustan los naipes, á todas horas estaba charlando con la encantadora Clarisa: por la mañana, mientras aquellos buenos señores andaban persiguiendo conejos y perdices, desde que ella salía al jardín hasta la hora del almuerzo, y por la tarde, desde que se ponían al tresillo, hasta que, poco antes de comer, se metía en su cuarto para componerse y adornarse. ¿Concibes para un hombre situación más difícil?

Clarisa tenía treinta años; la edad en que la mujer es más dulcemente peligrosa para el prójimo, y para sí misma. Era de mediana estatura, pero muy esbelta, rubia, con mucha gracia y muy lista; de lenguaje algo vivo y picaresco, con ese desparpajo de madrileña fina que sabe sostener los diálogos escabrosos; disimulada y maliciosa; sutil en la argumentación; amiga de oirse decir cosas bonitas; aficionadísima á turbar y desconcertar á quien hablaba con ella;

mas todo esto contenido, moderado y aun me atreveré á decir aparentemente dignificado, por ese pudor lleno de sabiduría que tan bien sienta á una viuda decente.

No sirve la palabra coqueta para aplicada á mujer así: su ligereza se trocaba en severidad cuando menos lo esperabas; creías que te escuchaba en serio, y contestaba irónicamente; era un enigma, mejor dicho, un abismo que atraía, pero al cual no te podías arrojar, porque sus bordes estaban llenos por unas partes de punzantes espinas que estorbaban la aproximación y por otras de flores delicadas cuyos aromas embargaban los sentidos. Yo soy corto de genio: ¿comprendes lo que sufriría? ¿Podía, con ofensa de la hospitalidad, enamorar á Clarisa? Primero me pareció que esto hubiera sido abusar de las circunstancias: y al mismo tiempo me asaltaba la idea de que no pronunciar palabra ni ejecutar acto que demostrase admiración de su hermosura era prueba de ignorancia, de mal gusto y hasta de desprecio.

A pesar de mi timidez, también me mortificaba la ausencia de rival á quien vencer, exponiéndome á ser triunfador á falta de otro pretendiente y más ayudado por el hastío de la beldad que por mi propio es-

fuerzo. Finalmente se me hacía intolerable sentar plaza de tonto; y tontería de marca mayor era vivir junto á una mujer codiciable y libre de amante sin pretender serlo suyo. Todas estas cavilaciones, estimuladas por la presencia constante y turbadora de Clarisa, poblaron de dudas mi pensamiento. Ríete de cuanto han discurrido los filósofos sobre si la inteligencia es una facultad inorgánica y objetiva, como dicen unos, ó si es un producto fisiológico que se consume en el mismo instante que se produce, como sostienen otros; ríete de los sistemas ideados para explicar la unión del alma con el cuerpo: todas estas son zarandajas y majaderías en comparación con el problema que las circunstancias me habían planteado para que yo lo resolviese. Porque la verdad, mientras uno esté solo y de mal humor, puede dedicarse, como el príncipe Hamlet, á desentrañar si conviene *ser ó no ser;* pero cuando uno pasa ocho ó diez horas al día mano á mano con una mujer como aquélla, el verdadero problema es *atreverse ó no atreverse.*

Transcurieron algunos días desde nuestra salida de Madrid. El tiempo era tan hermoso, que Clarisa dispuso que no volviésemos hasta que no lloviese ó hiciera

frío. Entretanto, me observaba, al parecer, sin sorpresa ó enojo de que no la galantease, pero con muestras de indudable agrado, cuando me quedaba charlando con ella en vez de ir á cazar ó sentarme á jugar al tresillo; y apenas mis frases tomaban el más leve tinte de elogio á sus encantos, sonreía de un modo enigmático que me dejaba acobardado y perplejo; su mirada, entonces, parecía atraerme, pero sus labios se plegaban desdeñosamente. ¿A quién hacer caso cuando los ojos dicen *ven* y la boca *estése usted quieto*?

La comida excelente, el aire del campo, el ejercicio, y, sobre todo, la proximidad constante de la belleza en su manifestación más codiciable, determinaron en mí un estado físico y moral imposible de definir y menos aún de soportar. Juntamente me sentía capaz de realizar grandes empresas y medroso para intentarlas, sin que me cupiese duda de que Clarisa lo iba adivinando todo. Por fortuna, vino en mi auxilio la Naturaleza, que, como los autores dramáticos, precipita los acontecimientos cuando quiere.

Una tarde de calor bochornoso, el pintor, el político, el general y el bolsista, en vez de ponerse á jugar, decidieron dormir

la siesta, subiéndose cada cual á su cuarto. Clarisa y yo quedamos tomando café en el jardín, bajo un pequeño cenador por entre cuyos varasetos trepaban ramas de jazmines y clemátides con tal profusión de flores, que á trechos parecían los verdes tallos estar cubiertos de nieve. Llevaba la dama un trajecillo muy ligero: gracias á lo fino de la tela, su hermoso cuerpo se dibujaba sin gran detrimento de la honestidad, pero lo bastante para que pudiera apreciarse esa armonía de líneas que forma el himno más elocuente á la bondad del Creador: el cuello bajo, sin cintas ni lazos, y las mangas cortas, descubrían blancuras más gratas á la vista que las de las flores del cenador: finalmente, tenía puesto un caprichoso y gran sombrero de paja con largas cintas, que, envolviéndole el rostro en misteriosa penumbra, realzaba el brillo de sus ojos. Yo la contemplaba procurando aparecer natural y tranquilo; pero, de cuando en cuando, sentía que, aun contra mi voluntad, mis miradas se quedaban fijas en ella, ya con la estupidez del embobamiento, ya con el descaro de la codicia.

Clarisa, comprendiendo que la situación no era para prolongada, dijo levantándose de pronto:

—Acabe usted de tomar café y vamos al *parterre;* quiero coger yo misma las flores para la mesa.

Echó á andar, la seguí, llegamos al jardín y comenzó á cortar rosas: me las daba, y yo las iba colocando cuidadosamente en su gran sombrero de paja, el cual se había quitado, confiándomelo, para que sujeto por las cintas lo utilizase á modo de cestillo.

En esta poética operación estábamos entretenidos cuando empezó á soplar un aire que de pronto se hizo viento impetuoso; las ramas de los árboles se movieron sacudidas con fuerza, y el cielo se encapotó repentinamente de nubes plomizas; comenzaron á caer enormes gotas y sonó un trueno. Clarisa, mirándome espantada, gritó:

—¡A casa, á casa!

El viento arreciaba con tremenda furia, se oía el crujir de los pinos retorcidos por el vendaval, las gallinas corrían á recogerse en la corraliza, las palomas volaban en bandadas hacia los tejados; de pronto brilló un relámpago y retumbó un segundo trueno, pero formidable, aterrador.

Entonces Clarisa corrió como una niña: la alcancé, hice que se apoyara en mi brazo, y me dijo:

—Usted no sabe el miedo que me da esto..., es superior á toda ponderación..., cuanto diga es poco...; me pongo que no sé lo que me hago.

Cuando estábamos ya cerca de la casa, los relámpagos eran tan frecuentes que la atmósfera parecía incendiada y los truenos ponían espanto. Clarisa se me agarró medio convulsa de terror. Entramos á la casa por una puerta de servicio. Sin soltarme, cada instante más aferrada á mí, me hizo cruzar el vestíbulo, atravesar el billar y otro salón, hasta que de pronto, como si nos hubieran llevado en volandas, me hallé solo con ella en un gabinete por una de cuyas puertas se veían los cortinajes de su dormitorio. Los truenos y relámpagos parecían anunciar el fin del mundo. Entonces, con voz suplicante, me dijo:

—¡Por Dios, no me deje usted sola! ¡Sola no! ¡Sola no!—añadiendo: —¡Cierre usted esas ventanas! ¡maderas y todo!

Obedecí cerrando las dos grandes ventanas que daban al jardín; una corriente de aire cerró de golpe también la puerta, y quedamos en obscuridad completa. Por dicha mía, la fulguración de un relámpago me permitió ver á Clarisa, que se había tirado sobre un sofá tapándose la cara. Me

acerqué á tientas; de pronto se me enredaron los pies en unos almohadones que estaban en el suelo, y caí de bruces, quedando arrodillado; extendí las manos; una tropezó con algo fino y sedoso que fácilmente cedía á la presión; era el pelo de Clarisa; la otra palpó la mórbida suavidad de un brazo... La tormenta duró toda la tarde, persistiendo hasta el anochecer el fragor de los truenos, que se alejaban con estrépito sólo comparable al que produce mucha artillería rodando por calles mal empedradas.

—Ya podemos abrir—dijo Clarisa.

El sol se había puesto, las nubes huían desbaratadas por el viento, y en el firmamento comenzaban á lucir las estrellas. En los ojos de Clarisa brillaba también algo que parecía divino; quizá fuese el reflejo de mi felicidad. No me dejó salir por la puerta que daba á los salones, sino por otra de escape contigua á la habitación de las doncellas. Nadie se enteró de por dónde subí á mi cuarto. Al verme sólo experimenté cierta laxitud, efecto sin duda de la pasada tensión de espíritu y de la atmósfera cargadísima de electricidad que acababa de respirar. Pero ni el caballero Florambel al separarse de Groselinda, ni Lean-

dro al apartarse de la hermosa Cupídea, ni el propio Amadís recién favorecido de Oriana pudieron considerarse tan venturosos.

Una hora después Clarisa se presentó en el comedor más bonita que nunca. Por las ventanas que daban al jardín venía el aire impregnado de aromas; la noche estaba hermosísima. Ni en el cielo ni en el rostro de la mujer había dejado huella la tormenta.

Lo que más me sorprendió fué la serenidad, la imperturbabilidad absoluta de Clarisa: con los otros convidados estuvo bromista y cariñosa; para mí, ni una mirada, ni un rozamiento al tropezarnos para sentarnos á la mesa, ni una frase, ni una alusión que implicase recuerdo de lo sucedido. Se habló de la tempestad, y dijo secamente:

—He pasado un rato espantoso.

Me quedé atónito y la miré casi con descaro. Entonces clavó en mí los ojos con tal glacial indiferencia que me pareció haber soñado. Al concluír de comer intenté tres ó cuatro veces acercarme á ella, y lo esquivó hábilmente. Para fingimiento y precaución era demasiado. Por fuerza tenía que ser enojo. Entonces me incliné á

pensar que acaso había yo cometido un atropello incalificable, odiosa mezcla de astucia y violencia, aprovechando el pavor de la pobre mujer; y ella, temerosa del escándalo, enmudecía, pero no perdonaba. Mas ¿cómo iba yo á persuadirme de esto cuando todavía resonaban en mis oídos las frases tiernísimas que, á pesar de pronunciadas con voz queda y contenida, me habían causado mucha mayor impresión que el estupendo fragor de la tormenta? Al fin sospeché si, tal vez, el trastorno atmosférico habría determinado en Clarisa un estado nervioso que, suspendiendo el imperio de la voluntad, dejase primero su organismo entregado al alboroto de los sentidos y luego la privase de la memoria.

Acogí un momento la idea de inventar un pretexto y marcharme á la mañana siguiente; pero, comprendiendo que lo repentino de la partida podía despertar sospechas, opté por no irme y variar de conducta. Nada de permanecer á su lado mientras los otros se fueran escopeta al hombro, ni quedarme con ella cuando se pusiesen á jugar al tresillo: por las mañanas partiría con los cazadores; por las tardes me iría de paseo. Así lo hice durante cuatro días, procurando representar, sólo

para Clarisa, el papel de hombre avergonzado y corrido que esquiva la cólera de la mujer ultrajada.

Grande fué mi sorpresa al observar que aumentó su enfado. Cuando estaba segura de que nadie podía notarlo, sus ojos se fijaban rápidamente en mí y resplandecía en ellos una llamarada de furor. Se me figuró que buscaba ocasiones en que acercárseme; pero yo hice prodigios de cobarde habilidad para evitarlo. Por fin, el quinto día, al bajar á la hora del almuerzo, procurando yo no ser de los primeros para hallarla acompañada, me la encontré en el vestíbulo haciendo que inspeccionaba las plantas que adornaban el arranque de la escalera. Miró en torno con cautela, y, casi sin mover los labios, me dijo:

—A las cinco y media, esta tarde, por la puertecilla del otro día.

¡Pensé que había llegado para mí el momento terrible de la expiación y la vergüenza! Pero no tenía más remedio que ir.

Durante el almuerzo, Clarisa aconsejó á los cazadores que se dejaran de tresillo, y aprovechando lo apacible del tiempo, fueran por la tarde al encinar, donde había liebres. Luego, diciendo que debía arreglar cuentas con el administrador, se reti-

ró á sus habitaciones. Fuese discreción ó indiferencia, á nadie se le ocurrió preguntarme lo que yo haría. Subí á mi cuarto y esperé. A las tres y pico oí marcharse á los cazadores; á las cinco y media en punto bajé al jardín.

Hacía una tarde magnífica, y en el azul purísimo del cielo no se divisaba una sola nube; dí vuelta á la casa y encontré la puertecilla entornada; crucé al entrar los mismos aposentos que para salir había pisado el día de la tormenta, y llegué al gabinete. Mucho me sorprendió que estuviese casi á obscuras, con una de las dos ventanas completamente cerrada y la otra muy entornada, dejando sólo entre las hojas de las maderas una abertura de apenas un palmo. A favor de la claridad que por allí penetraba, vi á Clarisa leyendo sentada en una enorme butaca.

—Arreglo esto así—dijo al verme,—porque en esos huecos da el sol hasta que se quita, y hace mucho calor.

No dejó de chocarme la precaución, porque el día era templado; pero atento á cosa más importante, me arrodillé á los pies de la dama, y cogiéndole una mano comencé á hacerle protestas de respeto, de arrepentimiento por lo pasado, y, sobre

todo, de amor, procurando dar á mis palabras esa mezcla de sinceridad y vehemencia que suele producir excelentes resultados; unas veces porque se nos cree, y otras porque se finge creernos. Pronto vi que ni Clarisa me miraba airada, ni fruncía el lindo entrecejo, ni siquiera retiraba su mano de entre las mías...

Más de un cuarto de hora llevábamos, yo derrochando elocuencia y ella contemplándome en indulgente silencio, cuando de improviso, sin venir precedido de relámpago, sonó un trueno no muy corto y bantante fuerte; ruidoso, pero no de los que intimidan. Por un movimiento involuntario solté la mano de Clarisa: ésta, entonces, se levantó rápidamente, cerró las maderas de la ventana que estaban entornadas, y al quedar la habitación en tinieblas, dijo con voz medrosa, que se me antojó algo burlona:

—¡La tormenta, la tormenta!

A fuerza de mimos conseguí que el terror no se apoderara de ella, y durante largo rato murmuré en sus oídos frases de apasionada ternura que la hicieron temblar, no de espanto, sino de amor. Nos separamos á la misma hora que el día de la tempestad grande.

Al cruzar el trozo de jardín que era preciso recorrer para subir á mi cuarto, observé que el cielo estaba completamente raso, sin una sola nube, ni aun el más ligero indicio de que las hubiese habido. ¡Cosa más rara! Pasaba cerca de mí el chico del jardinero: yo, obedeciendo á uno de esos impulsos que no se razonan, pero que responden á un estado de ánimo, le dije:

—Hoy la tormenta ha sido corta; no ha tronado mas que una vez.

—No, señorito; si no ha tronado.

—Hombre, ¿qué me vas á negar, si lo he oído?

—¡Quiá!—repuso el muchacho sonriendo estúpidamente.—Lo que ha sido es que la señora, por no sé qué capricho, me había mandado que esta tarde á las seis en punto, sin falta, descargase la caja de truenos del teatro.

1900.

SACRIFICIO

I

PARRAFOS DE UNA CARTA

«*Mayo de 1870.*

Tienes razón, es verdad. Nos hemos criado juntas, has sido mi mejor amiga, la única: nadie con más derecho á saber el origen y las causas de mi resolución. No necesito recordarte aquellos años de mi vida que has compartido: hemos tenido, primero, los mismos juguetes, y luego, las mismas esperanzas. ¡Dichosa tú, que has logrado realizarlas! Ya te acordarás de que en casa todo era exterioridad y apariencia. Pues bien; precisamente desde la época en que te casaste, yéndote de *cónsula* por

esos mundos de Dios, comenzó á empeorar la situación de mi familia. La imprevisión se hizo crónica y el desorden aceleró nuestra ruina. Papá tuvo buenos destinos, que duraban poco, y cesantías que no acababan nunca. A esto se redujo su vida política. Mientras estábamos en el poder, pecábamos por exceso de lujo; en la oposición... trampas y apuros. Tan pronto teníamos coche, como debíamos el calzado puesto. Al morir papá no le quedó á mi madre viudedad, y, por tanto, cuando ella faltó, tampoco tuve yo derecho á orfandad. Es decir, me hubiera quedado en la calle á no ser por la tía Florentina, que me amparó cariñosamente. Mal vendido todo lo que había en casa, muebles, ropas y algunas alhajillas, no me hubiera bastado para vivir un año. Ya sabes lo que es Florentina: buena, bondadosísima; prueba de ello lo que hizo conmigo *al principio;* pero enamoradiza con extraordinaria vehemencia. No habiendo hombre de por medio, un corazón de oro; pero capaz de todo, por envidia, en viendo galantear á una mujer. Ya te acordarás de lo que papá decía de ella: que cuando niña le gustaban los soldados más que las muñecas, que de joven salió á novio por mes, que su marido se murió de ra-

bietas, y que de viuda hizo más conquistas que Napoleón. He oído contar que hubo casa donde se dejó querer por todos los contertulios, desde el colegial que salía los domingos, hasta el abuelo que fué ayudante de Espartero. Esto no es calumniarla, es ponerte en antecedentes para que comprendas lo que sigue. Florentina fué muy buena para conmigo durante ocho meses: más de una vez tuve que oponerme á que gastara en obsequiarme comprándome cosas inútiles. De pronto varió la decoración. Al cuarto inmediato al que habitábamos vino á vivir un oculista joven, de buena figura, y sin duda en los comienzos de su profesión, pues tenía poca clientela. La casualidad nos hizo conocerle. Florentina tuvo malos los ojos y le llamó, aunque no le tratábamos, porque la dolencia era leve, y por ser el especialista que estaba más á mano. Las visitas fueron frecuentes, y en pocas semanas el médico se convirtió en amigo. No puedes figurarte hombre más listo ni más simpático. Pronto me convencí de que le gustaba, y de que el verdadero objeto de sus visitas, cada día más largas, era yo. En cambio, no comprendí que aquello no era del agrado de la tía. Mucho me habían dicho de la excesiva facilidad con que se apasio-

naba por los hombres; pero nunca imaginé que fuese tanta, ni mucho menos que se dejase arrastrar por ella hasta la crueldad y la infamia.

Mariano me habló, desde las primeras conversaciones que tuvimos, como quien está resuelto á todo, es decir, á casarse. Era trabajador, inteligente, parecía enamorado y sincero...; le creí, y, lo que fué peor, le quise. No me avergüenzo de confesarlo: le amé porque me gustaba, porque le consideré digno de mi cariño: además, estaba persuadida de que, siendo pobre, no podia yo aspirar á mejor boda; en una palabra, me impulsaron hacia él el corazón y la cabeza. Me había dicho Mariano que para casarnos tendríamos que esperar un año, que era lo que él tardaría en obtener una plaza en no sé qué hospital; y temerosos de que la tía no le admitiera en casa por no aguantar las molestias del noviazgo, convinimos en tener ocultas y secretas nuestras relaciones; pero una noche nos sorprendió hablando de ventana á ventana, y desde aquel momento quedó decretada mi desdicha. ¿Qué sentimiento torpe se apoderó de ella? ¿Serían celos sin amor? ¿Absurda envidia? No lo sé. Si aquella mujer no me recogió con ánimo de ampararme hasta que me

casara, ¿por qué lo hizo? Nada de esto me explico. Lo cierto es que se consideró humillada por el mero hecho de que Mariano se fijase en mí y no en ella.

Mariano tenía un grave defecto que yo, cegada por el amor, no podía apreciar ni combatir. La tía, más experimentada, lo atisbó en seguida, y se dispuso á encauzarlo en provecho propio. Aquel defecto era la vanidad, una vanidad rara, mezclada de ambición profesional, que, según he observado luego, es muy frecuente en los hombres de ciencia. A este sentimiento, que nosotras no comprenderemos nunca, me sacrificó Mariano, y creo que hubiese sacrificado á su misma madre. Su sueño dorado, su aspiración más acariciada, era poseer ó alquilar en Madrid un hotel, donde fundar y dirigir una *maison de santé* á la francesa para enfermedades de la vista. En esta especulación cifraba su gloria y su fortuna. Puedes figurarte lo demás. Yo misma escuché el pacto vergonzoso, oculta tras las cortinas de un gabinete. Indudablemente, lo tenían ya muy hablado, porque él se fingía tan amante como conmigo y ella le miraba con toda la expresión que permitían sus ojos, aún no curados de una recaída. No sé qué me dió más rabia, si

los halagos que se prodigaban ó lo que de mí decían. Que era tonta, que mi hermosura era la vulgar belleza de los veinte años, que era incapaz de gobernar una casa y que me había fingido enamorada de él como quien se agarra á un clavo ardiendo; por último, que lo que él necesitaba era una mujer razonable, juiciosa y capaz de ayudarle á hacerse hombre. Total, que aquella misma semana comenzarían el expediente de boda en la vicaría y las gestiones para la compra de un hotel en el barrio de Argüelles, donde Mariano establecería la *maison de santé*, hospitalillo de lujo, ó lo que fuese. En cuanto á mí... aún se me saltan las lágrimas de pena: la tía me enviaría á vivir á Getafe, donde tenía una casa, señalándome unos cuantos reales diarios, á condición de que no volviese á poner en Madrid los pies. Mi mayor amargura consistió en comprender que yo estaba ó que había podido estar enamorada de aquel mal hombre. El desengaño fué espantoso. Unos cuantos minutos me bastaron á convencerme de su vileza, de mi error y de cuán irremediable era mi desdicha. Necesitaría muchos días y muchos pliegos de papel para explicarte todo lo que he sufrido. ¿Cuál ha sido el curso de

mis ideas? ¿Cómo han tomado este rumbo mis pensamientos? Yo misma no lo sé. Pero lo que hoy siento no es despecho por la maldad de un hombre, es aversión á todos ellos. No buscan mas que satisfacción de vanidad en las hermosas, y no lo soy, pues no pude enamorarle; oro en las ricas, y nada tengo; apoyo en las afortunadas, y no estoy en situación de proteger á nadie. ¿Qué me resta? Ni tengo valor para ciertas cosas, ni me siento con resignación para esperar muchos años á la muerte, que hiere de improviso á los que la temen y en cambio no acude á los que la llaman. Voy, pues, á su encuentro. Mi resolución es irrevocable. Dentro de ocho días entraré en *Las Hijas de la Salve*, que son como Hermanas de la Caridad, y al cumplir el año de noviciado, si puedo soportarlo, me destinarán á un hospital. Me siento capaz de resistir los más grandes dolores, de ver y aliviar las mayores desdichas. Lo único que me asusta y me acobarda es la idea de volver á sentir amor. Dirás que mis ideas no son en el fondo muy piadosas; pero ¿qué importan los misterios de mi alma cuando me preparo á consolar los infortunios ajenos? Cólera, tifus, viruelas, pestes y guerras, nada temo, y confío en que algo de

esto me quitará la vida. Adiós. Acuérdate de mí como se acuerda de ti tu mejor amiga,

María del Amparo.»

II

FRAGMENTOS DEL DIARIO DEL DOCTOR FLORALS, MÉDICO MILITAR EN EL EJÉRCITO DEL NORTE DURANTE LA GUERRA CIVIL. 1871-1873.

«17 de Agosto.

Habíamos establecido una ambulancia en la fábrica de papel de Ortolaeta, casi destruída, y en los caseríos inmediatos. A pesar de la distancia, se oía perfectamente el cañoneo, y el aire venía impregnado de olor á pólvora. Poco después de roto el fuego, comenzaron á traerme heridos. Los primeros fueron un soldado de cazadores con ambas piernas fracturadas, que murió por la noche, y un capitán de artillería con un balazo en la espalda, quedando detenido el proyectil en las vértebras lumbares. Nunca he visto muchacho de figura más arrogante ni de valor más sereno. Por desgra-

cia, la herida era de tal índole, que inútilmente intenté sacarle la bala, y cayó en profunda postración.

A la mañana siguiente llegaron los recursos sanitarios que había pedido y dos *hermanas*. Una, de cuarenta años, anémica, casi tísica, más parecía venir para ser cuidada que para socorrer al prójimo. Otra de veinticinco á treinta años, soberanamente hermosa, esbeltísima, de grandes ojos tristes, de piel blanca, facciones finas y aspecto inteligentísimo. Lo único que en ella me desagradaba era el mohín desdeñoso, el aire de desprecio con que miraba á los hombres, es decir, á los hombres fuertes y sanos; porque para los heridos era toda solicitud y ternura. Pareciéndome animosa, confié á su cuidado el pobre capitán.

Este comenzó á delirar de madrugada. Jamás he oído cosa igual. El infeliz veía ó creía ver á una mujer, y la llamaba sollozando, llorando, rugiendo y maldiciendo; unas veces, con frases dulcísimas; otras, con palabras brutales. Debía de ser su novia, su mujer ó su amante, en fin, alguien á quien quisiera mucho, porque no cesaba de repetir: *Julia, bésame; Julia, bésame.*

La hermana le miraba impasible y serena en apariencia; pero observándola

bien, se la veía sufrir. Hubo un instante en que retrocedió, apartando el rostro, como si tratara de ocultar la emoción. De pronto, el herido, con un movimiento casi convulsivo, extendió el brazo y acertó á cogerle, primero una manga del hábito, y en seguida una mano, al mismo tiempo que seguía diciendo: *Julia, bésame; Julia, bésame.* Viendo que los ojos de la hermana se anublaban con las mal contenidas lágrimas, le pregunté, señalando al herido:

—¿Le conoce usted?

—No, señor—repuso.

—Pues él — repliqué — indudablemente cree que usted es otra.

Y á todo esto, el capitán seguía delirando con voz en extremo débil, sin cesar de repetir: *Julia, bésame; Julia, bésame.* Cuanto hice para calmarle fué inútil. Era presa de una perturbación moral imposible de combatir.

—No se puede hacer nada, ¿verdad, doctor?—me preguntó ella.—¿No sabe usted tampoco quién es?

—No recuerdo su nombre, pero le he tratado algo en Madrid..., y creo que esa á quien llama era una mujer... de mala vida, que le engañó miserablemente. Perdónele usted, hermana; pero el infeliz, sin

duda, se acuerda de ella y piensa que la tiene delante. Para él ahora, esa Julia es usted.

Y la voz, cada vez más apagada, repetía: *Julia, bésame; Julia, bésame.*

Estábamos solos. La luz incierta del amanecer luchaba con el resplandor rojizo de un farol puesto sobre una mesa, y al través de una gran ventana veíamos las ramas de los nogales, que el viento movía mansamente. De pronto, en el rostro del herido se dibujó una contracción de angustia suprema, y suspirando débilmente, repitió por centésima vez: *Julia, bésame; Julia, bésame.*

Lo que pasó entonces fué de una grandeza que no sabe describir mi pluma. La monja se desciñó aquellas tocas, que semejaban una gran paloma con las alas extendidas, mostró la frente coronada de pelo negro y corto como el de un muchacho, y en seguida, inclinando la cabeza hacia el herido, le besó serena y amorosamente. Luego se apartó de él, y volviendo á ponerse las tocas, que al caer al suelo se habían manchado de sangre, se arrodilló junto á la camilla y comenzó á rezar.

Yo me descubrí ante ella con respeto.

Poco después el herido se tranquilizó, y

hasta durmió. No alcanza mi ciencia á comprender cómo fué aquello; pero jamás he conseguido con ninguna substancia medicinal un sueño tan reparador y tranquilo como el que procuraron aquellos labios de mujer.

....

Siendo ya viejo fuí de médico mayor á Sevilla y tuve que visitar al capitán general, hombre de unos cincuenta años, pero de arrogante figura. Recibióme muy bien, mostrándoseme mucho más afectuoso de lo que pide la cortesía oficial, y me convidó á comer, sin que yo adivinase la causa de tales finezas. Poco antes de ser llamados á la mesa, me presentó á su esposa. La generala era una dama esbelta, elegantísima y de singular hermosura, á pesar de sus rizos prematuramente blancos. Evoqué recuerdos, atizé memorias, y movido de imperiosa curiosidad pregunté:

—Mi general, ¿á usted le hirieron en Ortolaeta... hacia el 73?

Ella, entonces, mirándome cariñosamente, me tendió la mano, y estrechándomela como si fuésemos amigos de toda la vida, me preguntó:

—¿Y á mí, doctor, no me conoce usted?

1894.

BODA DE ALMAS

—A eso que te hace reír, le encuentro yo una poesía muy grande.

—No sé qué poesía pueda tener la boda de un señor de sesenta y muchos años con una mocita que estará para cumplir, poco más ó menos, sesenta, porque esa es la edad de los novios.

—Pues tiene, aunque no lo creas, el encanto indestructible de una intensa poesía moral, de algo que depende sólo del sentimiento y vale para ellos tanto como para los que somos jóvenes la mayor exaltación de los sentidos.

—Vamos, que esos viejos son románticos.

—No sé lo que son; pero escucha y juzga. En 1875 tenía Javier treinta y dos años: era uno de esos hombres que por su as-

pecto físico y por sus condiciones de inteligencia y de carácter pueden hacerse dueños fácilmente del corazón de una mujer lista; buena figura, rostro simpático, entendimiento claro, genio alegre y esa educación propia de caballero discreto y tolerante, que nunca bastan á suplir aquellas otras cualidades. Grandes bienes de fortuna, no tenía; ni otros recursos que una renta corta, heredada de sus padres, y su sueldo de cónsul: para vivir solo, le sobraba; mas para casarse, crear familia y sostenerla con arreglo á sus gustos é inclinaciones, disponía de muchísimo menos de lo que consideraba necesario, dadas las exigencias de la vida moderna.

Cuando desempeñaba el consulado de Singapoor fué trasladado á Nápoles. Recién venido de Oriente, y antes de marchar á Italia, sus amigos los condes de Ayora le convidaron á pasar un mes en su finca de Los Naranjales, y aceptó. Con los condes estaba, convidada también, Rosario Guadiana, mujer de singular hermosura, compañera de colegio é íntima amiga de la condesa.

Era Rosario hija única de aquel famoso don Mateo Guadiana, que en tiempo de la primera guerra civil llegó á Madrid sin

otro patrimonio que su ingenio, y por obra del cual, á su muerte, poco antes de la revolución del 68, era marqués, ex ministro, senador vitalicio y muy rico.

Rosario acababa de cumplir veinticinco años, tenía siete ú ocho millones de pesetas y estaba en el apogeo de su belleza. Era una mujer del tipo de la emperatriz Eugenia: muy rubia, alta, esbelta, de grandes ojos azules y tez blanquísima; modelo de distinción y elegancia en gustos, trajes y maneras. Lo único que en ella desagradaba era cierta sequedad y una mal disimulada aspereza en la conversación, que la hacían poco simpática á los que no la conocían mucho, pero en que nunca incurrió con sus amigos verdaderos; sequedad y aspereza las cuales, como si las reservase sólo para pretendientes y galanteadores, jamás desplegaba en su trato con ancianos ni mujeres. La causa de tal desabrimiento, que exageraba aun sin darse cuenta, sobre todo con los que se enterquecían en requebrarla, era el miedo que le daba pensar en su riqueza. Creyéndose con derecho á ser querida por sus partes físicas y sus prendas morales, segura de lo que merecían su cuerpo y su alma, sentía pavor ante la idea de verse deseada sólo por su fortuna; como

hay otras agriadas por la fealdad, lo estaba ella por el dinero.

Javier y Rosario se sintieron mutuamente atraídos á poco de conocerse: el hombre se enamoró de aquella mujer hermosa, formal, inteligente, en la cual consideraba reunidos los encantos que pueden hacer dichosa la existencia; la mujer, á despecho de su constante preocupación, vió en aquel hombre el ser capaz de comprenderla y estimarla sólo por sí misma.

Y, sin embargo, entre ambos se alzó una doble infranqueable muralla. Javier, temeroso de que no fuese apreciada la sinceridad del afecto que experimentaba, acobardado ante la idea de que su inclinación se interpretase como cálculo codicioso, calló; Rosario, habituada á recibir homenajes sin buscarlos, y juzgando incompatible con su dignidad arriesgarse á pretenderlos, no hizo nada para que hablase: no quiso él que nadie, y menos Rosario, le creyera capaz de andar á caza de mujer rica; no consintió ella en que nadie, y menos Javier, la supusiese neciamente confiada en el poder de su hermosura, ú olvidadiza de su propio decoro.

Así quedó en ambos la pasión amorosa primero contenida, y luego, como sofoca-

da por algo que, debiendo importarles poco, en realidad la contrarrestaba y vencía.

Sólo una vez, la víspera de partir él á tomar posesión del consulado de Nápoles, estuvieron á punto de hablar, y si hubiesen hablado se habrían comprendido; mas aquella ocasión, en que pudieron ser dichosos, ninguno supo aprovecharla: Rosario temió ponerse en ridículo dejándose conquistar por un enamorado sin fortuna; que, aunque la quisiera de veras y ella lo creyese, podía parecer á la gente más listo que apasionado; y al mismo tiempo, dándose cuenta de lo mucho que Javier le agradaba como hombre, experimentó cierto orgullo malsano sintiéndose capaz de dominarse, como insensatamente avergonzada de su posible flaqueza.

A Javier le faltaron, perspicacia para desentrañar lo que sucedía en aquel alma de mujer, habilidad para aprovecharlo, y, sobre todo, vehemencia para expresarse. Torpezas semejantes hay á millares en la vida.

Pasaron muchos años. Era noche de fiesta en casa de los duques de Arlanza. La gente joven bailaba en el salón grande: en las estancias contiguas las personas mayores jugaban al tresillo ó charlaban amigable-

mente. Apartado de aquel bullicio en un gabinete, donde casi no se percibían los sonidos del piano ni el murmullo de las conversaciones, sentado junto á una mesita preparada para jugar y pasando el rato entretenido en ver grabados de periódicos, estaba un caballero viejo, como quien espera á sus compañeros de partida que deben llegar pronto. Un pequeño biombo de cueros antiguos, puesto entre la mesita de juego y la chimenea para que el calor no molestara á quien se sentase cerca, ocultaba el cuerpo del anciano: la cabeza tampoco podía vérsele porque la tenía inclinada sobre los periódicos; de modo que la habitación parecía desierta.

Lentamente entraron en ella dos señoras viejas, de sesenta y tantos años lo menos, rugosos los rostros, completamente canosas las cabezas y vestidas ambas con severa elegancia; una, de morado muy obscuro, y otra de negro; la primera bajita, gruesa, sin rasgo ni línea en cara y talle que indicase haber sido hermosa; la segunda alta, y, á pesar de su edad, no encorvada, sino erguida, esbelta, con claras señales en cara y cuerpo de haber sido soberanamente bella; los ojos, los dientes y

lo que al través del encaje se veía de hombros y brazos, daban testimonio de ello.

Venían siguiendo una conversación sin duda comenzada hacía largo rato; como no vieron al señor viejo á quien ocultaba el biombo de cueros antiguos, creyeron que allí no había nadie, y sentándose en un gran sofá, continuaron hablando.

Decía la del traje morado:

—De modo que ¿cuántos años hacía que faltabas de Madrid?

—Catorce; ahora ya no me moveré de aquí. Por estar con los tíos he pasado estos catorce años en París; muertos los pobres, y á mi edad, ningún atractivo tiene aquéllo para mí.

—Además, aquí podrás cuidar mejor de tus intereses...; ir de vez en cuando á ver las fincas de Andalucía.

—No creas que han estado desatendidas; tengo apoderado inteligente y honradísimo. Figúrate..., para una mujer sola y á una edad en que ni aun en trapos se puede gastar..., ¡me sobra tanto!

—La verdad es que has sido una mujer muy rara. Tan hermosa, tan lista, tan buena... y no haber querido casarte nunca..., con las proporciones que has tenido... ¡Tan buscada, tan codiciada!

—Pues por eso, por lo codiciada, ¡precisamente por eso!

—Sí; no te ofendas..., nada de lo que yo te diga puede ofenderte; pero esa desconfianza que siempre has tenido, te ha perjudicado.

—Como que me ha hecho desgraciada.

—Lo creo; pero, vamos á ver, aparte esa desconfianza, ¿no has querido á nadie? ¿No has amado nunca?

La señora del traje negro miró fijamente á su amiga, dejó escapar del pecho un leve suspiro, sonrió dulcemente, y aprovechando complacida la ocasión de desahogar sus penas en un momento de expansión y confianza con quien era capaz de comprenderlas y callarlas, dijo:

—Sí, una vez, hace muchos años, cuando tenía yo veinticinco. La primavera del setenta y tantos me convidaron unos amigos, ya se han muerto también, á pasar una temporada con ellos en una finca magnífica. Convidado, como yo, estaba allí un pariente del marido de mi amiga, un hombre de pocos más años que yo, inteligentísimo, instruído, guapo..., lo que se llama un hombre á carta cabal, lleno de atractivos. Era cónsul en no sé qué parte de Oriente y acababan de trasladarlo á Nápo-

les. Pasó en la finca un mes. ¡Y qué mes me hizo pasar! ¡Qué zozobra! Desde los primeros días comprendí yo que le agradaba, y á mí él me gustó mucho: me trastornó por completo; llegué hasta creer que era yo quien le atraía, no mi fortuna, y comprendí también que por miedo á que nadie, ni aun yo misma, le creyera desinteresado, nunca me diría nada...

—Para una situación así, muchos recursos tiene una mujer como tú.

—Pues no supe emplearlos ó no quise; no sé lo que pasó por mí, no sé si fué tontería, falta de habilidad, orgullo, exceso de amor propio..., pero la verdad, ante la idea de ofrecerme, brindándole con lo que él debía solicitar, me inspiró terror la posibilidad de parecerle ligera, coqueta..., y nada hice. Además, lo confieso, acabó por enseñorearse de mí aquella maldita desconfianza que me acibaró la juventud: pareciéndome bueno, honrado, leal, completo caballero, siempre me atormentaba el recelo de que disimulase la codicia mejor que otros, de que no me amase por mí misma.

—Y ¿no hablásteis nunca? ¿No tuvísteis un solo minuto de confianza? ¡Caramba! ¡Cuando un hombre y una mujer se

quieren... uno ú otro... llega un instante... lo dicen ó revientan!

—O callan estúpidamente, como nosotros callamos.

—Pero ¿no hubo siquiera una ocasión en que alguno de los dos se insinuara ó se clarease lo bastante para entablar relaciones, comenzar, abrir camino?... Los hombres tienen mil modos y nosotras igual, hija mía, igual; la cosa está en querer; no hablamos, pero hacemos hablar... hasta á los mudos.

—Todo eso es verdad, y, sin embargo, no me sirvió de nada. Por una parte me aterró la idea de que, si yo me equivocaba, se rieran de mí cuantos conociendo mi desconfianza me viesen caer incautamente en manos de un codicioso; por otro lado, aunque ahora comprendo mi error, te declaro que experimenté cierta vanidad, cierto placer inexplicable en dominar la inclinación que sentía, sobreponiéndome á ella.

—De modo que comprendiendo que os amábais, por lo menos que os gustábais mucho..., los dos mudos.

—¡Mudos los dos!

—Y os despedísteis con el secretito en el pecho. ¿Y cómo os separásteis?

—La separación fué dramática; algo así

como una escena admirablemente representada. La víspera de irse á tomar posesión del consulado de Nápoles, una tarde hermosísima, estábamos en el jardín después de comer, acabando de tomar café. No recuerdo cómo ni por qué nos quedamos solos. ¡Qué rato aquel que envenenó toda mi vida! Me parece que estoy viendo el veladorcito de hierro junto á una fuente que tenía el borde del pilón de piedra todo lleno de tiestos salpicados por el agua del surtidor; enfrente de mí había un grupo de granados, cuya masa verde obscura estaba esmaltada por sus flores de rojo brillante y encendido; más allá un ciprés bajo, muy añoso, donde los niños de la casa habían dejado colgadas unas raquetas de jugar al volante... El olor á la tierra empapada del riego, los aromas mezclados de todos los planteles del parque..., á lo lejos el rasguear de la guitarra de un criado que canturreaba en el patio, el cielo trocándose por instantes de azul claro en intenso cobalto, y como precursor de la noche un vientecillo suave y tibio que parecía fresco comparado con el ardor sofocante del día... ¡De todo me acuerdo! Todo lo percibo y lo veo, ¡como si hubiese sido ayer!

—Ya se te conoce, y bien claro lo expresas. Pero, ¿qué sucedió?

—Lo peor; nada. Ya te he dicho que era la víspera de irse él á su nuevo destino. Estábamos sentados con el velador por medio. Ambos comprendíamos que convenía aprovechar los minutos, ya que por ventura nos habían dejado solos... Si hubiese roto á hablar no me habría negado á escucharle: á lo que no me atreví fué á decir nada que le abriese camino de explicarse. Me miraba, me miraba fijamente, esforzándose en adivinarme los pensamientos, y el grandísimo torpe no acertó con ellos. Le contuvo el miedo á una repulsa, el amor propio, el orgullo de su relativa pobreza...: esos fueron seguramente los que le trabaron la lengua. Y en mí alma se irguieron el temor al prójimo, el pudor mal entendido, el mismo amor propio tan estúpido como el suyo; pero el otro amor, el verdadero, el único, allí quedó doblemente sepultado en nuestros corazones por la cobardía suya y la altivez mía. Segura estoy de que le pasó lo que á mí. Muriéndonos por hablar... y los dos callamos. ¡Imbéciles! Yo no le he podido olvidar jamás.

—Desengáñate, no os queríais bastante; no hay otra explicación.

—Pues, á pesar de eso, oye el final. De pronto volvió mi amiga, la dueña de la casa, y, en seguida, el marido. Claro está que habiéndonos faltado valor para hablar estando solos, con mayor motivo nos había de faltar después para buscarnos. Nos despedimos á la mañana siguiente, ante testigos, como si nada sintiéramos uno por otro..., y no hemos vuelto á vernos. Cada uno ha envejecido por su lado: yo viviendo casi siempre en París, él en varios consulados de las cinco partes del mundo; nunca nos hemos encontrado. ¡Ah! Si hubiéramos tenido otra ocasión como aquélla, no la habríamos desperdiciado. No he vuelto á sentir cosa semejante...; nada me ha impulsado hacia ningún otro hombre. Y á él sé que le ha sucedido algo análogo, porque hace pocos años una amiga mía, que le trataba con intimidad, me contó que él mismo le había referido todo esto igual, igual que te lo cuento. Nada ha tenido que ver con mujer alguna, no ha querido casarse, pudiendo hacerlo aún con otras más ricas que yo; y, ya viejo, pidió la jubilación... ¡Y se acabó mi historia!

—No he oído cosa más romántica. Pero, ¡qué par de bobos! Mentira parece que os amáseis. Tú hiciste mal, y él peor; no,

aquéllo no era amor: el amor es más valiente.

Iba la señora del traje morado á continuar sus comentarios, cuando, tras el biombo de cueros antiguos, se levantó el caballero viejo, que había escuchado el diálogo desde su comienzo.

Lentamente avanzó hasta donde ambas damas estaban, saludólas con una cortés reverencia, y encarándose con la que acababa de hablar, mientras la que hizo el relato de su pasión frustrada le miraba sorprendida y pasmada, dijo de este modo:

—Sí; aquello fué amor; medroso, acobardado por la situación y la fortuna de quien lo inspiraba, y más aún por la pequeñez de quien lo sentía; pero tan hondo y sincero, que no necesitó ser recompensado ni correspondido para seguir viviendo. Por eso hoy, á la edad que tengo, ahora que ya nada puede interpretarse por doblez ni codicia, después de escuchar lo que he oído, ofrezco á Rosario mi mano y mi nombre.

Y añadió, mirándola:

—Pasaremos unidos nuestros últimos años, y el vacío de lo que no podamos recordar, porque no llegó á ser, lo llenare-

mos con la dulzura de lo que hemos deseado. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Rosario, en señal de aceptación, inclinó la cabeza, y con cierto pudor lleno de dignidad y exento de ridículo, repuso:

—Sí, señor; aunque se rían de nosotros.

—Pobres de espíritu serán los que no nos comprendan—contestó el anciano.

—Cara me costó mi riqueza—dijo la dama.

—Y á mí mi amor propio.

—Verdad que sí—exclamó la del traje morado.—Son las dos cosas que más caras se pagan en la vida.

Ellos se dieron las manos, poseídos de ternura infinita.

Y así acordaron unirse, para esperar juntos la hora de la muerte, los que no supieron aprovechar la hora del amor.

1899.

LOS DECADENTES

A las cuarenta y ocho horas de llegar á Chorritos estaban Adolfo y Pepe renegando de su mala estrella. Aunque el médico les había preparado diciéndoles que *aquello dejaba algo que desear* en cuanto á comodidades y diversiones, y que no pensaran en pasarlo alegremente, sino sólo en beber las aguas y hacer vida juiciosa para fortalecerse, jamás pudieron imaginar que hubiese poblacho tan feo y aburrido. La concurrencia de bañistas, compuesta de familias provincianas de mediano pasar, les era desconocida; de modo que no hallaban ni hombres con quienes hablar mal de las mujeres, ni mujeres con quienes poner en ridículo á los hombres. Las aguas serían maravillosas; pero el caserón, pomposa-

mente llamado establecimiento, era una detestable posada donde se dormía mal y se comía peor; y para colmo de desdicha, las criadas, de puro virtuosas, eran ariscas y montaraces, sin que pudiese esperarse de ellas otra cosa que sonrisas estúpidas y acaso alguna bofetada. Sin embargo de todo lo cual, los dos señoritos madrileños tenían que permanecer allí, por prescripción facultativa, lo menos quince días, contrarrestando con el uso de las dichas aguas los efectos de la mala vida que llevaban en la Corte.

Adolfito pertenecía á una familia en otro tiempo consagrada al servicio del Rey y de la Patria; pero él se contentaba con ser rico, sin cuidarse de imitar á aquellos de sus mayores que alcanzaron gloriosa fama en la política, las armas y las letras.

Pepe era hijo único de uno de esos hombres que, con pretexto de comercio, se han hecho millonarios envenenando al prójimo. A los dos les sobraba dinero, y el mundo les parecía estrecho y los días cortos para gozar de la existencia, sin que al primero se le ocurriese nunca envidiar los laureles de sus antepasados, ni el segundo se acordara de los comestibles faltos de peso y averiados en que tenía origen su ri-

queza. Acostumbrados á pasar los inviernos parte en Madrid y parte en París, y los veranos en las alegres playas donde acude la gente afortunada, aquel humilde lugarejo se les hizo intolerable.

—¡Cómo nos vamos á aburrir!—exclamaba Adolfo.

—¡Oxigenarnos la sangre!—decía Pepe.— ¡Lo que haremos será criar sangre frita!

—El pillo del médico nos habrá enviado porque acaso tenga participación en las ganancias... Yo no aguanto aquí doce ó catorce días.

—Ni yo.

—Si quieres, mañana nos largamos.

—Con mil amores.

—Si lo que nos conviene es hacer vida de campo, busquemos un campo donde no muramos de aburridos..., donde haya gente.

—¡A Biarritz!

—Mañana mismo.

Aquella noche, ayudándose mutuamente, hicieron el equipaje, recogiendo y guardando la disparatada cantidad de ropa que habían llevado: trajes de lana, lisos, rayados, de mezclillas, de franela, de piqué y de alpaca; sombreros, boinas y gorras de diversas formas; camisas de hilo, de algo-

dón, de seda cruda, de telas con nombres fantásticos y dibujos estrambóticos; una colección asombrosa de calzados, é infinidad de corbatas grandes, medianas, chicas, anchas, estrechas, para nudo, para lazo, para alfiler, de dibujos y tejidos inverosímiles; todo lo cual formaba el estupendo repertorio de galas y aprestos con que imaginaron deslumbrar á las pobrecitas mujeres en quienes pusieran los ojos. Luego, dejando preparados para cerrarlos los descomunales baúles, se acostaron; y por cierto que si alguien les sorprendiese en paños menores, de fijo sonriera entre burlón y compasivo al ver sus ruines y mal dibujadas figuras. Ambos eran de contextura endeble, de aspecto enfermizo, feos de rostro y mal proporcionados de cuerpo. Adolfito tenía las piernas demasiado largas y delgadas, respecto del tronco, casi cuadrado, el cual, puesto sobre ellas, sin ser recio parecía tremendo. El de Pepe, por el contrario, era flaco y largo, y las piernas extremadamente cortas y muy gruesas. De la forma de su cabeza ninguno podía enorgullecerse: el cráneo de Adolfito, anchísimo por atrás, venía deprimiéndose hacia las sienes, y el de Pepe era casi ojival, poco menos que puntiagudo. Finalmente, aque-

llos dos hombres que vistos separados eran feos, juntos lo parecían más por el contraste que formaban; y sin temor á calumniarles, puede afirmarse que sus retratos hubieran sido de inestimable valor para cualquier libro donde se demostrase con pruebas la decadencia de una raza.

En cuanto á facultades é índole moral, bastaba escucharles un rato para comprender que no eran ni muy inteligentes ni muy buenos: todo en ellos era suspicacia, cautela, picardía, cualidades negativas, de las que impulsan á discurrir lo malo ó desconfiar de lo bueno, y las cuales estaban tan desarrolladas en ambos, que acaso en esta común inclinación se cimentase la intimidad que les unía.

A la mañana siguiente se hallaban asomados al balcón de su cuarto, en espera del ómnibus que había de llevarles a la estación del ferrocarril, cuando vieron que enfrente del establecimiento, á la sombra de un grupo de castaños seculares estaban sentadas dos señoras, anciana una, joven otra, leyendo la primera un periódico y la segunda un libro.

—Son nuevas en esta plaza—dijo Adolfito.

—Y la chica es elegantísima y guapa. Vamos á verla de cerca—añadió Pepe.

Bajaron, y paseo arriba, paseo abajo, por delante de las señoras, estuvieron largo rato yendo y viniendo, mirándolas y remirándolas casi con insolente descaro, hasta que molestadas cambiaron en voz baja algunas palabras, y levantándose se metieron en el establecimiento.

Aquella señorita debía de estar, sin embargo, acostumbrada á lances parecidos, porque su hermosura causaba asombro. Era de estatura más que mediana; tenía grandes y muy azules los ojos, el pelo rubio obscuro, abrillantado por hebras más claras que semejaban de oro; correctamente dibujadas las líneas del rostro; y la tez tan blanca, que bajo ella parecían verse serpear en curvas finísimas las ramificaciones azuladas de las venas. La espaciosidad de la frente, la nariz casi recta y la distancia algo grande de ojo á ojo, daban á su fisonomía cierto carácter clásico de beldad altiva y severa al cual servía de contraste, como aminorándolo y templándolo, el corte suave de la boca, cuyos labios eran del tono brillante de las flores del granado cuando están humedecidas del relente.

A pesar de las ropas, se veía que estaba

admirablemente formada, y que era fuerte, sana y ágil. Sentada, parecía la majestad en reposo; moviéndose, era la gracia misma; á un tiempo casta y turbadora, serena y codiciable, como figura desprendida de aquellos frisos del Partenón, donde en largas *thedras* desfilan las vírgenes portadoras de ofrendas.

Adolfito y Pepe, al verla, quedaron pasmados.

—¡Qué barbaridad!—dijo el primero.

—¡Qué asombro!—murmuró el segundo.

—¡Estoy por no irme!

—¿Quién se deja esto aquí?

—Yo no me voy, y le hago el amor.

—Te la quitaré.

—Lo veremos.

—¡No, reñir, no; seamos rivales, pero pacíficamente...; cada cual trate de conquistarla como pueda...

—Y á quien Dios se la dé...

—San Pedro se la bendiga.

Luego averiguaron que era rica, hija de una familia dignísima y que se llamaba Elena. Aplazaron el viaje, y, gracias á la facilidad con que la gente se codea en los pueblos de baños, pronto lograron hablarla, dedicándose á cortejarla y seguirla á todas partes; como si tal mujer, á menos

de estar loca rematada, pudiese prendarse de ninguno de ellos. Se los encontraba al salir de su cuarto, al acompañar á su tía para que tomase el agua, en el comedor, en el salón de lectura, en los corredores, dentro y fuera del establecimiento, obligándola constantemente á soportar las sandeces y tonterías con que imaginaban cautivarla y sin que le proporcionasen más diversión que admirar la famosa variedad de trajes, camisas, calzados y corbatas que para rendirla desplegaban. Ella reía y bromeaba con ambos; pero ansiando la ocasión de darles á entender que ni aun para pasar el rato podía dejarse amar de semejantes monicacos.

Deseosa de sustraerse al fastidio que le causaba tan pertinaz asedio, solía madrugar, dando, acompañada de su tía, largos paseos, en los cuales á veces se alejaba hasta tres ó cuatro kilómetros del pueblo. Supiéronlo los señoritos, y, aunque para ellos el levantarse temprano era un verdadero suplicio, como ya les quedaba poco tiempo de permanecer en Chorritos y ninguno había adelantado un paso en la proyectada conquista, determinaron salir al encuentro de su deseada víctima.

Una noche se habló en la mesa redonda

de cierta fuente situada á media legua del pueblo, en sitio tan deleitoso y apacible que cuantos la visitaban volvían encantados de lo pintoresco del lugar y del panorama que desde allí gozaban los ojos.

Adolfito y Pepe observaron que Elena decía á su tía algunas palabras al oído; y, adivinando que á la mañana siguiente irían de paseo hacia aquella parte del campo, determinaron ser más madrugadores que ellas, salir antes y esperarles allá, con lo cual, sin que pudieran evitarlo, les acompañarían el rato que allí permaneciesen y durante el regreso. Hiciéronlo como pensaban, y siguiendo la carretera caminaron hasta la fuente.

No mintió quien dijo que el paraje era hermoso. A la derecha de la carretera, en un espacioso prado, había varias hileras de chopos muy frondosos y juntos, que, formando larga cortina, tendían sobre el césped su tupida sombra; la fuente estaba compuesta por varios sillares mal labrados; del centro de uno de éstos salía un caño de hierro de donde manaba el agua, la cual, con alegre rumor, caía en el hondo lecho que le ofrecían las peñas socavadas; allí se paraba sin enturbiarse, formando espejo en que los cielos se miraban, y lue-

go corría dividida en estrechos arroyos, como si desparramándose quisiera fertilizar cuanta tierra encontrara al paso.

A la izquierda del camino se extendían grandes praderas, de trecho en trecho interrumpidas por cercas de piedra tras las cuales descollaban árboles cargados de frutas, y á lo lejos, en la última línea del horizonte, se erguía una cadena de montañas cuyas cimas, dibujando grandiosas curvas, destacaban por obscuro sobre el azul pálido del cielo. La limpidez y transparencia de la atmósfera permitían ver clara y detalladamente á larga distancia las formas de las cosas, el sol lo iluminaba todo como si gozara tendiéndose sobre la tierra, y el aire, impregnado de aromas, estimulaba los sentidos, inspirando amor á la vida é infundiendo en el espíritu ideas de adoración á la Naturaleza.

Los dos amigos se sentaron en el suelo.

A pocos metros de la fuente, contrastando con los verdes y pomposos chopos, había un grupo de quince ó veinte álamos enteramente secos, desnudos de hoja, helados y muertos desde el invierno anterior. La noche pasada, que fué de tormenta, el viento los había sacudido rudamente, y el suelo estaba lleno de ramaje caí-

do, con el cual una pobre vieja, recogiéndolo y juntándolo afanosamente, iba formando haces, mientras cerca de ella un borriquillo, acaso no tan desdichado como su dueño, esperaba á que le cargasen pastando libremente la yerba espesa que casi le cubría las patas.

—Mira, chico—dijo Adolfito al verla,—esa palurda quiere coger tanta leña de una vez, que no va á poder levantarla del suelo.

—Claro que no puede.

Realmente, fuese por inadvertencia ó por codicia, la pobre mujer había reunido y atado tantas y tan recias ramas, que cuando intentó levantar el grueso haz que formaban no consiguió elevarlo hasta el lomo de la bestia, la cual, molestada sintiendo el peso fuera de sitio, se ladeó, dejando caer la leña. Volvió la mujer á cogerla y levantarla más penosamente que la vez primera, y le pasó lo mismo; igual le sucedió á la tercera, hasta que el burro, harto de que las ramas le arañasen, echó á correr alejándose por el prado.

Adolfito y Pepe soltaron la carcajada.

—Ya tenemos diversión—dijo el primero.

—¡En lo que falta de verano no carga usted el pollino!—gritó el segundo.

Así pasaron un largo rato: la vieja su-

jetando al asno para echarle la carga sobre el lomo y dejándola caer por falta de fuerza, el animal huyendo el cuerpo, y los dos señoritos riendo cruel y estúpidamente, hasta que, rendida la infeliz mujer al esfuerzo, y apenada de la burla, se sentó en el suelo y rompió á llorar.

Entonces, á espaldas de los dos jóvenes, se oyó de repente una voz fresca y burlona que decía:

—¡Vaya un par de valientes!

Era Elena que, llegando sin ser vista, había presenciado la escena.

—Si no por caridad—añadió,—á lo menos por amor propio... á ver ¿quién de ustedes levanta eso? Y quitándose y mostrándoles una flor que llevaba prendida al pecho, agregó: —Esta, para el que cargue la leña sobre el burro.

Primero lo intentó Adolfito. Cogió el haz, se arañó las manos, y sin resistir al dolor ni poder con el peso, lo soltó. A Pepe le sucedió lo mismo; pero con más desgracia, porque el burro le pisó sin piedad. Tres ó cuatro tentativas hizo cada uno, y en poco estuvo que el animal no les coceara en fuerza de lo que le molestaron, y acaso por desprecio.

—¡Basta! ¡Basta!—gritó Elena, sonriendo y quitándose los guantes.

Agil, airosa, radiante de juventud y de vida, se acercó al grupo: con un movimiento lleno de gallardía y elegancia, sin esfuerzo aparente, como pudiera una virgen jónica colocar en el ara de Baco la gavilla de los sarmientos sagrados, levantó el haz de leña hasta la altura de su cabeza, y poniéndolo despacio sobre el lomo del burro, dijo á la vieja:

—Ahora, átelo usted, mientras yo lo sostengo.

Después le dió algunas monedas, recogió los guantes que había dejado caer al suelo, y en tanto que se los ponía mirando á sus enclenques adoradores, añadió sin sombra de impudor, pero con mucha gracia:

—Jóvenes... ¡á cuidarse!

Se quedaron estupefactos; y ella, sin que se atreviesen á seguirla, acompañada sólo de su tía, echó á andar por la carretera en dirección al pueblo, mientras la luz, el aire, los aromas de las plantas y los efluvios de la tierra parecían envolver en mudas caricias su escultural figura.

1896.

UN CRIMEN

Cuando Pepita dijo que se quería casar con Alfonso Redral, su padre, don Luis y su madre doña Catalina, imaginaron que se trataba de uno de tantos caprichos pasajeros, porque en tres ó cuatro ocasiones y respecto de pretendientes distintos había dicho lo mismo, sin que costase gran trabajo quitárselo de la cabeza; pero, contra todo lo que esperaban, la niña mostró tal firmeza en su propósito, que los atribulados señores, después de pensarlo mucho y á modo de último recurso, llamaron en su auxilio á don Mariano, que además de ser su médico y amigo íntimo, era padrino de la fogosa enamorada, rogándole que se encerrase con ella y le dijera cuanto había que decirle, sin rodeos ni miramientos, la

verdad desnuda, ya que no quedaba otro remedio que asustarla.

Pepita, sin ser un monstruo, estaba lastimosamente configurada: tenía las piernecillas mal ajustadas con el tronco, y era tan estrecha de caderas y todo su esqueleto por aquella parte tan mezquino y de tan desdichada estructura, que las consecuencias del matrimonio, y principalmente de la maternidad, constituían terrible amenaza para su vida. Cien veces había dicho don Mariano que se quedaría en el primer parto... si llegaba. De resultas de lo cual sus padres la habían criado y educado consintiéndole gustos y caprichos por costosos ó extravagantes que fuesen, y oponiéndose, en cambio, con todas sus fuerzas á que tuviese amores y pensara en contraer matrimonio. Tres noviazgos llevaban ya desbaratados: pero ahora la cosa venía con gran fuerza, pues el pretendiente, sabiendo que la muchacha había de ser muy rica, no cejaba en su empeño, y ella estaba desconocida de puro apasionada y terca.

Don Mariano comprendió que sólo por el terror podría doblegarla, y con su triple autoridad de padrino, amigo y médico le dijo lisa y llanamente:

—Mira, monina, como tienes cerca de

veinte años se te puede hablar claro... y además, según te pones, veo que no hay otro recurso. Tienes una constitución especial..., muy particular..., así, un poco rara... Ya sabes que á lo mejor sufres esos desarreglos..., esas palpitaciones..., como las que le dan á tu madre; hay que cuidarte mucho. Tus padres te dan todo lo que deseas..., ¿con quién has de estar mejor? En fin, hijita, que no te debes casar; el matrimonio... andando el tiempo... tal vez; hoy por hoy, sería muy peligroso.

—¿Por qué?

—Porque sí. Cuando te desarrolles más, cuando te robustezcas.

Pepita le miró sin pestañear, y con ese valor femenino que á ninguno se parece, repuso:

—En plata, que me juego la vida; ¿no es eso, padrino?

—Yo no afirmo tanto...; pero pudiera suceder...

—Bueno, como si lo afirmara usted. ¡Pues aunque la pierda!

Y lo dijo con tal resolución, que don Mariano quemó el último cartucho, añadiendo:

—Vaya, contigo no caben atenuaciones. Clarito: si pares te mueres.

—¡Tal día hizo un año!—gritó ella con inquebrantable fiereza, volviéndole la espalda y dejándole solo en el gabinete.

Pocos momentos después, don Luis decía á don Mariano:

—¡Pobres de nosotros! ¡Haber criado una hija para esto! En primer lugar, figúrate qué pena tan grande saber que casi seguramente la vamos á perder, que le cuesta la vida..., y tener que consentir... porque, si no, es capaz de cualquier disparate. Luego, tú sabes mejor que nadie cómo está su pobre madre...

—Eso es lo más triste—le interrumpió don Mariano,—porque te advierto que Catalina se nos puede quedar entre las manos el día menos pensado. A la primer emoción gorda, tenemos una catástrofe. Yo no sé ya qué hacer con ella. Cuando las afecciones cardíacas adquieren este grado de desarrollo, lo mismo puede echarse encima el desenlace fatal por los progresos naturales de la enfermedad, que sobrevenir con ocasión de un susto, de una impresión moral; en fin, no hay día seguro.

—Y á todo esto, añade que el tal Redral, el novio, es un estúpido, medio tonto, sin voluntad ni energía, y su madre, doña Aurora, que le tiene completamente domina-

do, una trapisondista, lagarta, amiga de negocios feos; en fin, una calamidad, una mujer de muchísimo cuidado. Y por cierto que todavía está guapa.

—Y dices que negocios feos...

—Capaz de cualquier cosa, como crea que le puede valer dinero. Conque, ata cabos. Lo mismo va á ser casarse los chicos que caérseme encima una fábrica de papel que tiene parada por falta de capital, unas minas que dice que se le han anegado..., en fin, todas las explotaciones averiadas en que anda metida.

—Pero hombre, legalmente nadie te puede obligar...

....

No hubo manera de evitarlo. A los dos meses de aquella conversación, Pepita era la señora de Redral; el nuevo matrimonio se quedó á vivir con don Luis y doña Catalina, para que ésta no se separase de su hija, y doña Aurora les visitaba diariamente.

Catalina, que continuaba muy enferma, se distraía sobremanera con la conversación alegre y regocijada de doña Aurora, sin que sus malas cualidades le inspirasen desconfianza ó temor; primero, porque aquélla las ocultaba cuidadosamente; y, segun-

do, porque don Luis, en vez de poner sobre aviso á su esposa, le había callado los recelos que experimentaba, deseoso de evitarle quebraderos de cabeza.

Por fin, la intimidad que llegó á establecerse entre ambas facilitó aquello que don Luis consideraba más ó menos próximo, pero inevitable. Un día, doña Aurora le pidió con la mayor frescura un préstamo de quince á veinte mil duros para poner en movimiento la fábrica de papel, y él se negó redondamente, diciendo:

—Mis asuntos andan muy mal; siento muchísimo verme privado de hacerle á usted ese favor...; pero, estoy mal de dinero, usted lo sabe; hubiera querido dotar á la niña..., y nada; por ahora, imposible. Gracias que consiga darles esos doscientos duros mensuales.

Doña Aurora, capaz de las mayores insolencias, y que se gloriaba de manejar á las gentes por el terror, le dijo descaradamente:

—A otro perro con ese hueso. Lo de la dote no lo ha hecho usted porque no le ha dado la gana, no por falta de dinero... Ya sé yo que en Madrid se come plata, que la infeliz Catalina está enferma hace mucho tiempo, que la vida es la vida...; pero vamos, amiguito, que con lo que le

cuesta á usted la señora de la calle de Mendizábal... ya podía usted haber dotado á la niña.

Don Luis se quedó atónito: el descaro era inaguantable; pero aquella mujer no mentía.

Catalina estaba enferma hacía seis años, y él, aunque sin escándalo, como dicen los casuístas, sostenía relaciones íntimas con una hermosa viuda, de la cual al principio se prendó sólo por la belleza y á quien luego insensiblemente fué cobrando afecto por descubrir en ella buena índole y dulzura de condición, y además, porque se contentaba con lo que él quería darle, sin tener caprichos ruinosos ni exigirle grandes gastos, aun sabiendo que era rico y generoso.

—Lo dicho—repetía doña Aurora viendo á don Luis mudo ante tal descaro.—Con lo que gasta usted teniendo dos casas, había para dotar á tres hijas.

Se puso rojo de ira, pero no quiso rebajarse mintiendo, ni menos dar explicaciones de su vida privada á la deslenguadísima señora, y levantándose con fingida calma, se salió de la habitación, diciendo:

—Usted no tiene derecho para hablar de lo que no le importa.

Luego meditó mucho acerca del partido que le convenía seguir, temeroso de que doña Aurora, con la misma desfachatez con que se lo había dicho á él, repitiese aquéllo ante su hija, ó, lo que sería peor, ante la pobre Catalina... Y esto era preciso evitarlo á todo trance. ¿Cómo? No había sino dos caminos. Uno, procurar el silencio de doña Aurora, es decir, comprarlo; otro, prohibir que volviese á poner los pies en la casa: el primero sería procedimiento carísimo; y para justificar el segundo, ¿qué diría á su esposa y á su hija? Por fin, tras pensar y recapacitar mucho, el miedo se le fué calmando, acabó por creer neciamente que doña Aurora no se atrevería á hacer nada, y quedaron así las cosas.

Entretanto fué pasando tiempo, hasta que un día corrió por la casa la noticia de que Pepita estaba embarazada, y como todos tenían por seguro que aquello significaba su próximo fin, se procuró que la madre lo ignorase; pero transcurridos unos cuantos meses fué imposible la ocultación. Una mañana entró Pepita en la alcoba de doña Catalina, y ésta, con sólo verla, quedó enterada. Realmente, era preciso ser ciego para no darse cuenta de ello, porque la niña, orgullosa de que todo el mundo supiese

que se había jugado la vida, hacía alarde de su preñez, viendo acercarse con espantable serenidad el día del alumbramiento.

Llegó por fin el temido trance, y allí quedaron las profecías de don Mariano desmentidas, y la ciencia poco menos que desacreditada, porque, á pesar de cuanto había dicho de la defectuosidad de la pelvis, Pepita dió á luz con toda felicidad un varón admirablemente formado. Don Mariano casi no habló en una semana y en la casa fué grandísima la satisfacción. Sólo para la infeliz Catalina, tuvo el trance malas consecuencias, pues en los días que precedieron al parto de su hija sufrió tan dolorosas alternativas de temor y esperanza que su padecimiento cardíaco se agravó mucho. Respecto de éste, sí que podía don Mariano profetizar con seguridad de acierto.

—¿Tan delicada cree usted que está?—le preguntaba una tarde doña Aurora.

—Cuidándola mucho, evitándole sobre todo emociones fuertes, irá tirando; pero unos cuantos días que deje de estar sometida al régimen debido ó el menor disgusto, bastan para matarla.

El bautizo se celebró con gran pompa. Doña Aurora anduvo de un lado para otro amabilísima y sonriente, obsequiando á las

gentes cual si fuese la verdadera señora de la casa, mientras don Luis la miraba ir, venir y dar órdenes como persona satisfechísima del papel que desempeña.

Al cruzar un gabinete solitario se encontraron cara á cara. Entonces, doña Aurora le cogió por un brazo, y empujándole suavemente hacia el sofá, le dijo:

—Siéntese usted aquí un momento; vamos á llorar juntos esto de habernos hecho abuelitos.

Don Luis se sentó, mirándola entre sorprendido y receloso.

Estaba vestida, aunque llamativamente, con cierta elegancia; tenía el talle casi esbelto; el cuerpo, aunque algo grueso, no mal formado; el voluminoso pecho sabiamente distribuído tras la enérgica armadura del corsé; el pelo teñido de rubio rojo, y el rostro pintado con discreta sobriedad.

Merced á este trabajo de conservación y restauración, y gracias á la media luz que había en el gabinete, parecía guapa. A don Luis no podía, sin embargo, gustarle, porque su alma estaba ya ocupada por dos afectos compatibles: primero, la dulce y respetuosa piedad que profesaba á su Catalina, y segundo, aquella otra pasión menos pura que sentía por la hermosa viuda;

á pesar de todo lo cual, sometido á una de esas aberraciones que los hombres suelen pagar tan caras, doña Aurora le causó cierto desasosiego insano y turbador, que como un impulso de animalidad obscureció pasajeramente su inteligencia.

—Sí, señor, abuelos..., y eso que aún servimos para padres.

Don Luis, sin darse cuenta de lo que hacía, repuso:

—Yo estoy viejo; pero usted parece una muchacha.

—Viejo ¿eh? Mire usted por esas habitaciones y verá qué jovencitos tan enclenques se usan ahora; si eso debe de quedársela á una entre las manos.

—¡Siempre tan graciosa!

Y como si una voz secreta le avisara de que estaba á punto de cometer una imperdonable insensatez, hizo un movimiento para levantarse. Mas ella, poniéndole la mano sobre una rodilla, le detuvo.

—No se me escurra usted, que vamos á hablar con formalidad. ¿No es una mala vergüenza que, siendo yo de la familia y sobrándole á usted el dinero, no quiera usted ayudarme á echar á andar esa fábrica de papel? Y aunque no me ayude usted, ¿qué motivo hay para que huya de mí?

¿Cree usted que si yo me echase por ahí á pedir lo que necesito no habría alguno que se diese con un canto en los pechos?

Se le acercó cuanto pudo, mirándole suplicante y dulzona, dando á sus ojos tal expresión de lánguida vehemencia, que don Luis quedó estupefacto, sospechando si la petición de dinero sería, aunque mal calculado, un recurso para disfrazar otro propósito. Instintivamente comprendió que el menor desliz que cometiese con aquella mujer, la más ligera confianza que entre ambos se estableciese, habían de ser para él en extremo peligrosos.

Doña Aurora seguía mirándole como las princesas de los cuentos de hadas miran á los donceles para sorberles el seso y fascinarlos, sino que en vez de princesa parecía, aunque bien conservada, reina madre de muchísimo respeto; de modo que la fascinación dejaba espacio á la prudencia. Mas simultáneamente con esta prudencia, y en perjuicio de ella, don Luis experimentó cierta emoción indefinible, formada del miedo al ridículo en que supone incurrir el hombre cuando resiste al halago femenino, y de la tentación pasajera pero indudable que causa toda mujer cuando no es tan fea que ponga espanto. Tenía miedo á caer en

la red, le mortificaba la idea de pasar por casto, y al mismo tiempo los encantos que se le ofrecían comenzaban á no parecerle despreciables: todo lo cual determinó en él una incertidumbre medrosa, una vacilación que doña Aurora interpretó como señal de flaqueza y proximidad de rendimiento.

Entonces, imaginando que podría arriesgar el todo por el todo, le cogió una mano atrayéndole hacia sí hasta echarle la respiración en el oído, y pegándose á él para que al través de la seda sintiera el calor de su cuerpo, le dijo muy bajito:

—Aquí están trocados los papeles: usted tan frío y yo hecha una cualquier cosa.

Don Luis se estremeció de pies á cabeza.

Ella, ansiosa de ganar terreno, pecó de exagerada, y llevando equivocadamente la farsa más allá de lo que convenía, dijo con acento apasionado:

—Lo que menos me importa es... eso que le he pedido á usted..., el dinero para la fábrica, de eso no haga usted caso...; pero, por Dios..., no vuelva usted á ver á esa mujer.

—¿Qué mujer?

—La viuda, la de la calle de Mendizábal. ¡Si supiera usted el odio que la tengo!

Dijo esta frase con expresión tan falsa y teatral, con voz tan quebrada y lacrimosa, que él, recobrando la serenidad perdida, se echó á reír de tal modo que su risa fué un verdadero insulto; y levantándose del sofá se salió lentamente del gabinete sin dirigirle la palabra, mientras ella humillada, blanca de pura rabia, permaneció sentada arreglándose con los dedos el peinado y murmurando entre dientes:

—¡Lo has de llorar!

Luego anduvo de corro en corro charlando y bromeando porque ya era abuela, y después desapareció de la sala.

Al cabo de un par de horas, don Luis, antes de salir á la calle, entró al cuarto de su mujer.

Catalina estaba acostándose ayudada por doña Aurora, la cual se había empeñado en servirle de doncella, y con exquisito mimo iba quitándole prendas de ropa y poniéndolas sobre una butaca.

La pobre señora apenas podía tenerse en pie: pálida, temblorosa, desencajadas las facciones, clavó en su marido los ojos con una expresión de amargura que partía el alma. El, adivinando lo que allí había pasado, lanzó á doña Aurora una mirada terrible, al mismo tiempo que interrogaba:

—¿Hace mucho rato que esta señora está contigo?

Doña Aurora salió sin chistar, acobardada aunque contenta, y entonces Catalina dijo á su esposo con admirable mansedumbre:

—¡Tienes razón! Es muy mala... Hubiera preferido morirme sin saberlo.

Y de los ojos, hilo á hilo, le caían las lágrimas, amarga y calladamente, sin que de sus labios saliera un reproche ni una queja.

Al amanecer se apoderó de ella una gran excitación nerviosa, después una fiebre altísima, y á las cuarenta y ocho horas de haberlo sabido inclinó la cabeza sobre el pecho para no levantarla más.

Terminado el novenario, Redral exigió á don Luis que le fuese adjudicada la herencia que correspondía á Pepita por muerte de su madre. Al acto de la entrega, en casa del notario, no quiso asistir don Luis; Redral fué acompañado de doña Aurora, la cual, después de examinar los documentos uno por uno, al doblar el último, dijo tranquilamente:

—Ya no tenemos nada que ver con esa familia. No quiero trato con un hombre que, por andar con queridas, ha sido causa de la muerte de su mujer.

1898

DIVORCIO MORAL

Las diez ó doce personas reunidas aquella tarde en el lujoso saloncito de la Marquesa, amigos íntimos y parientes que iban á felicitarla por ser su santo, habían permanecido largo rato formando grupitos separados, hasta que alguien dijo en voz alta:

—Lo que usted oye; se han separado: él se queda en el cuarto donde hasta ahora han vivido juntos, y ella se está poniendo casa y se lleva al niño.

—¿Y qué marido es ese que lo tolera?—preguntó una señora anciana de aspecto venerable.

—Vayan ustedes á saber quién tiene la culpa... porque uno de ellos ha de tenerla—añadió otra señora joven que parecía lista y curiosa.

—Yo creo—dijo la Marquesa—que si alguno ha faltado, no es él; porque hace muy pocos días estuvo aquí hablando de su mujer... y parecía enamoradísimo.

—Eso no significa gran cosa—interrumpió la que tenía cara de lista—porque cuando un hombre pretende engañar bien á su mujer lo primero que procura es despistar á las amigas de ella haciéndoles creer que la adora, para que se lo cuenten á la interesada.

—Dios me libre de murmurar—añadió un caballerete—pero él anda demasiado absorbido por sus negocios, y ella es muy guapa; además, sin ofenderla, me parece que se alegrará de tener ocasiones en que convencerse de hasta dónde llega el poder de su hermosura.

—¿Tan presumida es?—preguntó una voz femenina.

—En realidad—contestó la Marquesa—es algo misteriosa esa desavenencia en un matrimonio del cual nadie sabe que el marido se vaya con otra ni que la mujer sea capaz de torcerse.

Entonces un señor ya viejo, con restos de buen mozo, simpático, de mirada inteligente y que había permanecido callado, tomó parte en la conversación diciendo:

—Conque no se engañan, no se traicionan, tienen un hijo y se separan... declaro que no lo entiendo: pero ¿de quién se trata?

—De la de Heriols, Rosita Castilla, la casada con Heriols.

—¿Rosa? ¿Separada Rosa?—exclamó asombrado el señor viejo.—Vaya, vaya, ustedes no saben lo que dicen ó alguien les ha informado con mala intención. Rosa es incapaz de hacer nada que pueda ser causa de que su marido la deje con sombra de razón, y si él la engañara, á ella le sobran talento, virtud y recursos para traerle al buen camino... y, en último caso, grandeza de alma para perdonarle. Sepan ustedes—y esto lo dijo ya con entonación grave—que mujeres como Rosa hay pocas, y cuando se habla de ellas conviene no pecar de ligero.

Viéndole ponerse serio y oyéndole expresarse de aquel modo callaron todos, menos la señora que parecía lista, la cual, sin andarse por las ramas, habló de este modo:

—Todo eso está muy bien, don Luis; pero no echa por tierra nada de lo dicho. Si á él no se le conocen líos, ni ella es susceptible de... debilidades, y, sin embargo, teniendo un hijo, se separan... ayúdeme us-

ted á sentir. Por otra parte, ella no es rica, pero él gana mucho: por falta de recursos no será el tirar cada uno por su lado: luego...

—Rosa sabría resistir á la pobreza—añadió el caballero viejo con entusiasmo.

—Vaya, vaya—acabó la dama diciendo algo picada,—yo no calumnio á nadie. No quería soltarlo, pero lo sé, me consta, sucede algo, y gordo. Puedo asegurarle á usted que hace cinco días Rosa se ha marchado de casa de su marido con cuatro muebles y unos cuantos baúles de ropa, y llevándose el chico; y que vive sola con la doncella, en la calle del Guadarrama, 92, no sé qué piso. Ahora diga usted que esto es hablar por hablar.

—Lo que digo—repuso enojándose el caballero—es que yo he llegado ayer mañana de París, que no he salido sino para venir á felicitar á la Marquesa, y que no sé nada de lo que pueda haber ocurrido; pero, sea lo que fuere, estoy seguro de que Rosa estará harta de razón. Es una de las mujeres más bonitas y elegantes de Madrid, ¿verdad?—y esto no lo dijo con ánimo de complacer á su interlocutora.—Nadie pone en duda su hermosura, ¿eh?: pues

también son indiscutibles su talento y su virtud.

Pronunció don Luis estas palabras esforzándose por aparecer tranquilo, pero con tal energía, que ni caballeros ni señoras se atrevieron á replicarle, y la Marquesa dió discretamente otro rumbo á la conversación.

De allí á poco, don Luis se despidió, y al poner el pie en el estribo de su berlina, que le esperaba en la puerta, dijo al cochero: «calle del Guadarrama, 92, y de prisa».

....

—¿Se ha mudado aquí hace pocos días una señora que se llama doña Rosa?—preguntó á la portera.

—Segundo con entresuelo.

Grandes fueron las dudas que mortificaron á don Luis desde que salió del saloncito de la Marquesa hasta llegar allí. Mientras subía la humilde escalera de aquella vulgarísima casa iba diciendo para sus adentros: «¿Qué le habrá pasado? ¿Qué le habrán hecho á esta muchacha para que transija con semejante cambio? ¡Si esto es para ella la pobreza!... ¡Qué barrio, qué portal y qué escalera!»

Con mayor celeridad de la que al pare-

cer permitían sus años llegó al piso segundo; llamó y salió á abrirle una doncella cuyo limpio y fino aspecto contrastaba con lo pobre de la casa. El pasillo de entrada lleno de muebles, baúles y cajas, todo desordenado, indicaba lo reciente de la mudanza.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?—preguntó don Luis.

Antes de que la doncellita contestase se abrió la puerta de un pequeño gabinete, también lleno de trastos á medio colocar, y apareció una mujer como de veinticinco á treinta años, de singular gentileza, que arrojándose en brazos del anciano rompió á llorar amarga y doloridamente.

Era alta, esbelta, el pelo rubio muy claro, los ojos grandes de un azul muy obscuro, de mirar inteligente, llenos de viveza pero serenos, dulces, como incapaces de expresar sentimiento que no naciese de amor ó de ternura.

—¡Luis de mi alma!—dijo entre sollozos.

—¿Qué ha sido esto, mujer? ¿Qué te ha hecho? Porque de ti, estoy seguro...

Ante la sospecha, aun tan tibiamente formulada, se irguió ella sonriendo con plácida altivez.

—Pero ¿ha podido usted suponer que yo hiciese algo feo? Venga usted, venga usted y lo sabrá todo.

Llevóle al gabinete, sentáronse en un pequeño sofá, y después de permanecer mirándole cariñosamente unos instantes, como recapacitando la manera de expresarse ó el modo de empezar, dijo así:

—Primero, contésteme á lo que voy á decirle. Si alguien le preguntase á usted quién era mi padre, cómo me educó, qué sentimientos inculcó y desarrolló en mi alma, cómo obedecí á lo que quiso que yo fuera, en fin, hasta donde puedo yo ser capaz de bondad, honra y virtud..., ¿qué respondería usted?

—Diría—repuso con la mayor naturalidad don Luis—que tu padre fué hombre tal, que pudiendo salvar su cuantiosa fortuna sin más que sostener un pleito, prefirió perderlo todo por cumplir fielmente sus compromisos, aun aquellos en que no mediaba documentación alguna, sino sólo su palabra; que luego rehizo parte de su riqueza entre el asombro y el respeto de todos, porque aquella conducta le dió inmenso crédito; diría que tu educación, obra exclusivamente suya, fué un prodigio de sensatez, de cordura: que te hizo buena...

no sé cómo expresarlo, sin que tuvieras nunca que violentarte ni vencerte, inspirándote aversión á lo malo: y, sobre todo, diría que eres buena por naturaleza, como tienes los ojos azules y el pelo rubio... Pero ¿á qué viene esto?

—De modo que usted cree que ni por liviandad, ni por conveniencia, ni por perversión, ni por nada puedo transigir con la deshonra.

—Cabal. Si fueras hija mía, y como á hija te quiero desde que tu padre me encomendó tu porvenir, no me inspirarías mayor confianza. Siempre dije que si para ser feliz bastara tener clara idea de lo que es bueno y voluntad de seguirla, tú serías dichosa.

—Yo no digo que sea buena. ¡Cuántas veces es uno injusto y malo sin saberlo! Lo que digo es que nuestra virtud, la virtud de la mujer, no consiste sólo en... ¿cómo se lo diré á usted...? en dejar de hacer lo que deshonra y pone en ridículo á los hombres.

—No te comprendo.

—Pues escuche usted.

Procuró serenarse, recogiéndose hacia las orejas los rizos que se le habían deshecho, y con voz que en sus débiles ó enér-

gicas entonaciones reflejaba la índole de sus recuerdos é impresiones, dijo:

—¡Tiene usted razón! ¡Pobre padre mío! ¡Qué hombre! ¿Se acuerda usted de la quiebra? ¿De la comida que hicimos el día de los pagos? Todos abatidos, todos apocados, ¡menos él! «Esto de arruinarse—decía papá,—tiene sus ventajas: ahora contaremos los amigos, ahora sabré si la Fortuna se me entregó por capricho ó porque supe merecerla.» Volvimos á ser relativamente ricos. Seis meses antes de morir me sentó sobre sus rodillas y me dijo: «Si te falto ahora, te quedará una renta de cinco ó seis mil duros, poca cosa en comparación de lo que tenías antes; pero puedes gozarla tranquila: ninguna de las alegrías que te procure ese dinero habrá nacido de un dolor ajeno; la limosna que des, no será nunca restitución.» ¡Este fué mi padre! ¡Así me educó!... Figúrese usted la impresión que, andando el tiempo, me causaría convencerme de que mi marido era... todo lo contrario. Habrá quien diga que debí conocerle antes; pero ¿qué mujer joven puede conocer á un hombre en uno ó dos años de noviazgo, por sólo conversaciones de palco ó de baile, en ese período en que ella no se cuida sino de parecer bonita y él no

piensa mas que en ocultar defectos? Durante las primeras semanas de nuestro matrimonio fuí feliz. No dejé, sin embargo, de comprender que Pepe era brusco, de carácter impetuoso, aunque procuraba contenerse ó se arrepentía pronto de ciertos arranques para no enojarme. De vuelta del viaje de novios empezó á trabajar; hasta entonces había encargado del bufete á un amigo. Trabajaba mucho, mas pronto me enteré de que sentía poco entusiasmo por su carrera; al salir del despacho siempre estaba de mal humor; lo que le preocupaba é interesaba no era la índole de los pleitos, la ocasión de lucirse ó la probabilidad de reparar una injusticia, sino la esperanza y la cuantía del pago: acostumbraba á poner muy altos los honorarios, y en más de una ocasión le costó esto serios disgustos ó recibió cartas desagradables. Por fin supe que tenía fama de interesado y codicioso. Con los clientes pobres incurría en faltas de consideración, casi de misericordia: en cambio, con los ricos no tenía dignidad; lo que le importaba era cobrar, cobrar... A veces toleraba lo que no debía. Cierto banquero, al mandarle el importe de una cuenta que le pareció excesiva, le escribió diciéndole, poco más ó

menos: «Le remito á usted lo que me pide y siento no poder seguir llamándome amigo de quien me trata con tan poca consideración.» Dije á Pepe que esto me parecía humillante, y repuso: «Lo que hace falta es que pague.» —«Mejor sería—repliqué—que cobrases algo menos y conservaras la amistad de un hombre que podría regatearte de mal modo lo que te da.» Me miró de alto á bajo y contestó: «El mejor amigo... un duro.» Le cuento á usted estos detalles para que se haga cargo de cómo fuí convenciéndome de lo que es: no conoce más Dios ni más ley que el dinero. Llegamos, en fin, al motivo de la separación, mejor dicho, de mi propósito irrevocable de no vivir con él.

Un día se presentó en casa una mujer pobremente vestida, con aspecto de señora venida á menos. Había estado á buscarle varias veces y nunca quiso recibirla. Entró porque en lugar de abrir el criado lo hizo la doncella. Luego, desde mi gabinete, oí que Pepe y aquella mujer levantaban mucho la voz: me acerqué á una puerta y la oí llorar, llegando á mis oídos palabras que me helaron de espanto: «despojo», «compasión», «maldad». Por fin salió, excitadísima, blanca de cólera, y desde la

puerta de la escalera, tragándose las lágrimas, dijo: «¡Ojalá, si tiene usted hijos, que paguen lo que hace con el mío!» Me quedé aterrada, volví al gabinete, llamé á mi doncella Faustina, en quien sabe usted que tengo absoluta confianza, y mostrándole desde el balcón á la mujer que en aquel instante salía del portal, le dije: «Coge el mantón, síguela y averigua quién es y dónde vive.» Pepe pasó la tarde de un humor intolerable y ordenó que bajo ningún pretexto se abriese la puerta á aquella desdichada. Le pregunté quién era y me respondió que una trapisondista. Para abreviar: Faustina volvió diciéndome cómo se llamaba y dónde vivía. A la mañana siguiente fuí á verla. Vacilé mucho antes de hacerlo; pero no me pude contener ni quise dominar el deseo de salir de dudas, porque todo me inducía á sospechar que Pepe debía de haber cometido una maldad muy grande. Afortunadamente, aquella mujer no me conocía; sabía que Pepe era casado y nada más. La portera de su casa me dijo que la infeliz había estado en buena posición, pero que se veía ya en la mayor miseria, porque cosiendo no ganaba lo bastante para mantener á su hijo, niño de cinco años.

Subí á su sotabanco, ni más ni menos que en las novelas, y para hablar con ella inventé una piadosa mentira: la esperanza de la limosna hizo que no se parase á inquirir si yo decía ó no verdad. Poco me costó que hablase. Era parlanchina, locuaz, imprudente, de lengua demasiado suelta, culpas atenuadas por el afán de contar la caída desde una posición acomodada hasta la más dura pobreza; pero en el fondo de su palabrería y su exceso de charla latía y se mostraba en toda su hediondez algo terrible. ¡Mi marido había robado al suyo veintidós mil duros! La historia es sencillísima. Su esposo era procurador: en cierta ocasión se le formó causa para exigirle responsabilidad por irregularidades en un pleito en que intervino, decretándose contra él un embargo: entonces buscó á Pepe, que era íntimo amigo suyo, y sin recibo ni documento alguno, que por otra parte, dadas las circunstancias, hubiera sido inútil, le entregó para que se los guardase veintidós mil duros en títulos de la Deuda. ¿Va usted adivinando? Luego le prendieron, pasó en la cárcel año y medio, salió absuelto y al reclamar el depósito, Pepe se lo negó... Es decir, no negó la devolución, sino lo que es más

infame, la entrega. No existía, no podía existir prueba. El infeliz procurador murió al cabo de unos cuantos meses, y Pepe siguió negando á la viuda. Después he averiguado que con parte de esos veintidós mil duros hizo Pepe los gastos de nuestra boda. ¡Qué base para nuestra felicidad! De mi entrevista con aquella mujer saqué el convencimiento de que no mentía: la índole y el carácter de Pepe servían de acusadores contra él: por último, quise ponerle en el trance de que confesase y lo conseguí.

Hice una cosa horrible, pero no tan horrible como su maldad. Dejé una noche que se acostase antes que yo, esperé á que se durmiese, y al cabo de dos horas, cuando estaba en el más profundo sueño, teniendo antes cuidado de poner la luz de modo que le iluminara de lleno el rostro, le llamé á grandes voces gritando: «¡Pepe, Pepe... el dinero de Gozálvez, Gozálvez, Gozálvez..., su dinero!» Despertó presa de un sobresalto indecible, y sin tiempo para reponerse, sorprendido como criminal por astucia del juez, preguntó fuera de sí, enrojecido de rabia: «¿Dónde está Gozálvez? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha contado?» Pero no eran menester tales pala-

bras; su cara, su espanto, bastaron para persuadirme de que la viuda no me había engañado. ¡Qué pena la mía! ¡Juro que hubiera preferido sorprenderle en brazos de una mujer! Entonces se levantó en mi corazón una tempestad de asco y de desprecio. ¡Y aquel era el hombre que me había poseído, el que saboreó mis primeros besos de amor!

Cuanto he intentado para que prometa la restitución del depósito ha sido inútil; niega, insiste en negar, y cada negativa le aparta más de mí. No podemos divorciarnos; lo sé, me han leído el Código; pero yo me separo de él porque siento que el contacto de ese hombre me mancharía. Yo creo, don Luis, que ni el honor ni la conciencia tienen sexo. Me ha deshonrado con su delito como yo hubiera podido deshonrarle con mi infidelidad. Seré legalmente suya, llevaré su nombre y, lo que es más doloroso, lo llevará mi hijo; pero no volverá á estrecharme entre sus brazos ni comeré su pan. Quien me comprenda que me juzgue.

1899

NARRACION

El año de 1900, Pedro Fuentelcésped se fué á París con su mujer, Mercedes, haciéndole creer que el objeto del viaje era sólo pasar allí unas cuantas semanas viendo la Exposición Universal y enterándose de cómo se habían colocado en la sección española los productos de sus fábricas. En realidad, á lo que iba era á que la reconociese un gran especialista, porque estaba muy enferma, aunque ella ignoraba toda la gravedad de la dolencia. Mercedes Fuentelcésped pasaba de los cuarenta y había sido hermosísima; él tenía más de cincuenta, y fué, hasta mucho después de acabada la juventud, lo que los franceses llaman un hombre *á bonnes fortunes,* es decir, dichoso con las mujeres, uno de esos que se

las llevan de calle: era de arrogante figura, lo cual, dicho sea de paso, no es indispensable para esos triunfos; muy simpático, condición necesaria; reservadísimo, que es la cualidad que da mejores frutos en la materia; generoso hasta el despilfarro, cosa que nunca estorba, y de clarísimo talento, facultad inapreciable entre nosotros, pero que sirve de poco para ellas. Esta era la pareja: una beldad avejentada y un galanteador en su ocaso; advirtiendo que él la había amado todo lo que era capaz de amar, guardándole siempre las mayores consideraciones y siendo para con ella, desde que estaba enferma, modelo de ternura y solicitud.

En el hotel donde fueron á parar, que era de los mejores de París, se encontraron con Pura Tablada, dos veces viuda, y su hijastra Pepita, que era hija de su primer marido. Pura y Mercedes habían sido compañeras de colegio y estaban unidas por estrecha amistad. Y ya se sabe que entre mujeres la amistad es afecto raro: porque ó se tratan con absoluta indiferencia, aunque se abrumen á besuqueos y visitas, ó se quieren mejor que sabemos querernos los hombres; y la prueba es que, cuando se ayudan, pueden más que nosotros. Pura

y Mercedes eran íntimas, y de acuerdo con la primera había preparado Fuentelcésped aquel encuentro en el Hotel Moscovia, de París, para que si su mujer se agravaba estuviese acompañada.

Pepita, la hijastra de Pura y protagonista de este fragmento de historia, tenía diez y ocho años y aun representaba menos por lo gracil del cuerpo y lo menudo del rostro: á dejarse el pelo en trenzas, nadie la echaría, como vulgarmente se dice, más de quince. Era morenita, de tez dorada, como ambarina; los ojos y el pelo muy negros; las manos y los pies muy pequeños; la boca, de labios finos y bonitos dientes, un poco grande; toda su personilla delgada sin llegar á flaca; esbelta, airosa; lo que le faltaba de carnes le sobraba de garbo y gentileza.

Aunque era naturalmente graciosa y apicarada, ponía empeño en aparecer modosa y encogida: por instinto, desenvuelta y habladora; por cálculo, disimulada y silenciosa: la flor de la hipocresía. Su madrastra, que la quería bien, la educó, ó intentó educarla sin mojigatería, pero severamente, como á verdadera señorita. No tuvo institutrices, ayas, doncellas, ni amiguitas que la malearan; en ella brotaron espontánea y

paralelamente la marrullería y el fingimiento, el disimulo y la malicia. Vista en un salón ó en un palco, semejaba una virgencita concebida por un pintor italiano de los maestros primitivos, y luego modernizada por un modisto de exquisito gusto. Su forzada prudencia la hacía parecer asustadiza y pudorosa: pronta siempre á avergonzarse por leve causa, sus mejillas pálidas poseían la rara habilidad de enrojecer cuando ella quería; mas algunas veces, á despecho de tanta cautela, cuando surgía su natural vehemente y arriscado, tenía miradas, sonrisas, actitudes y aun frases más propias de una consumada maestra en el arte de la seducción que de una niña cuyos encantos debían estribar en ir perdiendo la inocencia poco á poco. En fin, que si la mujer es, como dijeron muchos místicos, lazo del demonio para cazar almas de hombres, en esta ocasión el lazo estaba formado con una cinta fina y suave, pero tan fuertemente tejida, que bastaba para sujetar al varón más precavido y de temple más virtuoso.

Durante los veinte días primeros de permanencia en París, no hicieron las tres mujeres sino andar de tiendas y modistas ocupadas en compras y encargos. Mercedes

estaba pasando una temporada de notable alivio, y á su marido todo le parecía poco para contentarla.

Mientras él visitaba á hombres de negocios, Pura la acompañaba con solicitud de hermana, y Pepita iba con ellas, constantemente maravillada, aun más que por los atractivos que tiene París para las mujeres, por el desprendimiento y la generosidad con que Pedro consentía y hasta procuraba la satisfacción de los costosos caprichos de su esposa. Trajes, abrigos, sombreros, alhajas, primorosa ropa interior, cuantos detalles y menudencias completan el atavío y tocado de una dama muy rica y de muy buen gusto, es decir, todo un mundo de tentaciones iba pasando ante los ojos de Pepita. Pura aconsejaba, Mercedes resolvía, queriendo comprarlo todo con enfermiza codicia, como si el mero hecho de adquirirlo le asegurase años de vida para usarlo, y Pedro no ponía límite al gasto; de suerte que Pepita, entre deslumbrada y pensativa, iba experimentando impresiones, sacudidas, estímulos que, cuanto más se esforzaba en disimular, mayor perturbación le causaban; porque aquellos prodigios del arte y de la industria creados por el trabajo para deleite de afortunados, cuanto desfilaba ante su vista

para ir á sepultarse en los baúles de Mercedes, le dejaba á ella en el alma un sedimento malsano.

Por exceso de ajetreo ó imprudencia en las comidas, empeoró Mercedes hasta el punto de agravarse considerablemente. El médico dijo á Pura que la enferma saldría de aquella crisis, pero que después sería preciso cuidarla con exquisito celo; y que, á pesar de ello, casi seguramente moriría la primera vez que tornase á exacerbarse la dolencia. Pura aconsejó á Fuentelcéspedque hablase con el doctor, deseosa de no ser ella quien le diese tan terrible aviso; y luego, suponiendo que, como era natural, lo habría hecho, calló por no renovar su pena trayéndosela á la memoria. Con quien la buena señora no cesaba de lamentar el próximo fin de su amiga era con Pepita; de suerte que la niña estaba perfectamente enterada de lo que, en plazo no lejano, había de suceder; y á la mala impresión que esto pudiera causar en la muchacha atribuía su madrastra el verla casi siempre triste y ensimismada. Pura era incapaz de figurarse lo que bullía en el cerebro de Pepita.

Pasadas algunas semanas, pareció restablecerse Mercedes, y Pedro quiso aprove-

char aquella mejoría para venir unos días á Madrid, donde le llamaban asuntos de importancia. Tenía ya resuelto el viaje, cuando Pura recibió carta de una tía de Pepita reclamando el cumplimiento de cierta promesa que ambas le hicieron.

Habían, desde el invierno, convenido las tres que Pepita acompañase á su tía á un balneario de Guipúzcoa, pues no le gustaba ir sola con su doncella, y que después, en pago de su amabilidad, la convidaría á pasar el resto del verano en San Sebastián; lo cual, para una señorita de su edad, era cosa bien agradable. Al leerse la carta, Mercedes, suponiéndose más fuerte de lo que en realidad estaba, hizo hincapié para que no prolongasen su estancia en París; mas Pura no quiso dejarla, y deseosa de no privar á su hijastra de la temporada de San Sebastián, propuso que Pedro, pues había de ir pronto á Madrid, se la llevara consigo y se la entregase á su tía. Acostumbrados todos á tratarla como á una niña, era igual que si fuera con su padre; nadie puso reparo; la misma Pepita lo escuchó y admitió como la cosa más natural; pero si un observador sagaz la hubiera estudiado atentamente en el momento de quedar re-

suelto el viaje, habría visto lucir en sus pupilas una llamarada de alegría.

Pocos días después el cincuentón experimentado y la niña confiada á su custodia salían de París. Pedro había tomado un compartimiento para dos personas en el *sleeping*. Arrancó el tren. Primero, como la noche estaba deliciosa, pasaron un rato larguísimo apoyados en los grandes cristales del corredor del vagón, charlando de París, de la enferma, de la tía, de mil cosas. Luego, ya muy tarde, dijo él:

—Sabes que en viaje no duermo; aquí me quedo fumando; descansa, si quieres.

Y Pepita entró á echarse.

Al cabo de unas cuantas horas, después de haber ido al vagón *restaurant* y de hablar con otros viajeros, Pedro sintió cansancio, y viendo que el compartimiento de al lado estaba vacío, fué á sentarse en él para dejar, ya que podía, sola á la muchacha. Al amanecer, salió de nuevo al corredor para fumar; habiéndosele concluído los cigarrillos de la petaca, quiso coger los que tenía de repuesto en el maletín y entró en el compartimiento suyo sin hacer ruido. Precaución inútil.

Pepita no dormía; ni siquiera se había echado. Estaba sentada en un ángulo, des-

pierta, caídos los brazos sobre la falda, donde tenía el pañuelo todo arrugado y húmedo, con el rostro contraído por una expresión de honda tristeza y llorando silenciosamente, sin un sollozo, sin un gemido.

—¿Qué es esto? ¿Qué te pasa?—le preguntó Pedro sorprendido, sentándose junto á ella y cogiéndole ambas manos cariñosamente.

Pepita, sin responder ni moverse, continuó llorando.

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué te sucede? ¿No vas contenta? —Y nada respondía. —Pero, ¿no sabes lo que te queremos todos? ¿De quién tienes queja? ¡Habla, mujer! ¿Qué penas son estas? ¿Has tenido algún disgusto con Pura? ¿No es buena contigo?

Y seguía enterquecida en su mutismo.

La curiosidad y el interés de Pedro aumentaban por instantes. Larguísimo rato permanecieron, ella obstinada en callar y deshecha en llanto; él, esforzándose para inspirarle confianza, suplicando que hablase. Jamás en su larga vida de galanteador afortunado, de hombre corrido y mujeriego, había visto llorar así. Por fin, soltándole las manos, que le tenía asidas, la rodeó con un brazo la cintura y dijo paternalmente:

—Vamos, nena, cuéntame, confíame lo que sea..., confiésate conmigo. ¿No me crees capaz de remediar tus penas?

Pepita, acercándose á Pedro cuanto pudo, apoyó en uno de sus hombros la cabeza, y echándole ambos brazos al cuello como quien busca protección y amparo, se pegó á él; de modo que, al mismo tiempo, con las lágrimas le mojaba y con los despeinados rizos le hacía cosquillas en la cara. Entre compadecido y asustado, tenía él libre el pensamiento de impureza; pero al percibir en el cuerpo el calor que aquel otro cuerpo le comunicaba, al tocarle en el rostro el aliento y el pelo de Pepita, al sentir preso suavemente el cuello entre sus manos sin guantes, experimentó un desasosiego tremendo. No la separaba de sí porque no lo atribuyese á frío despego; temía, rechazándola, parecer ridículo; le costaba trabajo dar crédito á lo que sucedía; y, entretanto, á cada segundo que pasaba, la dulce presión iba robándole fuerzas, y la respiración, que chocaba contra su rostro, le anestesiaba rápidamente la prudencia.

—Habla ó me enfadaré contigo—exclamó al fin con franca rudeza.

Pepita, apretando más sus manos cruza-

das por detrás del cuello de Pedro y apartándose un poco, pero sin soltarlo, le miró al través de sus lágrimas diciéndole con desgarradora tristeza:

—Piensa lo que quieras; no me importa. ¡Ya sé que no me comprenderás; pero no me importa!

—Tú estás enamorada—fué todo lo que se arriesgó á decir él.

Pepita, sin confesar ni negar todavía, continuó bravamente:

—Quiero entrar en *Las hijas de la Salve,* quiero profesar, quiero que me pagues la dote. Sé que es mucho dinero, porque es el convento más aristocrático de Madrid... ¿Me guardarás el secreto? ¿Me harás este favor?

—¡Estás enamorada!—repitió Pedro.

A lo cual ella repuso con asombrosa serenidad:

—Sí; lo estoy... de un hombre que no es libre; y, si él no me buscara, le buscaría yo..., y no quiero que eso suceda.

En el instante mismo de hecha la desapudorada confesión, como si en aquel punto le renaciera la vergüenza y se le acabase la osadía, soltó á Pedro de repente, y cubriéndose el rostro con ambas manos se volvió de espaldas, tirándose de bruces so-

bre el almohadillado del vagón. Pero él, ya persuadido de lo que aquello significaba, sin miedo á equivocarse y espoleado por la vanidad, sintió que una oleada de orgullo le inundaba el alma. La atrajo hacia sí, le apartó las manos con que se tapaba la cara, y mirándola suplicante dijo, imprimiendo á su voz enérgica dulzura:

—¿Quién? ¿Quién es? ¡Dilo!

Ella, con arte supremo, bajó muy lentamente los párpados, y de nuevo inclinó la cabeza sobre el pecho. Sin decir nada, había contestado. Pedro la miraba embebecido, absorto. Reverdecida su antigua fatuidad de galanteador afortunado, en nada vió impudor, ni temió astucia, ni sospechó doblez; y no se acordó de la mujer enferma, ni del porvenir comprometido, ni paró mientes en los años que tenía. Cogió á Pepita por ambas manos, la atrajo violentamente hacia sí, y ladeándola un poco la despeinada cabeza, murmuró algunas palabras en su oído.

Ella le miró fingiendo asombro, y contestó:

—¿De veras? ¿Pero tú sabías que está tan grave?

—Sí—repuso él:—es cuestión de unos cuantos meses.

—Y si no—prosiguió Pepita,—¿me das palabra de que me pagarás la dote para el convento?

—Te la doy..., sí; pero la que te cumpliré, será la otra.

No pasó más. Ni él intentó tocarla, ni ella lo temió.

El tren volaba. Iban sentados uno al lado del otro, muy juntos, sin hablarse, como si ya nada tuvieran que decirse. Luego, Pepita se acurrucó en un rincón; pero después fué poco á poco escurriéndose lentamente hasta posar la cabecita en el hombro de Pedro, y se quedó dormida tranquila, confiada, segura.

A mediados del invierno siguiente murió Mercedes, y pasado el año de luto Pedro cumplió á Pepita aquella primera promesa que le hizo al oído, callandito, la noche del viaje.

Casados están: él ha dado un bajón tremendo; ella es una de las mujeres más elegantes y que más gastan en Madrid.

1908

CURA DE AMORES

Pedro Proaza no conoció á su padre. Su madre, que afirmaba ser viuda, vivió alegre y desordenadamente hasta los cuarenta y tantos años: luego, tuvo que trabajar. Fué á temporadas costurera, estuvo empleada para tomar medidas y encargos en un almacén de ropa blanca y pasó un par de años de ama de llaves con un caballero solo; mas en ninguna parte logró ser simpática ni echar raíces, porque todo lo hacía de mala gana. Su índole vagabunda y errátil era superior y contraria á la sujeción que el trabajo implica: de joven, porque fué bonita, y aun de jamona, por lo lagarta, supo sustraerse á ella; pero precisamente al comenzar la vejez, es decir, cuando había de serle más doloroso, tuvo

que ganarse el pan: no quiso sufrir tamaña desdicha y protestó muriéndose, porque indudablemente murió de la pena rabiosa y de la amargura honda y reconcentrada que le produjo la sumisión forzosa á la voluntad ajena. Malas lenguas dijeron en su barrio que esto de plegarse á lo que querían otros no debió de ser lo que más la torturase, pues siempre había vivido de ello, sino el verse privada de los placeres y regalos que tal complacencia trae consigo: en suma, fué muy alegre de cascos, y cuando no pudo seguir siéndolo hizo dimisión de la vida.

De su hijo, por fortuna para él, se había hecho cargo diez ó doce años atrás una hermana de la difunta, que era el reverso de la medalla: mujer honrada y seria, á ratos planchadora de lo fino, á ratos lectora, y siempre la persona de más confianza que tenía á su servicio la vieja Duquesa viuda de San Clemente de las Moras. Esta dama, por afecto á su criada, protegió al muchacho; primero, pagándole colegio, y luego, haciendo que su hijo el Duque le emplease en las oficinas de la administración de sus bienes.

Era este caballero un grande chapado á la antigua en lo tocante al orgullo y alti-

vez de raza, pero de claro entendimiento, en extremo bondadoso, y tan rico que, sin salir de tierras suyas, podía recorrer once provincias de España.

En la planta baja de su vetusto palacio, cubriendo una enorme puerta de cuarterones pintada al temple de azul claro, había una mampara con una tabla clavada, en la cual se leía este letrero: «Administración de la casa y estados del excelentísimo señor Duque de San Clemente de las Moras, Conde de Calderuela de Nieva.» En estas oficinas, donde trabajaban cinco empleados á las órdenes de un apoderado general, entró Perico Proaza. En un principio, nadie le hizo caso: se le consideró como un escribiente más que no hacía falta y á quien se había recibido por complacer á la Duquesa. Poco tiempo después, el apoderado comenzó á observar que el muchacho era puntual, callado, respetuoso sin bajeza y de formalidad superior á sus años: le confirió varios encargos y trabajos, y todo lo hizo bien; le reveló secretos, y supo guardarlos; al cabo de un año no había en la familia quien no le quisiera por su natural despejo, y más aún por sus condiciones de carácter.

Los Duques libraron á Perico de quin-

tas, le dejaron horas francas para estudiar y le fueron aumentando el sueldo y la autoridad en la casa de suerte que al cumplir los veinticuatro años estaba en situación de gobernarla.

—Es una alhaja: si no se malea—solía decir el apoderado á los señores,—cuando yo me muera no necesitarán ustedes buscar quien me sustituya.

A lo cual respondía el Duque:

—Es verdad, reune prendas excepcionales; sólo una cosa me disgusta en él.

—¿Cuál, señor Duque?

—Pues que, para su edad, es poco comunicativo, tristón, melancólico; y la tristeza en la juventud, es de mal agüero.

La Duquesa, vieja, dotada de tan buen corazón, pero mucho más lista y observadora que su hijo, decía:

—Lo que le sucede á ese muchacho es que pesan sobre él las culpas de sus padres: sabe que no hay quien sepa quién fué su padre y que más le valiera no saber quién fué su madre. Pero es amante, dulce, cariñoso: á su tía, que le amparó de niño, hay que ver con qué mimo la trata, y á nosotros, que le hemos hecho hombre, nos adora. Esa melancolía que le hace tacitur-

no y *sombrón* se la quitará el tiempo... y alguna mujer.

La Duquesa estaba en lo cierto. Si Perico creciera en el arroyo ó le pusieran á oficio, la lucha con el hambre no le habría dejado pensar: el amparo de aquella familia, dando satisfacción á sus necesidades, dejó libre su imaginación, y, conforme se fué educando y puliendo, sintió con mayor viveza la fealdad de su origen y la carencia del arrullo materno; aquella melancolía, que inspiraba desconfianza, era vergüenza de culpas ajenas, nostalgia del decoro que otros perdieron.

El retrato físico de Perico está hecho con decir que era de aventajada estatura y gentil talante, ojos grandes y azules, barba rubia y apuntada: salvo el pelo, que llevaba corto, había en su persona algo de la figura de Jesús, como la concibieron los pintores del Renacimiento alemán: su triste serenidad y la nobleza de su porte le daban aspecto de gran señor venido á menos por malquerencia de la suerte. Tal era Pedro, á quien los Duques querían y apreciaban todo lo que el rico puede querer y apreciar á quien le sirve: hasta le consideraban como raro ejemplo de sensatez y de cordura.

—Siempre está en su puesto, nunca se extralimita—solían decir para elogiarle.

Y, sin embargo, Perico no estaba en su sano juicio; vivía dominado por una manía tenazmente arraigada en su espíritu. El amor había hecho presa en su alma; mas no el amor á una determinada mujer, sino á muchas, á todas las que le agradaban: hoy amaba á una, mañana á otra, sin hablarlas nunca, sin poseerlas jamás, pero teniendo constantemente ocupada la imaginación en sus hechizos, de los cuales se creía dueño, cambiando de ídolo al más leve impulso del deseo.

Trabajaba en la oficina toda la mañana, y por la tarde, hasta las cuatro en invierno y hasta las cinco en verano; á estas horas se iba el apoderado general, de quien él dependía, y quedaba libre hasta el día siguiente: entonces, á no estar el tiempo muy malo, se marchaba de paseo siempre al sitio de moda, á los lugares frecuentados por la gente aristocrática. Se fijaba en una señora que le gustase, la miraba mucho, y en días siguientes volvía á buscarla con los ojos, procurando ocasiones en que verla de cerca, hasta que se la aprendía de memoria, llevándose impresa en el pensamiento su figura para evocarla y contemplarla cuan-

do le acomodase. Dotado de una energía prodigiosa para aprehender y retener mentalmente las líneas fisonómicas y los rasgos característicos de las que le llamaban la atención, conseguía hacerlas revivir en su fantasía, y allí las conservaba cautivas, como en un harén misterioso, donde sin necesidad de la voz, á la menor insinuación del deseo, se le presentaban sumisas, y si él quería, enamoradas. Era al modo de un avaro que tuviera la facultad de soñar despierto con montones de riqueza. Pasaba junto á una beldad examinándola, desmenuzándola con el rabillo del ojo, y volvía á pasar mirándola mucho, hasta que rostro, cuerpo, modo de andar, si iba á pie, manera de reclinarse, si en coche, de todo se empapaba, almacenándolo en los senos recónditos de la memoria, que luego á su antojo se lo devolvía sin mudar un pelo de su sitio, ni alterar la expresión de un gesto. Había mujeres con las cuales tenía de estos amores unilaterales y platónicos tres ó cuatro meses; otras, le hastiaban á los quince días, ó antes. Su potencia para retener imágenes y su facilidad para evocarlas rayaban en prodigio; pronunciar mentalmente el nombre de la escogida y tenerla presente como si estuviera viva, eran

una misma cosa. De esta suerte, estuvo en relaciones con las damas más aristocráticas y elegantes de Madrid y, por excepción, con algunas burguesas ricas de suprema distinción y belleza.

Caracterizábase esta locura, si tal nombre merece, por lo mansa é inofensiva, pero no permanecía secreta. Varias de las por él favorecidas se habían fijado en Perico; y, unas por otras, sabían que era un pobre loco tranquilo, que se contentaba con mirarlas sin asomo de insolencia ni descaro. A nadie perjudicaba, salvo á sí mismo; porque semejante ajetreo mental, fuera de las horas de oficina en que lograba dominarse, le había predispuesto el cerebro á mayores perturbaciones.

Así vivió algunos años, aguzándosele y perfeccionándosele de día en día la facultad de retener las figuras de sus elegidas para recrearse en ellas ilusoriamente, cuando, de pronto, lo que era mero fenómeno especulativo, pasó al dominio de la realidad.

En una calleja excusada y en el momento de salir por la puerta trasera de una iglesia, vió cierto día una dama hermosísima. Iba vestida de alivio de luto, de negro con lazos malva; era rubia, esbelta, de andar airoso y representaba de veinticinco á treinta

años. Bastaba mirarla un instante para adivinar en ella á la mujer persuadida de su belleza, acostumbrada á vencer y maestra en hacerse desear; pero también generosa de sí misma y pródiga de sus encantos, luego de resolverse á rendirlos. Todo esto daban á entender sus ojos grandes, azules, claros, de mirar lánguido, y las líneas de su cuerpo, que parecía estremecerse á cada paso.

Perico la encontró de frente, causándole tal impresión su belleza que se le pintó el asombro en la cara. La dama, comprendiendo el efecto que había causado, se sintió lisonjeada; pero el modesto pelaje de su admirador le hizo poquísima gracia, porque le pareció un hombre guapo, mas no un caballero, en lo que se refiere á la ropa. Luego siguieron andando en sentido contrario. Perico se volvió para mirarla desde una esquina y la vió subir á una magnífica berlina que la esperaba: después el coche pasó junto á él en el momento en que ella bajaba el vidrio.

A partir de aquel día perdió la tranquilidad, el apetito y el sueño. Presto comprendió que entonces sus impresiones eran distintas de las pasadas. En un principio, el semblante y el cuerpo de la dama, repro-

ducidos en la mente por la voluntad con su acostumbrada potencia de recordación, le causaron indecible agrado; aquella imagen se le presentó tan obediente como las otras; mas cuando quiso borrársela de la imaginación no pudo. En vano intentaba arrancársela del pensamiento; no se iba, antes al contrario, permanecía y persistía adquiriendo por horas, por momentos, más intensos caracteres de realidad; la tenía delante, no ya como un deseo que se cuaja en el aire, sino á modo de aparición tenaz que, amorosamente, le hostigaba. Por otra parte, la circunstancia de que ella se hubiese dado cuenta del efecto que le causó su belleza le molestaba sobremanera, porque juzgaba imposible buscarla y seguirla sin que lo notara. Ya en aquel amor no existía el secreto, el misterio en que se fundaba su dulce desvarío.

Arrastrado, sin embargo, por una fuerza superior á su voluntad, volvió á la calleja, frecuentó aquellos lugares y tuvo la suerte de verla: lo que no consiguió fué pasar inadvertido. Aunque pretendió dominarse, de nuevo se le asomó la admiración á los ojos; mas lo sorprendente del caso fué que á ella se le alteró el rostro con clara expresión de contento. No puso

el semblante que pone la dama aristocrática á quien molesta que la mire amorosamente un hombre de condición inferior á la suya; lo que expresó fué el recóndito agrado de la mujer halagada por haber inspirado un sentimiento tanto más sincero cuanto que quien lo experimenta ha de saber que no debe esperar verlo correspondido.

Pasó mucho tiempo. Perico siguió buscándola, mirándola, contemplándola, sin tratar jamás de acercarse á ella.

....

Y aquí quedaría envuelta en el misterio la aventura de Perico Proaza, si no revelase lo que sucedió después la siguiente carta, escrita por la Condesa viuda de Bocángel á su prima, madama de Cœuratouts.

«Querida Hortensia: Con decirte que cuando vuelva á París no haré la vida frívola y alocada que antes hice, ó que, para hablar con más propiedad, hacíamos, está mi situación explicada. Iré á comprar ropa; pero se acabaron los devaneos y las imprudencias.

»Estoy enamorada de veras, y ¡asómbrate!, yo, la mujer más buscada, más solicitada *après toi*, por los conquistadores ricos, elegantes y de buen tono, he tenido que

proceder á la *busca y captura*, como creo que se dice en lenguaje judicial, del hombre á quien quiero, que es pobre y que va vulgarísimamente vestido. Cuando después de haberme seguido muchas semanas quedé persuadida de que nunca se atrevería ni aun á escribirme, determiné averiguar quién era, resuelta á procurar que se acortasen entre nosotros las distancias, á menos que las condiciones de su vida le hicieran absolutamente indigno é imposible para mí.

»Pronto supe que estaba empleado en casa de mi tía, la vieja Duquesa de San Clemente de las Moras: fuí á verla, y los elogios que hizo de él me inspiraron la línea de conducta que adopté. «Sabía todo eso —repuse en el acto,—y como ese hombre es una alhaja y la administración de mis bienes anda muy mal y yo estoy medio arruinada, he venido á pedir á usted que me lo preste, que le deje usted venir á mi casa cuando él quiera, como quiera y el tiempo que le parezca, á ver si me la gobierna y salgo de dificultades y atrasos.»

»En el acto le mandó á llamar. Para él y para mí, para los dos, fué un momento de prueba.

»Cuando salió del gabinete, la Duquesa

me habló de él largamente, contándome no sé qué extrañas manías de aquel hombre: me dijo que se enamoraba de cuantas señoras veía; que, aparte sus dotes de administrador y organizador, era un chiflado; qué sé yo, muchas rarezas, cosas absurdas: ¡ella sí que debe de estar chiflada!

»Restábame lo más difícil; persuadirle de que yo no era una mujer desapudorada y liviana. A la mañana siguiente, cuando se presentó en mi casa, le dije, con los ojos bajos y lo más turbada que pude: «Ayer, al ir á ver á la Duquesa, no sabía quién era usted..., no podía sospechar...; pero usted comprenderá que esto no es posible.»

»Entonces él, con aplomo admirable, repuso: «No la comprendo á usted, señora Condesa. ¿Usted me conocía?» Yo le pregunté entonces, desconcertada: «Pero ¿usted no me conocía á mí?» A lo cual contestó con pasmosa serenidad: «Ayer fué la primera vez que tuve el honor de hablarla... y aun de verla.»

»La situación estaba salvada: fingiendo él que no me conocía, ya no resultaba vergonzoso para mí que le hubiese buscado.

»Andando el tiempo, me convencí de que la Duquesa tenía razón: en el cerebro de Pedro hay algo enfermizo, débil y peli-

groso; como hay en mi corazón, y tú lo sabes, algo anómalo, pervertido y malsano.

»Pero los dos nos curamos mutuamente: yo, dando realidad á sus ensueños platónicos; él, infundiendo poesía á lo que para mí nunca la tuvo, hasta ahora. Hoy comprendo que no está la íntima y soberana dicha del amor en inspirarlo, sino en sentirlo. ¡Lástima grande que cuando amamos de veras no podamos extirpar el recuerdo de cuando creímos que amábamos! Adiós, monina; y envídiame ahora, como te ha envidiado otras veces tu prima,

TERESA.»

1901

EL IDEAL DE TARSILA

La luz de la caída de la tarde iluminaba el gabinete con rayos de oro tamizados por los visillos blancos que cubrían los vidrios del balcón. En los cristales de los cuadros, en las lacas de los muebles maqueados, en el bronce de los candelabros brillaba algún reflejo; pero ya las sombras lo iban invadiendo todo.

Alfrida y Plácida, que estaban bordando, soltaron á un tiempo las agujas sobre los bastidores, y la primera dijo:

—¿Cómo va eso, hermana?

—Casi concluído; no me falta mas que la piedra. Y tú, ¿has adelantado mucho?

—Mañana quedarán hechas las rosas—repuso Plácida.

—¿Dejamos el bordado por hoy?—preguntó Alfrida.

—Yo no; en cuanto traigan la lámpara continuaré.

—Harto se conoce que tu afán es más impaciente que el mío. Además, yo tengo que hacer examen de conciencia: me confieso mañana.

—Pues yo, cuando descanse, leeré un capítulo de *Dáfnis y Cloe*, que le gusta tanto á mi Carlos.

Con esto se dibujaron, sin que ellas lo sospecharan, las figuras de ambas hermanas.

Alfrida, la que había de confesarse, estaba bordando un almohadón para su confesor, el célebre reverendo Padre Dodolino, el consejero más dulcemente severo que absuelve pecados femeninos.

Plácida, la que hablaba de leer *Dáfnis y Cloe*, bordaba otro almohadón para su amante, Carlos Mejía, el mejor mozo que pisa las calles de Madrid, descendiente por línea recta del rival de don Juan Tenorio.

El bordado de Alfrida, destinado al reverendo, representaba á *San Jerónimo dándose golpes en el pecho con una piedra*; la labor de Plácida, que había de adornar el despacho de Mejía, era una figura de mujer, casi niña, hermosísima y medio desnuda, colocándose en la frente una guir-

nalda de flores: *La Juventud coronada de rosas.*

....

Al mismo tiempo que entraba la doncella, trayendo una gran lámpara, se oyó la campanilla de la puerta de la escalera, y poco después apareció en la del gabinete una mujer bellísima.

Era la prima Tarsila, viuda, de veinticinco años, elegante, gentil, alegre, sobre todo muy lista; pero de imaginación tan novelesca y exaltada, que á veces su lenguaje parecía formado con reminiscencias de lecturas y pecaba casi siempre de atrevido.

No estribaba, sin embargo, el peligro de tratarla en esta libertad de palabra; lo que la hacía temible era ser en extremo astuta, falsa, taimada y enredadora, para convertirlo todo en provecho propio. Su placer más codiciado consistía en atraer á los hombres que cortejaban á sus amigas y coquetear con ellos. Las buenas almas, que llevaban su indulgencia hasta lo inverosímil, afirmaban que lo hacía por mero deleite psicológico; otras personas, quizá mejor enteradas, decían que en tales lides lo que más le agradaba era rendirse; pero esforzándose por convencer á los galanes de

que la habían conquistado, cuando realmente la triunfadora era ella; y añadían sus enemigos que para tales enredos no sólo se valía del ingenio en la conversación y del arte peligroso de agradar en entrevistas, las cuales sabía prolongar ó interrumpir cuando más seductora se mostraba, sino que era maestra en inventar estratagemas y recursos de mala ley, que á veces imprimían á sus victorias carácter de verdadero y abominable robo.

—¿Qué hacéis, moninas?—dijo al entrar.

—Mira—respondieron á una ambas hermanas.

—¡Muy lindo! ¡Precioso! ¡Bonitísimo! Este santo es para don Dodolino, y esta muchacha, coronada de flores de fuego, para tu novio. ¡Bien se dibujan vuestras aspiraciones! Tú, Alfrida, vives en este mundo como viajero en marcha, pensando siempre en el término de la jornada: estás en la tierra de paso para el cielo. Haces bien: las dichas de aquí bajo se resquebrajan entre las manos, como esas flores secas que solemos guardar en el devocionario y que acaso nos dió un hombre olvidadizo; los placeres del mundo son efímeros, como esta belleza que perdemos cuando empezamos á saborear lo que vale... Tuyo será

el reino de los cielos. Cuando el padre Dodolino se recueste en ese almohadón, recordará que las manos que lo han bordado son como aquellas manos admirables que tiene Santa Isabel de Hungría en el cuadro de Murillo; pero pensará en ellas con alma pura y espíritu sereno, sin calcular que, además de servir para bordar y pasar las cuentas del rosario, podrían también emplearse en las caricias del amor de que te obstinas en vivir ignorante. Bien es verdad que si supieras lo que son no bordarías para el padre Dodolino, sino para quien quisiera ser padre de tus hijos. Cierto que tu labor es primorosa. ¡Qué demacrado tiene San Jerónimo el rostro! ¡Con qué fuerza se golpea el pecho! ¡Qué aburrido está el león tumbado á los pies del santo!

Y luego, volviéndose hacia Plácida, prosiguió:

—Juventud y rosas, el vigor y la belleza, en una palabra, el amor, sin el cual no habría mundo, ni religión, ni nada. Ya ves, Renán dice que el amor de Magdalena fundó el cristianismo haciendo creer en la Resurrección. ¡Qué bien habéis sintetizado cada cual aquello á que aspira! Una, la perfección que sólo goza el alma entregada al

ideal ultraterreno; otra, el amor calificado de profano por los necios que desconocen lo divino de su esencia. Ambas tenéis razón, pero ninguna de vosotras será enteramente dichosa. ¿Sabéis qué mujer lo sería? Aquella en quien os sumarais y confundiérais las dos: ¡ese sí que es un ideal! Unas puntaditas en el San Jerónimo haciendo penitencia y otras en las rosas con que se corona la Juventud: más claro, tener en un solo hombre al padre Dodolino para que nos enseñase á creer y esperar, y á Carlos Mejía para que nos diese lecciones de amor.

....

Ninguna de las dos hermanas hizo caso de semejantes tonterías: Alfrida siguió bordando en el Santo y Plácida continuó tejiendo rosas en la cabeza de la Juventud.

....

De allí á pocos días, deseosa de ver terminada la labor de sus primas, volvió Tarsila á visitarlas.

Llegó precisamente cuando estaban empaquetando cada cual su regalo en sendas cajas de cartón y tenían el gabinete lleno de pliegos de papel de seda y cintas de colores.

Una idea diabólica cruzó entonces la

imaginación de aquella traviesa mujer, y acto continuo la puso en práctica. Con un pretexto alejó del gabinete á sus dos primas; y, aprovechando el momento en que la dejaron sola, trocó en las cajas los dos almohadones; de suerte que el San Jerónimo haciendo penitencia quedó envuelto y empaquetado con un letrero que decía: «Al Sr. D. Carlos Mejía», y la Juventud coronada de rosas quedó guardada con un rótulo encima dirigido «Al padre Dodolino».

Cuando Plácida y Alfrida volvieron al gabinete y vieron las dos cajas admirablemente atadas con las cintitas de seda, que formaban elegantísimos lazos, dieron a su prima un par de besos, y la doncella de la casa llevó en seguida los regalos a su destino.

El padre Dodolino recibió «La Juventud coronada de rosas», y aquella figura de mujer desnuda, con la frente ceñida de flores purpúreas que semejaban bocas ansiosas de besar, le pareció profana é indecentísima: consideró que regalo tan impropio de su condición podía ser el prólogo de tentaciones sugeridas por el espíritu maligno, y cuando Alfrida quiso volver á confesarse con él, se negó á escucharla sin darle explicaciones.

Carlos Mejía recibió el «San Jerónimo golpeándose el pecho con una piedra», y aquel viejo apergaminado y sucio, con medio adoquín en la mano y á los pies un león con aspecto de perro de aguas mal alimentado, le pareció de tan detestable gusto, que no volvió á poner los pies en casa de Plácida, pensando que poco podía entender de las alegrías del amor mujer que de aquel modo le obsequiaba.

El padre Dodolino quemó en el fogón á la Juventud y don Carlos regaló á una tía suya, muy anciana, el San Jerónimo.

....

De allí á pocos meses, Tarsila se confesaba muchas mañanas con el padre Dodolino, á quien tenía encantado por su modestia y su humildad.

De noche iba Carlos á verla. Sabiendo lo mucho que le gustaba *Dáfnis y Cloe*, le esperaba ella con el libro sobre la mesa del gabinete. Pero leían poco; porque él había discurrido un juego más bonito que la novela. Sentados ambos en la misma butaca, Tarsila iba leyendo lentamente, y por cada vocal que pronunciaba le daba él un beso. Nunca llegaron á la segunda página.

1888.

ÍNDICE

Se imprimió este libro en Madrid,
en la Imprenta "Renacimiento"
y se acabó la tirada
el 28 de Abril
de 1916.



Obras completas de Jacinto Octavio Picón

TOMO I

DULCE Y SABROSA

TOMO II

LA HONRADA

TOMO III

JUANITA TENORIO

TOMO IV

MUJERES

TOMO V

SACRAMENTO

TOMO VI

LÁZARO.—JUAN VULGAR

(EN PREPARACIÓN)

